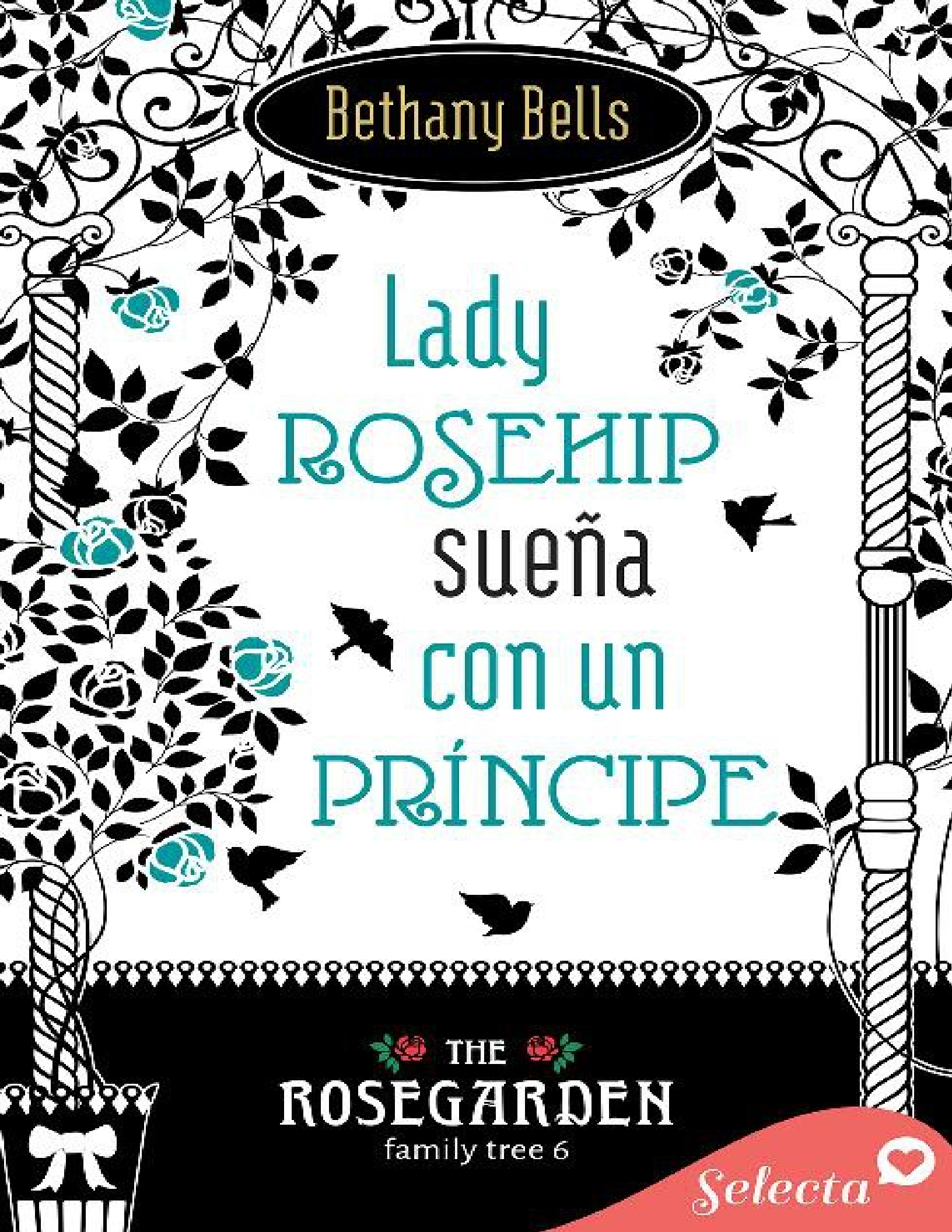




Bethany Bells

Lady
ROSEHIP
sueña
con un
PRÍNCIPE

THE
ROSEGARDEN
family tree 6

Selecta



Lady Rosehip sueña con un príncipe

SERIE

The Rosegarden Family Tree 6

Bethany Bells

Selecta

*El matrimonio es una trampa para las mujeres.
La trampa final, tras una vida sometidas a nuestros padres.
No quiero eso. Estoy cansada de callar y obedecer.
Estos últimos meses he atisbado otras posibilidades que me gustan.
Seré médico y decidiré cada paso de mi vida con total libertad.*

Capítulo 1

*E*scuela de señoritas de lady Acton. Minstrel Valley, Hertfordshire. Octubre de 1887

Lady Rosehip Rosegarden entró en el bonito dormitorio que compartía con lady Hermione Hobson y se arrojó de bruces en la cama, mientras lanzaba un grito de furia.

—¡Rosehip! —la riñó su amiga, que la seguía a pocos pasos. Se apresuró a cerrar la puerta—. ¿Qué clase de comportamiento es ese? Es la segunda vez que gritas de puro enfado al ver el correo. La señora Dawson va a terminar llamándote la atención.

La señora Dawson era la directora de la escuela en esos momentos, y por lo general las jóvenes alumnas —Rosehip entre ellas— la admiraban y temían a partes iguales. Pero, en esos momentos, a Rosehip le importaba bien poco incluso ser educada.

—¿Y qué me importa? —clamó, demasiado furiosa como para razonar—. ¿Qué más pueden hacerme, Hermione? ¿Es que no lo ves? ¡Tampoco voy a ir a casa por mi cumpleaños! ¡Aaaah! —gritó de nuevo, pataleando y dando con los puños sobre el colchón—. ¡Creo que me odian!

—Baja la voz, tonta. Y no digas eso.

—Es la pura verdad. Llevo ya casi dos años sin ir a Rosegarden Park. No me había percatado de ello, pero es que, al pensarlo, me he dado cuenta de que es así. Siempre hay alguna razón por la que no puedo ir, o me proponen un viaje maravilloso, por el que no quiero ir.

El primer verano, la época en la que se daban las vacaciones más largas, había permanecido en Minstrel Valley, pero el último lo había pasado recorriendo Francia, con Roseanne y lord Lark. Había sido maravilloso, aunque un tanto extraño. Todo el tiempo tuvo la impresión de que estaban tensos y totalmente centrados en entretenerla para que no echara de menos Inglaterra.

—No deberías quejarte... —replicó Hermione, bromeando con una expresión de envidia que no dejaba de ser auténtica—. Yo no sé cuándo podré visitar el continente, y sabes que me muero de ganas.

—Ya. Pero no sé, siento que hay algo raro en todo esto. Y puede ser culpa mía... —Entornó los ojos al recordar una escena que la avergonzaba con especial intensidad—. La última vez que estuve allí, me puse un poco... La señora Dawson diría que «impertinente». Yo lo dejaría en «gritona».

Hermione la miró comprensiva. Aunque era de naturaleza mucho más tranquila y dulce que Rosehip, tras tanto tiempo viviendo juntas se conocían lo bastante como para haber presenciado cada una más de una pataleta de la otra.

—¿Qué pasó?

—Eh...

No, no podía contárselo, era demasiado terrible, pero recordó con toda nitidez lo sucedido durante el almuerzo que ofrecieron en Rosegarden Park a su hermana Roseanne y a su marido, lord Lark, a su regreso del continente, tras su boda. Eso fue un par de años atrás, y en él se dijeron cosas terribles de la madre de Rosehip, lady Peony. Tan terribles que ella había perdido los nervios, como cuando era niña, por primera vez en mucho tiempo.

¿Por qué no pudo mantener la calma? Se odiaba cuando se ponía así, porque le recordaba los tiempos en los que vivía atrapada por la ansiedad y la ira. Sus padres nunca habían sido cariñosos con ella. El marqués, como se refería muchas veces a su padre, la ignoraba, y cuando se veía obligado a mirarla, apartaba las pupilas en cuanto le era posible, siempre simulando estar ocupado en otras cosas.

Su madre, por el contrario, estaba siempre pendiente de cada uno de sus movimientos, para corregirlo de inmediato, y se empeñaba en tratarla como a una muñeca, pero como si fuese una rota, estropeada o, ya de inicio, de mala calidad. «El cabello no está lo bastante suave». «El vestido no te queda del todo bien». «¡Tu piel es tan ordinaria...!».

Todo aquello la había sumido en una sensación de imperfección continua, lo que había derivado en una rebeldía casi salvaje contra un mundo en el que jamás podría encajar.

Pero, con el tiempo, y sobre todo gracias a la educación impartida por su cuñada Rosalynn, que había sido institutriz antes de casarse con su hermano mayor, las cosas habían cambiado. Ahora sabía cómo controlarse, cómo comportarse para que los demás la aceptasen como era. Y, gracias a ello, se había granjeado muchas amigas en la escuela. Eso la hacía tan feliz que hasta le resultaba sencillo seguir las normas, algo que antes encontraba imposible.

Lamentablemente, ese brote de su antiguo carácter en aquel almuerzo había tenido sus consecuencias, estaba claro. Solo podía llegar a una conclusión: su familia la tenía castigada. Alegando distintas excusas, su hermano Thorn y su cuñada la habían dejado allí, interna en la escuela, incluso durante aquellas primeras vacaciones de verano.

No era que le importase. Adoraba Minstrel Valley, a sus gentes y todos sus alrededores, y allí siempre tenía algo que hacer. Lo prefería con mucho a Rosegarden Park, sobre todo desde que sus hermanas estaban casadas y ya apenas tenían tiempo para ella. Pero que no pudiera ir...

Eso le recordó la boda de Mery Rose. Había tenido lugar en Gretna Green, para asombro de todos. Bien organizada, con todos los Rosegarden como invitados, incluso los abuelos, los condes de Abbott, y todo muy formal, pero se habían ido a Escocia alegando que les parecía muy romántico; ellos, que jamás habían hecho referencia al sitio excepto para recordar el triste intento de Darney de seducir a lady Fiona.

Qué locura. Todavía no conseguía entenderlo...

Eso sí, también le había parecido romántico, no podía negarlo. Le había encantado Gretna Hall y todo lo relacionado con aquella tradición de casarse ante el yunque de un herrero. Quizá pudiera hacer algo así, con su príncipe, si la reina madre se negaba a darles su permiso para la boda. Pero no dejaba de ser extraño en Mery Rose y Darney.

¡Y sus cumpleaños! Cada 20 de noviembre, en los dos otoños anteriores, se había trasladado toda su familia a Minstrel Valley, alegando que habían querido darle una fiesta sorpresa, evento que siempre celebraban en The Old Flute, la posada más antigua del lugar.

En ambas ocasiones se habían mostrado muy cariñosos y felices por ella. Como si no pasara nada. Por eso, precisamente, al principio no se había dado cuenta de lo que ocurría.

Ni siquiera se percató cuando llegó la Navidad y recibió una nota en la que le indicaban que tenía que quedarse en Minstrel Valley porque su hermano Bush había contraído el cólera al atender a algunos pacientes, y su hermana Mery Rose, que trabajaba con él mientras estudiaba Medicina, también había resultado afectada.

Según la carta, ambos habían contagiado el mal a sus respectivos esposos —Bush, a la bellísima Caroline, a la que Rosehip envidiaba secretamente; y Mery Rose, al dorado Darney, a quien también envidiaba, pero de otra forma—, y Rosegarden Park estaba cerrado por cuarentena hasta nueva orden.

Rosehip se quedó preocupadísima. No podía dejar de llorar, imaginando escenas terribles en las que sus hermanos y cuñados se contagiaban unos a otros aquel mal terrible y morían entre... bueno, no, se negaba a pensar en vómitos, qué decir de cosas más desagradables. ¡Y los niños! Los niños también irían apagándose, pobres angelitos, con lo que a ella le gustaba jugar con ellos.

Se pasó las navidades angustiada, escribiendo a Londres casi cada día, y su disgusto fue enorme cuando una de sus amigas le contó que había visto a su hermano Bush con Caroline, Mery Rose y Darney en un baile benéfico organizado, precisamente, por la Clínica Rosegarden que dirigían.

¿Qué significaba eso? ¿Estaban o no estaban enfermos? ¿La habían engañado? Cuando escribió a Rosalynn para pedir explicaciones, su cuñada tardó en responder y le dijo que justo acababan de reponerse y que habían acudido, aunque todavía convalecientes, por la importancia caritativa del acto.

¿Podía creer algo así? No estaba segura. Y con esa comezón inició un año nuevo difícil, en el que apenas salió de Minstrel Valley solo ese verano que había pasado en Francia.

Y ahora volvían a decirle que tampoco querían que fuera a Rosegarden Park por su cumpleaños. ¡Y cuando cumplía dieciocho por fin!

No podía entenderlo, no podía aceptarlo. Rompió a llorar.

—Me odian.

—Tonterías —replicó Hermione, dándole golpecitos en la espalda—. Es probable que tengan

una buena razón.

—Lo dudo mucho. —Seguro que aquellos canallas no habían estado enfermos, que no había tenido cólera ningún Rosegarden en los últimos tres siglos. ¡Aaah! ¡No podía soportarlo!—. Tengo que ir a Londres.

—Rosehip... —Su amiga se sentó en la cama, a su lado—. No puedes desobedecer a tu hermano. Es tu tutor.

—No ha dado una orden, propiamente. —Agitó la carta—. Solo me dice que hay una plaga de cucarachas en Rosegarden Park —ambas jóvenes se miraron y pusieron expresiones idénticas de horror y asco—, y que no está seguro de si podrán venir para celebrarlo aquí, porque están todos muy ocupados. Que, al fin y al cabo, la Navidad llega enseguida, y que la celebraremos todos juntos en Londres, alojados en The Langham.

—No es una mala idea.

—¡No! ¿No te das cuenta? De nuevo vuelven a hacerlo. No quieren que vaya a Rosegarden Park. —Las dos se miraron serias—. Y esta vez no voy a consentirlo.

—¿Qué vas a hacer, Rosehip?

—Voy a ir. ¿No te ibas este fin de semana a Londres?

Hermione titubeó, intuyendo el plan de Rosehip.

—Sí. Es el cumpleaños de mi madre. Vendrá mi hermano a buscarme.

—Pues ahí lo tienes. Podría irme contigo.

—¿Cómo? No te dejarán salir sin permiso de tu hermano.

—Pero podría tenerlo. —Agitó de nuevo la carta—. Seguro que Ethel puede imitar la letra de Thorn. —Lady Ethel, hija del marqués de Sawberry, tenía muchas virtudes, pero la más destacable era su capacidad para imitar toda clase de letras. Una cualidad que iba a desperdiciarse tristemente en su situación de hija única de un noble rico y prestigioso. O quizá no—. La señora Dawson sabe que he recibido carta, pero no su contenido. Pondremos que me pide que te diga que tu hermano y tú me llevéis a Londres. ¡Y solucionado!

—No sé... —Hermione dudó. No quería meterse en problemas—. ¿Y si es cierto que hay bichos?

—Pues entonces me alojaré en la clínica de mi hermano Bush. Y si me descubren, diré que a ti te enseñé la carta ya falsificada, una labor delictiva que llevé a cabo por mí misma. De ese modo, no tendrás que pagar mis culpas.

Hermione suspiró.

—Vale. Nos iremos a Londres.

Rosehip sonrió. Sí, tras tanto tiempo, volvería a la ciudad.

Y estaba totalmente dispuesta a descubrir qué estaba pasando.

Capítulo 2

Rosegarden Park, cerca de Londres. Principios de noviembre de 1887

—Y, dígame, ¿hay ya algún caballero que haya suscitado algún apego en usted? —preguntó lord Harry Hobson, el hermano de Hermione.

El joven, alto y delgado, con un bigotillo ridículo en un rostro de niño, se había empeñado en que debían acompañarla hasta Rosegarden Park y no dejar que tomara un coche de alquiler para llegar desde Londres. Un detalle caballeroso, Rosehip lo agradecía, aunque lo hubiera agradecido más de no haberse sentido incómoda por sus atenciones.

Ya en el viaje desde Minstrel Valley, lord Harry no había dejado de indagar con un mínimo de discreción, tratando de saber si tenía algún admirador o algún interés romántico en algún hombre. Al principio, habían sido insinuaciones muy sutiles que podían ser interpretadas de muchos modos. Pero se había vuelto más y más osado a medida que quedaba claro que se le acababa el tiempo hasta llegar a esa pregunta directa.

—Todavía no he sido presentada en sociedad, milord —contestó, algo tensa, mientras intentaba ignorar las sonrisitas de Hermione, que iba sentada a su lado, supuestamente entretenida con un libro.

—Oh, claro, claro. Pero quería saber si...

—Déjala en paz, Harry —pidió Hermione sin alzar la vista del papel—. La estás incomodando.

—Perdón, no era mi intención. —Se lo vio de verdad arrepentido, y algo nervioso—. Lo que pasa es que supongo que va a asistir a la próxima temporada, y yo me preguntaba...

—¡Estamos llegando! —exclamó Rosehip asomándose a la ventanilla, sin importarle el aire frío, cortante, que le congeló las mejillas. Hermione lanzó una risa y miró también. El coche estaba entrando en la explanada de piedra que había al pie de la gran escalera que conducía a las puertas principales de la mansión.

Atardecía sobre Rosegarden Park, pero todavía había suficiente luz, de un hermoso tono rojizo, para disfrutar del aspecto otoñal de los jardines. Las hojas que aún conservaban los árboles mostraban colores intensos, desde el amarillo hasta el bermellón, pasando por una amplia

gama de bronce. Otras muchas estaban por el suelo, volando bajo a rachas en algunos casos, por el impulso de aquella brisa húmeda y helada que auguraba tormenta. Los criados habían estado barriéndolas, se notaba por los montones apilados aquí y allá, en proceso de ser retirados, una labor continua en esa época.

Rosehip divisó una figura oscura, situada junto a uno de los rosales que había por todas partes, todavía cuajados de flores pese al frío. Gracias a las técnicas de remontancia que habían llevado a cabo durante décadas los jardineros, en Rosegarden Park había rosas prácticamente todo el año, excepto en lo más crudo del invierno, y solo si nevaba en exceso, cuando el mundo se congelaba a su alrededor, como la imagen dentro de una bola de cristal.

¡Cómo le había gustado aquello, de niña!

La figura, una mujer, se volvió con movimientos torpes, de anciana, al oír el ruido del coche. Iba vestida de negro, cubierta por una capa igualmente oscura que ocultaba su cabeza casi por completo y llevaba una cesta en la mano, de la que sobresalían los hermosos capullos de las rosas que había estado cortando.

Rosehip pensó que parecía la propia Muerte, la Muerte según los Rosegarden, segando vidas representadas en las rosas...

Se estremeció.

La mujer empezó a caminar hacia el coche, sus ropas agitándose con fuerza por las rachas de viento, cada vez más intensas. Parecía sumida en la misma intriga que estaba sintiendo Rosehip, como si se preguntara de quién podía tratarse. Una inquietud que se desvaneció por completo al darse cuenta de que se trataba del ama de llaves, la querida señora Tilleadh.

—Qué lugar tan precioso... —susurró Hermione a su lado, y ella se sintió tan orgullosa y feliz que los ojos se le llenaron de lágrimas. Quizá por eso le pareció ver algo, un movimiento en una de las ventanas del último piso del ala este. ¿Había alguien allí? Que ella supiera, aquella zona seguía vacía, restaurada tras el incendio que, según las leyendas familiares, provocó su abuelo, lord Thorn I, pero sin que nadie hubiera vuelto a alojarse o a vivir en ella. Muchas de las habitaciones seguían vacías, sin siquiera muebles.

Lo olvidó al ver que un hombre bajaba por la escalera doble de piedra. Era el señor Clowes, el mayordomo desde la retirada del señor Randall. Rosehip siempre le había tenido mucho aprecio, quizá porque había querido mucho a su madre, más incluso que a la propia. La señora Clowes había sido el ama de llaves durante toda su infancia, y siempre se había portado con ellos como una abuela cariñosa. Cuando murió, unos diez años antes, por una gripe mal curada, Rosehip creyó que no podría superarlo.

Tuvieron la suerte de que el ama de llaves que llegó para sustituirla, la señora Tilleadh, se portó igual de bien. A veces, había tenido la sensación de que las dos mujeres habían tenido alguna clase de conexión, una especie de lazo espiritual, o incluso material, que las había hermanado de alguna forma. Pero no, era imposible. La una llegó justo cuando murió la otra, no llegaron a conocerse, pese a que la señora Tilleadh siempre hablaba con cariño de la señora

Clowes, y animaba a Rosehip a recordarla en sus oraciones.

El señor Clowes saludó a la señora Tilleadh, que estaba ya a pocos metros —¿había habido alguna clase de gesto extraño entre ellos o se estaba volviendo demasiado suspicaz?—, y se colocó junto a los trabajadores de las caballerizas que habían acudido a atender al vehículo, tras avistarlo en la subida. Esperó, serio y concentrado, casi se diría que preocupado, mientras se detenía el carruaje.

—¡Señora Tilleadh! ¡Señor Clowes! —exclamó Rosehip, entusiasmada, agitando una mano en el aire con medio cuerpo fuera de la ventanilla. Sabía que no era correcto, que debería contenerse, pero le daba igual. Es más, quería abrazar a la anciana, estrecharla con todas sus fuerzas. ¡Lo deseaba tanto! La veía más delgada y más avejentada que nunca. Por supuesto, ¿cuántos años tendría? Más de los setenta, supuso, aunque para ella siempre había sido una mujer muy mayor—. ¡Señora Tilleadh!

Vio que la anciana dejaba caer la cesta. Las flores se desparramaron a su alrededor, por el suelo empedrado, y ella se llevó las manos a la boca, como si tapándola con los dedos pudiera ayudar a contener un sonido. Pero sus ojos lo decían todo.

Allí había amor, mucho amor. Más amor del que hubiera podido esperarse de una simple ama de llaves, más amor del que nunca podría llegar a agradecerse...

Al infierno modales y convicciones.

El coche se detuvo por fin y el lacayo que iba en el pescante, junto al conductor, se apresuró a bajar, aunque uno de los criados de Rosegarden Park se dirigía ya a la puerta para ser el primero en ayudarla, pero Rosehip no les dio oportunidad a ninguno de ellos. Abrió por sí misma y, antes de que el coche se detuviera del todo, bajó de un salto, casi cayendo de bruces, alzó el ruedo de las faldas de su vestido y corrió feliz hacia el señor Clowes y la señora Tilleadh, que ya lo había alcanzado y miraba hacia ella boquiabierta.

Rosehip borró la distancia que la separaba de la anciana en poco más de un par de segundos y la abrazó con fuerza. Al hacerlo, de nuevo hubo algo, un detalle que llamó su atención, pero que no supo concretar.

—Milady... —La oyó decir, mientras la estrechaba, llena de emoción—. Oh, Dios mío, lady Rosehip...

—¡Estoy en casa! ¡Por fin estoy en casa! —exclamó ella, tan feliz que no se detuvo a examinar cuál era el detalle que encontraba extraño, fuera de lugar—. ¡Qué alegría más grande, señora Tilleadh!

—Sí, por supuesto, milady. —Se abrazaron todavía un poco más y luego se apartó—. Pero ¿cómo es esto? ¿Ha ocurrido algo en la escuela?

—No. No, en Minstrel Valley todo es maravilloso. —Tal como había predicho su cuñada Rosalynn cuando la enviaron allí, adoraba la escuela, a las profesoras y a sus compañeras, sus amigas. El pueblo era precioso y su leyenda de amor eterno no podía resultar más inspiradora. Pero no era lo que necesitaba en esos momentos—. Solo quería venir y saber qué pasaba. ¿Qué

es eso de una plaga de cucarachas? ¡No sé si creerlo! Siempre ocurre algo, siempre me mantienen lejos de aquí. —La mujer evitó sus ojos con aire preocupado. Rosehip se sintió culpable. No podía presionarla, ni obligarla a poner en evidencia a sus señores—. ¿Está mi hermano Thorn?

—No, milady —replicó el ama de llaves—. Lady Rosalynn y él han ido a Londres con los niños. Volverán para la cena.

Un par de horas, si seguían con los mismos horarios. Seguro que sí. Todo lo que tenían los Rosegarden de caóticos lo había tenido Rosalynn de ordenada. Desde su llegada a la familia todo había mejorado notablemente.

—Bueno, aprovecharé para descansar un poco. ¿Podría ordenar que me preparen un baño, por favor?

La señora Tilleadh se mostró aturdida todavía un par de segundos. Miró al señor Clowes, que permanecía a un lado en silencio, y logró reaccionar.

—Por supuesto, milady, me ocupo de inmediato. —Fue a inclinarse para recoger las rosas, y Rosehip se apresuró a ayudarla, sin importarle lo que pudiera pensar nadie. Aquella mujer era una anciana, y una muy querida, así que no iba a permanecer de pie mientras ella se inclinaba penosamente para recoger las flores.

Por suerte, uno de los lacayos y el propio señor Clowes se apresuraron a ayudarlas y en pocos segundos volvieron a estar de pie. La señora Tilleadh le sonrió con cariño.

—Gracias, milady.

—No hay de qué, señora Tilleadh.

—¿Sus acompañantes van a quedarse con usted? ¿Debo indicar algo al servicio al respecto?

—No, no. Es una de mis compañeras y su hermano. Se irán de inmediato. Solo han venido a traerme. Voy a despedirme, y entro en casa.

—Muy bien, milady.

Con su cesta, se dirigió a la gran escalera. «Demasiados peldaños», pensó Rosehip. Era ya un reto demasiado grande para una mujer de esa edad. ¿Cómo permitían sus hermanos que siguiera trabajando? Debería estar viviendo cómodamente en una casita propia, disfrutando de su tiempo.

—¿Puedo ser útil de algún modo, milady? —preguntó Clowes, claramente inseguro respecto a qué hacer. Rosehip sonrió.

—No, señor Clowes, gracias.

Se giró hacia el coche. Los hermanos Hobson habían bajado, supuso que para estirar un poco las piernas antes de irse, y esperaban junto al vehículo. Rosehip fue hacia Hermione, que la recibió con los brazos abiertos. Se fundieron en un abrazo.

—¿Necesitas algo más? —preguntó su amiga, susurrando directamente en su oído—. ¿Quieres que nos quedemos hasta que vuelvan tus hermanos?

—No será necesario. Dormiré un poco.

—Bien. —Se separaron, aunque mantuvieron las manos unidas unos momentos—. Suerte,

querida Rosehip. Volveré a Minstrel Valley en una semana. Si quieres ir conmigo, envía una nota a mi casa.

—Así lo haré. Muchas gracias por todo.

—No hay de qué, amiga mía.

Rosehip se volvió hacia lord Harry. Saber que iba a marcharse le dio ánimos para mostrarse más cordial.

—Gracias por todo, milord. Ha sido usted muy amable.

—En realidad, solo he actuado de un modo egoísta, porque ha sido un placer, milady. —Tomó su mano y se inclinó para besarla—. Quizá venga con mi hermana a visitarla algún día, si no le parece mal.

Ella se pensó con cuidado la respuesta. Esperó ser lo bastante clara.

—Su hermana siempre será bienvenida en mi casa, milord —dijo, con una sonrisa. Él parpadeó, captando el mensaje—. Buenas tardes.

Los hermanos Hobson subieron al vehículo y el conductor azuzó a los caballos. Rosehip se quedó allí hasta que los vio desaparecer entre los árboles, tras tomar por la salida de la explanada que se internaba en el bosque. Entonces subió por las escaleras, recordando las muchas veces que lo había hecho a la carrera, de niña, entró en el enorme edificio, cruzó el gran vestíbulo, subió al primer piso y se dirigió a su habitación.

Fue como dar un salto en el tiempo, como si de pronto hubiera entrado en un recuerdo. Casi conteniendo la respiración, con una extraña sensación de irrealidad, caminó por el dormitorio fijándose en cada detalle. Estaba todo como lo había dejado. No supo si alegrarse.

Se sobresaltó cuando llamaron a la puerta. Eran las doncellas, que llegaban para prepararle el baño. Rosehip las saludó con familiaridad, aunque no conocía a ninguna de las dos, se desvistió con su ayuda, se sumergió durante un buen rato en la tina y se acostó con intención de dormir un rato, para recuperarse del viaje desde Minstrel Valley.

Pero apenas había logrado adormecerse, cuando oyó el sonido de un carruaje. Esos debían ser Thorn y Rosalynn, que volvían antes de lo esperado.

Se levantó, se asomó a la ventana y, efectivamente, no tardó en ver a su hermano. Él y su esposa, Rosalynn, bajaban del coche jugando y riendo con sus hijos, cuando los alcanzó Clowes y les dijo algo que los alarmó. Thorn miró hacia la casa con sobresalto, hacia la habitación de Rosehip en concreto, y no tardó ni dos segundos en empezar a dar órdenes, una de las cuales llevó a uno de los criados a entrar en la casa con los niños, y a otro a salir corriendo hacia las caballerizas.

Thorn y Rosalynn empezaron a hablar entre ellos, en compañía de Clowes, que daba la impresión de limitarse a dar respuestas cuando era necesario. Seguían en ello cuando volvió a aparecer el joven de las caballerizas, que ahora iba montado en un caballo. Hizo un gesto hacia el grupo y se alejó al galope. ¿Adónde lo habría mandado Thorn?

Entonces, Rosalynn titubeó ante algo que dijo su hermano y se mostró renuente, pero terminó

asintiendo. Como si hubiesen tomado una decisión, ambos se dirigieron hacia la escalera con paso rápido.

Minutos después, llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo Rosehip, tras tragar saliva. Esperaba un buen montón de reproches por su escapada de la escuela, pero estaba dispuesta a mantenerse firme y...

La manilla giró y apareció Thorn en el umbral. Para su desconcierto, en vez del gesto enfadado que esperaba, sonreía con amplitud.

—¡Eh! ¿Se puede saber qué haces aquí, pequeñaja?

—He venido de visita. Y a que me expliquéis unas cuantas cosas. —Él no hizo mayor caso, como si no hubiese oído esa frase—. Ah, y odio que me llaméis «pequeñaja».

—Lo sé, pequeñaja. —Dio una palmada, animoso—. Vamos, no hay tiempo. Tienes que prepararte.

—¿Para qué?

—Bueno, presentándote aquí has adelantado las cosas, pero da lo mismo. Era tu regalo de cumpleaños: sales de viaje.

—¿De viaje? ¿Adónde?

—¡Nos vamos a Italia! —fue Rosalynn la que contestó, con demasiado entusiasmo, mientras entraba también en el dormitorio—. ¡Vamos! No hay tiempo que perder.

—¿A Italia? —Siempre había querido ir, ellos lo sabían. Y siempre le habían dicho que no era el momento. Al parecer, había llegado—. ¿Ahora?

—Ahora mismo —dijo Thorn, con el mismo tono que usaba para sus órdenes, de modo que supuso que lo era—. Te recuerdo que tenemos una plaga de bichos, como te dije en mi carta. En una hora vendrán los trabajadores que van a fumigar toda la zona, y el aire se volverá venenoso. —Rosehip abrió mucho los ojos—. Vamos, vístete. Prepararán tu equipaje mientras tanto.

—Yo... tengo casi todas mis cosas en la escuela.

Rosalynn asintió.

—Lo sé, aunque tienes un par de vestidos que vendrán bien para el viaje. Por lo demás, coge lo imprescindible. Te compraremos de todo en Italia.

—Pero ¿con quién voy a ir?

—Con nosotros, claro está —afirmó Thorn, como si hubiese dicho una tontería.

—Caroline no puede embarcarse en un viaje así ahora mismo —añadió Rosalynn. Claro que no. Que Rosehip supiera, su cuñada estaba embarazada de unos seis meses—. De modo que Tess y ella se quedarán aquí con los niños.

—¿Aquí? —Rosehip arqueó una ceja—. ¿Con el aire venenoso?

Rosalynn la miró con expresión culpable, pero Thorn fue muy rápido.

—No, claro que no. Rosalynn se refiere a Inglaterra. Se quedarán en la Clínica Rosegarden, con Bush, Mery Rose y Darney. Solo hasta que pase el peligro, luego volverán. Y cuando Roseanne y Morgan regresen de Coventry —Rosehip recordó que su hermana mayor y su

cuñado habían ido allí para la boda de un primo de Morgan— las ayudarán con todo.

—Pero... —Estaba tan desconcertada que le resultaba muy difícil hilvanar las ideas—. Esto es una locura, no podemos... —Pues sí debían de poder, porque entraron tres doncellas. Dos de ellas empezaron a empacar a toda prisa cuanto era necesario. La tercera sacó uno de sus trajes de viaje y empezó a preparar las cosas para vestirla. Esa visión, por fin, la hizo reaccionar—. ¡No podemos irnos a Italia así, de pronto!

—Ya lo creo que sí —gruñó Thorn, dirigiéndose a la puerta. Rosalynn también reculó con rapidez, seguro que para no quedarse a solas con ella—. Voy a escribir unas cartas y a dar un par de instrucciones a los criados.

—Y yo voy a organizar nuestros equipajes —añadió su cuñada—. Te esperamos abajo.

Efectivamente, pudieron. En poco más de media hora estaban los tres de camino a Londres, donde se dirigieron a la Clínica Rosegarden. Allí los esperaban Darney, Caroline y Mery Rose, porque Bush había acudido a atender una urgencia, según les dijo esta última, cuando salió a recibirlos, hablándoles a través de la ventanilla abierta, en cuanto se detuvo el vehículo.

Mery Rose también estaba embarazada, pero de unos cuatro meses, y apenas se notaba, seguía viéndose tan delgada como siempre. Rosehip se preguntó si su hijo heredaría la melena dorada de león de su padre. Ojalá fuera así...

Justo entonces apareció el coche de Bram y Tess.

—Envié a un criado a avisarles —dijo Mery Rose—. Por suerte, los encontró rápido y dijeron que vendrían en seguida. Estaban en The Magic, ensayando un nuevo libreto. —Su teatro, en el que ponían en escena obras clásicas, pero también otras de la autoría de Bram. En parte gracias a Morgan, habían empezado a tener mucho éxito. Incluso Caroline participaba en aquella aventura. Había sido Titania en primavera, en unas representaciones de *El sueño de una noche de verano*, de Shakespeare, de las que todavía se hablaba, porque habían gustado mucho. Solo el hecho de estar embarazada la había desalentado de seguir con aquella aventura artística, al menos de momento.

—Quédate aquí —le ordenó Thorn, y él y Rosalynn bajaron del carruaje para reunirse con los demás. El cielo estaba ya muy oscurecido por la tormenta cercana. En cualquier momento empezaría a llover, caería una auténtica tromba de agua. ¡Y querían ponerse en camino hacia Dover, a esas horas! Tendrían que alojarse en alguna posada de camino...

Thorn, Rosalynn, Bram, Tess, Caroline, Mery Rose y Darney se dedicaron a cuchichear unos minutos, sus ropas azotadas por aquel viento que parecía querer zarandear el mundo antes de dejar paso a la tormenta. «Mienten», se dijo Rosehip, sentada sola en el coche, viendo cómo cuchicheaban, formando un grupo cerrado en la puerta de la clínica. «Todos mienten».

Ella no era tonta. A esas alturas ya había llegado a la conclusión de que sus hermanos habían descubierto algo nuevo respecto a las muertes de sus padres, algo terrible. Algo que no querían que ella supiera. Fuera lo que fuese, debía estar en Rosegarden Park o conocerlo alguien de allí, y no querían que ella lograra descubrirlo.

No había nada que Rosehip pudiera hacer, excepto, precisamente, contenerse para no dejarse llevar por su temperamento. No quería que ocurriera otra vez, no debía permitirlo. Y no solo porque para ella sería una nueva derrota, algo con lo que había lidiado durante demasiado tiempo como para ahora retroceder.

No, no solo por eso. También por ellos, por su familia. Seguro que estaban pensando que se pondría histérica de un momento a otro, con el comportamiento infantil que había mostrado tantas veces en el pasado. Tal como la miraba Rosalynn, tal como la había mirado Mery Rose, esperaban el estallido en cualquier momento. No iba a darles la razón. Ya no era una niña caprichosa, incapaz de controlar sus arrebatos.

Además, llegados a ese punto, ¿de verdad quería saberlo? Lo que fuera, aquel misterio terrible que trataban de ocultarle con tanta desesperación. No estaba segura. Si era algo tan espantoso como para eso, no estaba segura de poder soportarlo, no de momento, estaba demasiado nerviosa y preocupada. Y tenía miedo, mucho. Hasta prefería simular normalidad, irse un tiempo de Inglaterra y disfrutar de Italia. Luego, a su vuelta, tomaría las decisiones necesarias.

Sí, eso haría. Al fin y al cabo, ¿qué podía importarle? Su padre ni siquiera la miraba y su madre no vio nunca en ella nada positivo. No eran lo que hubieran debido ser, unos padres cariñosos que la hicieran sentir segura. Jamás había tenido...

—¿Estás bien? —preguntó Rosalynn, sentándose a su lado en el coche. Llegó seguida de una impresión de frío intenso. Rosehip asintió. También ella podía mentir. Quizá su cuñada se dio cuenta, porque le pasó un brazo por los hombros—. No te preocupes, princesa. Todo se solucionará.

—¿Solucionar? —preguntó Thorn, sentándose frente a ella mientras lanzaba una mirada de reproche a su esposa—. No hay nada que solucionar. Esto es un regalo de cumpleaños, Rosehip. Disfrútalo. Disfrutémoslo los tres. —Miró por la ventanilla—. Bien sabe Dios que nos lo tenemos ganado.

Ninguna de las dos mujeres dijo nada. Desde allí, partieron rumbo a Dover. Al cabo de un par de horas se quedó adormecida, pero se despejó un poco al oír que Thorn y Rosalynn empezaban a hablar muy bajo.

—¿Crees que se ha dado cuenta de algo? —preguntaba Rosalynn.

—Sin duda alguna. Pero la hemos tomado tan de sorpresa que todavía no ha sabido plantear las preguntas. O todavía no sabe qué preguntas plantear, mejor dicho. Da igual. El viaje la entretendrá.

—Eso espero. Porque esto es terrible... —Notó sus ganas de llorar, y el corazón de Rosehip se estremeció de pena—. Voy a echar mucho de menos a los niños.

—Y yo. Lo siento, llevarlos nos hubiera retrasado mucho. Y no se me ocurrió otra alternativa. Había que sacarla de allí de inmediato. No podíamos arriesgarnos...

—Lo sé, lo sé... Pero son tan pequeños...

—Estarán bien con sus tías. Y solo serán unos pocos meses. Volveremos justo para la

presentación ante la reina, la temporada la absorberá y, con suerte, estará comprometida para finales de primavera. Bram se va a ocupar de hacer correr la voz de que tiene una gran dote, mayor de lo esperado.

—¡Oh, Thorn! No deberíamos mentir al respecto.

—No es mentira, porque la he duplicado. —Una suerte que hubiera tan escasa luz, porque seguro que no había podido contener a tiempo la expresión de sorpresa. Se obligó a permanecer inmóvil—. Escribí una carta para el señor Berenson, el abogado, desde Rosegarden Park. Su dote siempre fue buena, pero ahora está entre las mejores. Y es, sin duda, la joven casadera más hermosa de Londres. Seguro que triunfará, podrá elegir entre todos los caballeros de la capital. No creo que vayamos a tener tan mala suerte de que ninguno sea de su agrado.

—No, seguro que no. No tardará en estar viviendo una historia de amor, lejos de todo esto.

—Dios te oiga...

A partir de ahí guardaron silencio. Rosehip intentó reflexionar sobre todo lo oído, pero se sentía demasiado cansada, ya lo haría por la mañana, o durante la semana. O durante el mes. Por lo que parecía, iba a tener tiempo de sobra para darle mil vueltas.

Estaba quedándose dormida de verdad cuando se dio cuenta de qué era lo que había encontrado diferente al abrazar al ama de llaves de Rosegarden Park, eso tan sutil que no había entendido en un primer momento. La señora Tilleadh siempre había vestido de negro, sí, con unas telas cómodas y apropiadas para un ama de llaves. Algodón o lana, principalmente.

Pero, ese día, su vestido era de seda.

Capítulo 3

Salón Selecto, Londres. Finales de enero de 1888

Todo el mundo sabía que, al margen de las habituales fiestas privadas, los bailes de cada martes en el Salón Selecto eran de lo mejor que podía ofrecer el Londres de la época.

De hecho, desde el cierre de Almack's, no había lugar similar que le hiciera sombra, y bien sabía Dios que muchos lo habían intentado durante años sin mayor éxito. Ningún otro salón de baile de esas características resultaba tan elegante y tan concurrido por la alta sociedad.

Sin embargo, había dos fechas en las que sus patrocinadoras —todas damas de reconocido prestigio— se esmeraban siempre por brillar con más intensidad aún: la primera era la del Baile de Primavera, celebrado por tradición justo después del que se llevaba a cabo cada 21 de marzo en la Escuela de Señoritas de lady Acton, en el bonito pueblo de Minstrel Valley.

La segunda correspondía a la del evento que tenía lugar el martes siguiente a la presentación de las debutantes a la reina. Y, si Alexander White debía juzgar por ese en concreto, ciertamente ambas eran un éxito rotundo.

Alex había nacido entre la realeza, y sabía moverse en el teatro social. Cuando llegó, algo tarde, el Salón Selecto estaba lleno a rebosar de nobles deseosos de pavonearse ante sus iguales, pretendiendo siempre ser opulentos y estar en lo más alto. Las grandes lámparas arrancaban destellos de las joyas y resaltaban los colores de los vestidos de las mujeres, un absoluto derroche de lujo y elegancia. A todo eso se añadía la música, magníficamente interpretada por una buena orquesta; eso resultaba obvio incluso a un negado para aquellos menesteres, como lo era él. Un ejército de camareros se movía entre la multitud llevando con destreza grandes bandejas cubiertas de copas, pero también había un par de amplias mesas, a un lado del gran salón, adornadas con unas fuentes de oro de varios pisos, repletas de bocados deliciosos, y de más bebidas.

Y él, que se hubiera ido a casa con gran alegría, a ponerse sus zapatillas, su bata, sus libros y una buena taza de té...

Pero no podía ser, así que no merecía la pena lamentarse. Alex se detuvo cerca de la puerta para buscar con la vista a su primo, y unas risas llamaron su atención. Al mirar hacia allí,

descubrió un grupito de debutantes, a cual más joven y más bonita. Todas lo estaban mirando ruborizadas, con los ojos brillantes por el entusiasmo.

Su primo Otón siempre lo acusaba de no prodigarse con sus sonrisas, pero no pudo evitar hacerlo entonces, sobre todo cuando sus pupilas se detuvieron en una de las muchachas, una joven esbelta, algo más alta que el resto. Su cabello, de un precioso tono rubio bronce, iluminaba un rostro de piel perfecta y rasgos tan hermosos que no podían pasar desapercibidos, entre los que destacaban unos grandes ojos verdes, de un tono translúcido que hizo pensar en un estanque de aguas claras.

Y, a diferencia de lo que ocurría con la mayor parte de las debutantes, como las que la rodeaban en ese momento, esas pupilas indicaban una mente despierta y una inteligencia muy aguda. Cuando se cruzaron con las suyas, Alex tuvo la impresión de que ella también había reconocido en él a una especie de igual. Alguien que se fijaba en los detalles, que reflexionaba sobre todo lo visto y que sacaba conclusiones.

En esos momentos, los ojos de la desconocida lo miraban con gesto coqueto, pero también con un extraño anhelo, como si estuviese viendo algo que deseaba contemplar desde el principio de los tiempos. Una expresión que lo hizo sentir especial y le encogió el corazón. ¡Qué belleza! No solía ser un hombre precipitado, sobre todo en cuestión de mujeres, pero en ese momento no tuvo ninguna duda: estaba dispuesto a pedirle de inmediato un baile, con la esperanza de que le fuera presentada debidamente esa misma noche.

Pero antes de que le diera tiempo a dar un paso hacia ella, otra de las jóvenes, la que seguro era la más decidida del grupo, atrajo su atención al preguntarle:

—Disculpe, ¿es usted su alteza real el príncipe... —se rieron tontamente, por la rareza del nombre, quedó claro— Otón?

—Eh... me temo que no —reconoció, con sencillez. Era lógico que lo hubiesen confundido con él, ambos tenían un aspecto similar: altos, rubios, ojos azules muy claros y evidente aire alemán. Estuvo a punto de corregirlas, de decirles que Otón no era alteza real, sino, únicamente, alteza, pero no merecía la pena incidir en el detalle—. Lo conozco, estoy aquí por él, pero yo solo soy el señor Alexander White. Me han pedido que lo acompañe en su visita a la ciudad.

La mayor parte de las jovencitas recibió la noticia con desilusión; otras, unas pocas, con pena, pero todavía se mostraron arreboladas por la presencia del humilde señor White, demasiado guapo como para ser desdeñado de inmediato. Pero a él solo le importó la respuesta de la joven de los ojos verdes.

Y no pudo ser más decepcionante.

La vio parpadear varias veces, batiendo sus largas pestañas mientras su expresión se llenaba de desencanto. Hubo algo más, quizá un momento de duda, o de pena por la pérdida de aquella afinidad que habían sentido el uno por el otro, pero luego algo pareció endurecerse en el mismo aire que la rodeaba. Sin más, le dio la espalda y se puso a hablar con otras dos jóvenes, como si él ya no existiera.

Estaba claro que, para aquella belleza, el señor White no era una pieza de caza lo suficientemente interesante.

Enfadado con ella, y más aún consigo mismo por el hecho de que eso le importase, Alex se disculpó con las otras jovencitas y se internó más en el gran salón de baile. ¡Demonios, si antes no le apetecía nada estar allí, ahora menos! Estaba considerando en serio la idea de irse y poner cualquier excusa al día siguiente, cuando se topó con Otón y el grupo de diplomáticos designados para acompañarlo siempre que no estuviese él. Entre ellos el bueno de lord Milford, un anciano muy amable que había sido embajador inglés en Alemania, y buen amigo del abuelo de Alex.

—¡Eh, prim...! ¡Señor White! —exclamó Otón, al verlo llegar. Tenía una copa de champán en la mano y la alzó en su dirección. Menos mal que se había corregido a tiempo. Milford sí sabía que era el príncipe heredero de Bergreich, pero los demás lo desconocían por completo—. Ya pensé que no vendrías.

El príncipe Otón de Meiningen, también sobrino del difunto príncipe consorte de la reina Victoria, estaba disfrutando como nunca en la capital británica. Poco le importaba que su visita al país —su segunda visita, puesto que ambos habían estado allí el año anterior, para el Jubileo de Oro de la reina— hubiera interrumpido la tranquilidad de las clases de Alex en el Royal Naval College de Greenwich, donde cursaba estudios gracias a la mediación de su tía.

Allí, por supuesto, solo era el señor White, británico de nacimiento, hijo de un administrador de fincas que trabajaba para un noble, y que se había casado con una alemana asentada en el país desde que llegó como doncella de la madre de Otón, para la boda de la reina Victoria.

—Yo también, alteza —le dijo, con la inclinación apropiada—. Terminamos tarde y, para más fastidio, hubo un problema en el ferrocarril que nos tuvo parados casi una hora.

—Vaya... Pero ¿qué tal el examen?

—No lo sé, la verdad. —De haberse tratado de un examen de Matemáticas no hubiera tenido problema, se le daban bien de forma instintiva; pero había sido de Historia Naval y, con Otón en Londres, apenas había podido dedicar más de un par de horas diarias al estudio—. No he quedado contento, pero para el tiempo que he podido dedicarle...

—Vamos, señor White, no te quejes y alegra la cara. —Su primo se inclinó hacia él y habló en voz más baja, solo para sus oídos—: ¡Ni que tuvieras que estudiar para conseguir un empleo, Alex! Estás ahí porque tú lo has querido. Da igual si lo consigues en un año o cinco. O si le dedicas todo el maldito resto de tu vida. Además, si quieres el título, te lo podrían dar ya y se acabó.

Alex frunció el ceño.

—No quiero eso. Quiero ganármelo por mí mismo. Y no quiero perder el tiempo, alargándolo por no dedicarle atención. Cada minuto cuenta. Sabes que no voy a poder hacer siempre lo que quiera.

—Pero...

—Nunca lo has entendido, Otón. Estoy estudiando aquí porque la Armada británica es la más importante del mundo, y supone todo un privilegio el poder aprender con los mejores. Y sabes que me apasiona el mar. Querría ser capitán de barco, como tío Markus, y poder viajar por todo el mundo...

Otón suspiró, dándose por vencido, y lo miró con burla.

—Curiosa vocación para el heredero de un estado alemán que carece de costa y cuyo nombre, literalmente, significa «reino de la montaña».

Alex puso cara de circunstancias.

—Calla. No me lo recuerdes.

—Mejor bebe para olvidar —le dijo Otón, haciendo un gesto para que tomase una copa de la bandeja que le ofrecía un criado. Alex así lo hizo, y brindaron—. ¿Acaso no te he enseñado a divertirte?

¿Divertirse? Como una niñera, así se sentía. Su primo era solo tres años menor que él, que tenía veinticinco, pero a veces parecían pertenecer a generaciones diferentes. Y no era que Otón fuese alguien alocado, o que Alex fuera una persona excesivamente seria, al contrario. A ambos les gustaba pasarlo bien, pero Otón hacía tiempo que había decidido que no merecía la pena esforzarse por nada, dado que no tenían mucho margen de decisión.

Simplemente, disfrutaba de las excelencias de ser un joven y atractivo príncipe alemán sin mayores obligaciones que casarse lo mejor posible, y viajaba a la deriva de un lado a otro, de fiesta en fiesta.

Alex, por el contrario, que había crecido con las historias de su tío Markus, el más excéntrico y aventurero de su rama de los excéntricos Wittlesbach, siempre había querido llegar a ser el mejor capitán de la historia. O, al menos, uno de los más conocidos. Le hubiera gustado ser descubridor de nuevos pasos, nuevas vías de comunicación y, por qué no, de alguna que otra tierra remota, algo imposible ya en esos tiempos modernos. Pero siempre le quedaba la posibilidad de recorrer todos los mares con su barco, y visitar cuantos países bañaran en sus costas.

Ese sueño absurdo, quijotesco, era el que había llevado a Alexander de Wittelsbach, príncipe heredero de Bergreich, a la Royal Naval College de Greenwich escondido tras el nombre de Alexander White.

No podría cumplirlo por siempre, porque cuando su padre abdicase o muriese, tendría que gobernar Bergreich, y eso no le dejaría tiempo para ideales románticos, mucho menos los relacionados con la libertad de ir y venir a su antojo. Pero quería avanzar cuanto le fuera posible, mientras estuviese en su mano hacerlo.

—¿Por qué no quieres que se sepa quién eres? —le había preguntado su tía, la reina Victoria, cuando llegó a Inglaterra para estudiar y compartieron una cena privada.

—Porque quiero conseguir algo por mí mismo, majestad, no por mi título.

No estuvo seguro de si ella entendía su argumento, pero al menos sonrió.

—Te pareces mucho a mi querido Alberto —le había dicho, y un brillo de tristeza infinita cruzó sus ojos—. Pese a lo que muchos quieren creer, a él tampoco le importó nunca el título en sí, solo que lo dejaran actuar como creía conveniente. Lo apoyé cuanto pude y nunca me arrepentí. Siempre demostró ser alguien muy sabio. —Brindaron en recuerdo de un hombre que ambos habían amado mucho—. Sea, haz como creas conveniente, sobrino, pero recuerda que tampoco puedes dejar de ser lo que tu linaje exige de ti. Eres un eslabón independiente, pero también formas parte de una cadena, y no puedes dejar de serlo.

No, no podía dejar de serlo. Amaba a su pueblo y, sobre todo, amaba a su familia. Por eso, cuando Otón volvió a Inglaterra para disfrutar de una temporada social de la que había oído hablar excelencias, Alex se sintió obligado a dejar sus estudios, su pequeña habitación en la escuela, sus clases, sus agradables paseos diarios por los alrededores, y se había tenido que trasladar a Londres con él, para servirle de guía.

Era su primo, incluso más que eso. Era como un hermano pequeño, otro eslabón de esa misma cadena. No iba a dejarlo solo durante su visita al país en el que ahora él estaba establecido. Se sentía como su anfitrión, como si lo hubiera invitado a quedarse un tiempo en su casa.

Al menos, había logrado salvar ciertas fechas de exámenes y su anonimato. A todos los efectos, se había designado al estudiante Alexander White para que acompañase en su visita a su Alteza, ya que ambos tenían sus raíces en el reino de Bergreich y eran de edades similares.

—Tengo otro examen la semana que viene, de Navegación, y aquí me ves, en vez de estar estudiando —le dijo a su primo en el Salón Selecto. Bufó—. Disculpa, sé que no debería amargarte la fiesta, pero es que no consigo olvidarlo.

Otón lo miró algo culpable.

—Lo siento, primo. Pero, insisto, podemos pedirle a la reina que te aprueben. Seguro que lo haría.

—No. Qué dices, no lo haría. —Trató de contener su irritación. A veces, Otón mostraba una falta de respeto por las normas que lo sacaba de quicio—. Parece que no la conoces. Además, acabo de decirte que quiero aprender con los mejores. Aprender, no simular que soy uno de ellos, Otón. De hacer trampas de ese modo, mi título no valdría ni el papel en el que estaría impreso. Para eso, me vuelvo a casa y me olvido de todo.

—Vale, vale. No te preocupes, mañana te dejaré estudiar.

—¿De veras?

—Te lo juro... —La expresión de su primo se había vuelto soñadora, pero no por lo que estaban hablando, sino por algo que había atraído su interés, en algún punto de la sala—. Porque, de hecho, no te haré ni caso. Acabo de enamorarme.

Alex sonrió. Sabía que Otón era un mujeriego empedernido, enamorado del amor y de cuanta mujer hermosa se le cruzara por delante. Por eso, cuando siguió la dirección de su mirada, lo hizo divertido y más que dispuesto a añadir un comentario lleno de sorna. Esperaba ver una debutante atractiva pero insulsa, alguien con ojos bonitos, pero no demasiado inteligentes.

Para su sorpresa, se equivocaba, y mucho.

La joven del cabello color bronce que había visto en la entrada estaba bailando con un hombre que, o mucho se equivocaba, o era un hermano, o quizá un tío joven, porque parecía tener bastantes más años que ella. Pese a que él era moreno como ala de cuervo, se parecían mucho físicamente. Ambos compartían aquella belleza oscura y casi perfecta que había admirado antes en ella, y que resultaba fascinante.

Otón y él siguieron a la joven con las pupilas, con la misma cara de tontos que la gran mayoría de los caballeros presentes, supuso. Era imposible no hacerlo. Alta y esbelta, tan hermosa que resultaba cautivadora, la muchacha se movía por la zona de baile con una gracia hipnótica. Era como si hubiese nacido para girar al ritmo de la música.

Era una auténtica belleza.

—¿Quién es? —preguntó Otón.

—No lo sé...

—Oh, es lady Rosehip Rosegarden —aportó lord Milford, con aire divertido. Seguro que se lo estaba pasando bien, viendo cómo aquellos dos jovenzuelos caían fascinados por una de sus compatriotas—. La pequeña de los Rosegarden, de hecho. Está bailando con su hermano mayor, lord Thorn III, marqués de Farrose.

Rosegarden... Alex había oído hablar bastante de aquella familia. Si no recordaba mal, aunque en esos momentos estaba intentando redimirse, siempre había estado envuelta en escándalos. La clase de personas a las que ni Otón ni él deberían acercarse.

Pero, claro, era demasiado bella.

—Es preciosa —afirmó Otón—. Realmente preciosa. ¿Podría presentármela, lord Milford?

—Por supuesto, alteza, será un placer. —Justo entonces terminó el baile y el anciano empezó a caminar hacia los Rosegarden—. Por favor, vengan por aquí.

Alex se quedó allí, con la sensación de tener los pies clavados en el sitio. Solo con recordar el modo en que aquella mujer lo había despreciado en la entrada le ardía de nuevo la sangre, y no le apetecía nada tener que mostrarse amablemente hipócrita con ella. ¡Al demonio! Le daba igual lo que opinase, por completo. Él tenía sus metas. Amaba el mar y pensaba viajar por todo el mundo antes de verse confinado en Bergreich. No necesitaba a ninguna ambiciosa Rosegarden alterando sus planes.

Pero, si no iba, llamaría mucho la atención, tendría que dar explicaciones, y no podría soportar las burlas de su primo.

Agitó la cabeza y fue tras Otón y lord Milford.

Capítulo 4

Para cuando Alex los alcanzó, lord Milford ya estaba haciendo las presentaciones.

—... el príncipe Otón de Meiningen, sobrino del rey de Bergreich y, por supuesto, de nuestra querida reina Victoria. Alteza, permita que le presente al excelentísimo marqués de Farrose, lord Thorn III Rosegarden, y a su hermana pequeña, lady Rosehip Rosegarden. —Al ver que llegaba Alex, extendió una mano hacia él—. Ah, y este es el señor Alexander White, del Royal Naval College de Greenwich, que está haciendo de acompañante del joven príncipe.

—Un placer, alteza real —replicó lady Rosehip con una voz celestial, ligeramente grave y muy seductora. Tendió la mano a Otón con elegancia para que él la besase. Ni una mirada de reojo para Alex, ni un gesto de reconocimiento, como si no fuera consciente de su presencia. Este apretó los labios, más irritado todavía—. Espero que esté disfrutando mucho de su estancia en nuestro país.

—Ahora mismo, más que nunca, milady —replicó él, con galantería—. Y discúlpeme, odio corregir a una dama, pero debo indicarle que mi tratamiento es solo «alteza», no «alteza real», me temo.

Ella parpadeó, confusa.

—Oh, disculpe. Creía que formaba parte de la familia real.

—En cierto modo, sí. Mi tío es el rey y soy el cuarto en la línea dinástica, tras mis primos varones y mi padre —le explicó, con simpatía—. Pero, de momento, solo mis primos pueden disfrutar del título de «alteza real». Cosa que, si le digo la verdad, me alegra y alivia a partes iguales.

—¿En serio?

—Sin duda alguna. Prefiero ser un príncipe sin mayor responsabilidad que viaja por puro placer y hace lo que quiere. Deberían ver a mi primo, a su alteza real Alexander de Wittelsbach, el príncipe heredero. El pobre ha crecido con la presión de tener que ser siempre perfecto. Por eso no deja de rabiarse por los rincones. ¿Verdad, señor White?

—Eh... —Tomado por sorpresa, Alex vaciló. Sus ojos se cruzaron con los de lord Milford, que lo miró entre divertido y alarmado, temiendo que allí se produjera un desastre. Alex tomó aire,

jurándose que en cuanto estuvieran solos estrangularía a su primo. Así quedaría un príncipe menos para dar la lata, en Bergreich—. Creo que no me corresponde a mí decirlo, alteza. Ni siquiera lo conozco en persona.

—Oh, es verdad que es usted inglés de nacimiento. Descuide, en cuanto surja la oportunidad, se lo presentaré. Aunque sea un cascarrabias, es mi primo favorito. —El muy maldito lo dijo con tanta gracia que hasta Alex tuvo que contener una carcajada. Pues sí, era una buena forma de describir sus vidas. ¡Cómo envidiaba la libertad de su primo! ¡Y cómo rabiaba, cuando estaba en Bergreich, por el peso de la responsabilidad de ser perfecto! Siempre sonriente, Otón miró al marqués de Farrose—. Milord, ¿me permitiría invitar a bailar a su hermana?

Lord Thorn arqueó una ceja, con un gesto divertido.

—De aceptar sus bailes se ocupa ella, alteza. Si Rosehip desea bailar, bailará, siempre lo ha dejado claro. Yo me limitaré a permanecer acechando por los alrededores para asegurarme de que nadie dé un mal paso.

—¡Thorn! —exclamó la joven, y fulminó a su hermano con la mirada—. ¿Cómo se te ocurre decir eso?

—¡Es la pura verdad! Siempre he permitido que elijas a tus compañeros de baile.

—Qué gracioso. Recuérdate que no vuelva a hacerlo contigo. No ha dejado de quejarse de un maldito jabalí que ronda por los alrededores de Rosegarden-on-the-Water, el pueblo cercano a nuestra mansión familiar —le explicó a Otón, por supuesto—. Y de cómo al final va a tener que ocuparse de cazarlo en persona. He pasado un rato de lo más aburrido.

—¿Un jabalí? —preguntó Alex, más que nada por la sorpresa—. Creí que no se veían por Inglaterra desde hace años.

—Así es —replicó lord Thorn, volviéndose hacia él con interés. Bien, por lo menos uno de los hermanos Rosegarden lo hacía—. Los cazaron tanto que se dieron por desaparecidos. Pero mi padre, aficionado a la caza, hizo traer un par de parejas a Rosegarden Park, con la idea de criarlas y organizar cacerías para otros terratenientes aficionados.

—Pues se reproducen muy rápido. Recuerdo que...

—Si nos disculpan, aunque yo encuentro fascinante el tema de los jabalís, seguro que la dama prefiere ir a bailar —intervino Otón, sonriendo. Tendió la mano hacia ella, con gesto gallardo—. ¿Vamos entonces, milady? ¡Arriesguémonos a despertar las iras del tigre!

Lady Rosehip rio de una forma encantadora y le sacó la lengua a su hermano, que sonrió. «Menuda majadera», pensó Alex mientras contemplaba con una extraña sensación de impotencia cómo su primo la conducía hacia la zona de baile. En cuestión de mujeres, era la primera vez que sentía envidia de Otón.

Lord Thorn carraspeó a su lado.

—¿Le gusta la caza, señor White?

—En cierta forma. No soy un gran aficionado y no me agrada matar, en realidad, pero sí el acechar, el pasar el día en el bosque, siguiendo un rastro... Cuando la situación lo requiere,

porque la población de un animal en concreto pueda volverse peligrosa, disparo. Si no, me limito a disfrutar de haberlo localizado, de tenerlo a tiro, y bajo el arma. Prefiero dejar que la naturaleza tome sus propias decisiones al respecto. —Dudó un momento, pero no pudo evitar añadir—: Y, desde luego, jamás me divertiría el quedarme cómodamente viendo desde lejos cómo mis perros destrozan a un pobre zorro al que se ha acorralado de forma indigna.

Lord Thorn arqueó ambas cejas.

—Se ha arriesgado mucho diciendo eso, señor White. Yo podría ser un gran aficionado a la caza del zorro, tan tradicional en este país.

—Lo sé. —Se maldijo. No estaba allí para defender sus principios, sino para ayudar a Otón a desenvolverse por Londres—. Disculpe si lo ha encontrado fuera de lugar.

—No, en absoluto. —Lord Thorn se encogió de hombros en un gesto amable—. De hecho, me ha resultado esclarecedor respecto a su carácter, y no puedo por menos que estar muy de acuerdo con usted. Jamás participo en cacerías de zorro; y desde que me hice cargo del título y sus responsabilidades, raramente me dedico a perseguir por los bosques a animales aterrados. Solo una vez al año, ya en primavera, suelo invitar a un grupo de amigos a pasar unos días en Rosegarden Park, y entonces sí que salimos de cacería, porque aprovechamos para controlar el número de animales, como bien dice.

—Sí, eso lo entiendo. Forma parte de la vida.

Lord Thorn asintió.

—Por lo demás, mi único contacto con los bosques es que suelo salir a cabalgar con mis hermanos. ¡Le aseguro que eso de por sí ya supone bastante aventura! —Ambos se sonrieron—. En su momento, incluso me ocupé de que los jabalís que había en Rosegarden Park fuesen reunidos y enviados al lugar de procedencia de sus mayores, a su país de origen, pero uno se nos escapó, un macho de buen tamaño, negruzco como un maldito demonio. —El marqués agitó la cabeza—. No ha dado problemas durante años, pero últimamente...

—¿Se ha vuelto conflictivo?

—Sí. Rompe cercados, destroza huertos, aterroriza a las gentes rondando por el pueblo... Es como si quisiera hacerse notar antes de morir, ¿sabe? Lo llaman el Viejo. —Agitó la cabeza—. Voy a tener que matarlo, me temo. —Su expresión se volvió pensativa—. Me pregunto si de verdad es el último, el único jabalí que queda en Inglaterra.

—Una lástima. Solo por eso, se debería respetar su vida.

—Me temo que va a ser algo imposible. Pero lo intentaré, no crea. Quizá, si pudiera capturarlo con vida... Oh, perdone. —Hizo un gesto hacia su derecha. Alex lo siguió con la vista y vio a una dama bonita y risueña, con gafas redondas de montura dorada. Miraba a lord Thorn con una expresión tan enamorada que Alex lo envidió mortalmente—. Mi esposa me reclama. Lo invitaría a venir conmigo, para presentársela, pero está con lady Abbott, la madre de mi difunta madrastra, y le aseguro que es alguien a quien usted no quiere conocer.

Alex rio.

—Le agradezco la advertencia. Vaya, no se preocupe —añadió, dedicándole una inclinación—. Disfrute de la fiesta, milord.

Lord Thorn sonrió, irónico.

—Ojalá me sea posible.

Se despidió con un último gesto y Alex se quedó allí, con las manos a la espalda, sin saber muy bien qué hacer. Aunque sus pupilas buscaron de inmediato la figura de lady Rosehip, trató de no mostrar el más mínimo interés por aquella belleza inglesa, por difícil que le resultase. Se dedicó a seguir a la pareja por el rabillo del ojo, siempre simulando mirar a otro lado, pero sin perder detalle.

No le gustó que Otón se acercase demasiado a ella en algunos momentos, pese a que la joven se mostró siempre encantada de recibir sus atenciones y jamás traspasaron los límites de lo correcto. No dejaba de reírse, la muy tonta, como si nunca se hubiese divertido tanto como esa noche. Alex conocía bien a Otón y sabía que podía ser simpático, pero no demasiado ingenioso. No hasta ese punto, al menos.

Cuando la música terminó, estaba ya tan enfadado consigo mismo, por aquel sentimiento ridículo de celos, que le costó sonreír al ver que se dirigían hacia él.

—Señor White, ¿puede creerlo? —exclamó Otón, al llegar a su lado—. ¡La dama me dice que no puede bailar dos piezas seguidas conmigo!

—Lo hago por usted, alteza —replicó ella, riendo divertida, con los ojos siempre cuidadosamente lejos de Alex—. Quiero evitar que todo el mundo piense que tiene usted algún que otro interés romántico por mí.

Otón la miró con una expresión que Alex no le había visto nunca, y le siguió el juego.

—Tengo algún que otro interés romántico por usted. Puede jurarlo.

—Oh, por favor, alteza, no sea descarado. —Lo golpeó con suavidad con el abanico en el brazo, a la altura del codo—. Vuelva a pedirme un baile dentro de un rato, y se lo concederé. Pero solo uno más.

—¿Solo uno más?

—Así es. —Ella agitó la cabeza, simulando desconcierto—. Dos bailes, eso es lo máximo que una dama puede compartir con un caballero en una misma noche sin levantar habladurías. ¿No tienen costumbres similares en su país, alteza?

—Sí, las tenemos —intervino Alex, aunque no era del todo cierto. La temporada londinense era todo un mundo de normas de etiqueta en sí misma—. Pero su alteza es un poco olvidadizo.

Otón lanzó una risa.

—Sí que lo soy. Pero no se preocupe, milady: algo me dice que recordaré por siempre esta noche.

—Soy afortunada, entonces.

—En realidad, el afortunado soy yo. Señor White, ¿sería tan amable de bailar con mi dama para que luego podamos volver a reunirnos sin que las malas lenguas intervengan, y sin que

algún otro caballero me arrebate su interés?

—Yo, eh...

Alex no se esperaba aquello. Hubo tan clara poca disposición a hacerlo que ella por fin lo miró, y muy molesta.

—No es necesario si no lo desea, caballero —dijo, seca, y empezó a retirarse—. Si me disculpan, me reuniré con mi familia y...

—No, por favor, perdone. —Alex le ofreció la mano, que ella tomó, aunque parpadeó al notar la ironía en su siguiente comentario—. Es solo que no me esperaba semejante honor. Bailaremos, por supuesto.

La condujo de vuelta a la zona de baile y se colocaron con las otras parejas que iban a disfrutar de una polonesa. Se miraron de frente, y pensó que no se conocían y, sin embargo, se comportaban casi como adversarios.

—¿Por qué me mira así? —inquirió, incómodo.

—Estaba a punto de preguntarle lo mismo. —La música se inició y empezaron a moverse. A medida que se separaban y se acercaban, fueron entrelazando la conversación—. Estoy casi por completo convencida de que no le debo dinero, señor White.

—¿Qué? —La miró horrorizado. Qué mujer. En su entorno, mencionar la palabra «dinero» era como soltar una maldición—. Por supuesto que no.

—Eso pensaba. Por lo tanto, no entiendo que me esté mirando de ese modo.

—¿Qué modo?

—Lo sabe bien. Enojado. Duro. —Un giro completo a su alrededor—. ¿Puedo preguntar por qué ha decidido que no le soy siquiera simpática?

Alex arqueó una ceja.

—Tenía entendido que los ingleses eran más sutiles, milady.

—No le recomiendo que haga caso de las generalizaciones. Algunas respecto a los alemanes no lo dejarían en muy buen lugar.

—Seguro que no.

—Además, nunca me ha gustado perder el tiempo. Y sigue sin contestarme.

—Muy bien, pues complaceré su curiosidad, milady. La he mirado así por cómo se ha comportado usted conmigo. Ya, cuando nos encontramos en el vestíbulo, me ha desdeñado de malas maneras. —A su favor tuvo que reconocer que ella no lo negó. Se limitó a entrecerrar aquellos impresionantes ojos verdes que lo hacían pensar en charcos de agua de mar—. Y, desde entonces, ha intentado ignorar por completo mi existencia. —Quedaron frente a frente, girando con lentitud. Alex percibió su calor, su aroma, aquel perfume a... no estaba seguro, pero era embriagador. Por todos los demonios, se estaba excitando de un modo impropio, pero no podía evitarlo—. No me ha mirado ni una sola vez, ni una, hasta que se ha sentido molesta conmigo.

—¿Y por qué debería haberlo mirado, señor White? —Lady Rosehip inclinó la cabeza a un lado—. ¿Tan importante es usted?

Alex no estaba acostumbrado a ser ignorado, y mucho menos a que lo pusieran en su lugar, como si hubiese pretendido ser más de lo que le correspondía. Sintió una oleada de emociones desconocidas, algo tan desagradable que casi perdió el paso en el baile, aunque logró corregirlo de inmediato.

—Perdón —replicó con frialdad—. Durante un momento se me olvidó que no soy nadie.

Eso pareció afectarla. Incluso se ruborizó.

—Perdón. Perdone, tiene razón. —Apretó los labios—. Aunque no lo crea, no soy tan desalmada.

Eso lo ablandó un poco. Alex la observó unos segundos antes de continuar.

—¿Qué ha ocurrido, milady? ¿En qué la he molestado?

—En nada. —Agitó la cabeza. Casi parecía desolada—. En nada, de verdad.

—Vaya. Creí haber entendido que era una mujer directa a la que no le asustaba decir la verdad.

Lady Rosehip hizo una mueca.

—Y es cierto. No me ha molestado en absoluto, señor White. Pero admito que me sentí muy decepcionada.

—¿Por mi culpa?

—Sí. Fue una enorme decepción que no fuera usted el príncipe Otón.

—Oh. Entiendo. —¿Seguro? No sabía si reírse o enfadarse. Las implicaciones le agradaban, pero no estaba seguro de haber captado bien el sentido de todo aquello. ¿Significaba eso que se había sentido atraída por él? Eso tendía a pensar. Eso quería pensar—. ¿Tan importante es el título para usted?

La joven titubeó.

—Para responder a eso, debo decirle que siempre he querido ser princesa. No duquesa, ni marquesa, ni siquiera reina. Quiero ser princesa. Toda mi familia ha bromeado siempre con eso, y mi madre... —Un recuerdo ensombreció el brillo límpido de sus ojos—. Mientras me peinaba, mi madre me decía que lo sería algún día. Ella... —Agitó la cabeza—. Bueno, murió.

Alex percibió un gran dolor bajo todo aquello y sintió un conato de lástima. Quizá lady Rosehip no era tan ambiciosa, quizá solo estaba empeñada en cumplir alguna promesa hecha a la madre perdida. Eso podría entenderlo.

—Lo lamento.

—¿De verdad? No sé... Yo no estoy tan segura de sentirlo. —Menuda respuesta. Alex cada vez estaba más desconcertado. Todavía dudaba sobre si preguntar al respecto o no, cuando la polonesa volvió a imponer sus normas. Se alejaron cada cual por un lado para girar con otras parejas antes de volver a encontrarse. Ella sonreía con amargura, como arrepentida de lo dicho—. Ahora sí que debe pensar que soy una persona horrible.

—No la conozco lo suficiente como para llegar a esa conclusión, milady.

—Lo soy, créame. —Le lanzó una mirada desafiante—. Una vez encerré a la prometida de mi

hermano Bram en los subterráneos de Rosegarden Park. La engañé para que bajara y la dejé allí, en la oscuridad. La oí gritar...

Alex sintió un escalofrío.

—¿Y la liberó?

Ella tardó un segundo de más en contestar, y él se preguntó qué tormenta habría al otro lado de aquellas pupilas tan brillantes.

—No. Me fui corriendo. No quería oírla, ni que me convenciera de sacarla. La odiaba. La odiaba a muerte. Adoro a mi hermano Bram, y ella iba a quitármelo.

«Pequeña canalla», pensó, pero consideró mejor no repetirlo en voz alta.

—¿Y la encontraron, supongo? ¿O sigue allí, atrapada en la oscuridad?

Lady Rosehip parpadeó ligeramente, como si de pronto captara la auténtica atrocidad de lo hecho. Sus mejillas se ruborizaron.

—No, claro que no. Logró salir —replicó, misteriosamente, esquivando sus pupilas. Agitó la cabeza con aire contrito—. Fui una niña horrible, se lo puedo asegurar. Hasta yo tengo que reconocerlo.

—¿Y ahora?

—¿Qué puedo decir? Seguramente, soy una mujer horrible. —Entonces sí lo miró, y sonrió de una forma arrebatadora—. Me gusta salirme siempre con la mía y grito, grito mucho, de no conseguirlo.

«Oh, Dios mío», pensó Alex, totalmente desconcertado. Y rendido, atrapado por una extraña sensación de fatalidad, como si no fuera capaz de resistirse al abismo que se abría a sus pies.

—No la imagino gritando.

—No tiene usted mucha imaginación, entonces. Le aseguro que soy capaz de coger tales rabietas que hasta me desagradó a mí misma.

—Supongo que reconocerlo dice algo positivo de usted.

—¿Eso piensa? —Se sonrieron, sintiéndose un poco más cerca, aunque no lo bastante—. Usted no entra en mis planes, señor White.

Él pensó en Bergreich, en el castillo de Adlernest. En los tronos de piedra negra tallados con el águila real. Siempre le habían parecido muy solitarios, muy fríos, pese a ser dos, y pese a que sus padres solían estar siempre de acuerdo en todo. No eran especialmente afectuosos, pero sabía que se querían, entre ellos y a sus hijos.

Era solo que las normas, en Bergreich, eran importantes. Más que los tontos sueños sobre el mar. Más que las elecciones del corazón...

—Le aseguro que usted tampoco en los míos —musitó.

—¿No? —Casi lo miró con burla, como si lo encontrara petulante—. ¿Qué espera conseguir, una princesa, quizá?

—No. —Carraspeó al recordar la lista de candidatas, todas miembros de las más importantes familias reales europeas, que le mostraba siempre su madre—. Bueno, posiblemente sí, pero no

es eso. Me temo que mis sueños no son tan románticos. —Decidió hablar de ello para cambiar de tema—. Quiero ser capitán de barco y viajar libremente por todo el mundo. Ver una puesta de sol sobre el Pacífico. Nadar en el Caribe. Seguir la costa africana, disfrutando de sus impresionantes paisajes... No sé. Mar y libertad. Estar en la borda, con el viento cargado de salitre acariciando mi rostro. Ese es mi concepto de felicidad.

Lady Rosehip sonrió.

—¿Y dice que eso no es romántico?

Él rio.

—Bueno, sí, lo es. Me refería a que no tienen relación con una mujer. Con conocer a alguien y crear una familia.

—Ya lo veo. —Ella se lo pensó un momento y se encogió de hombros, en un gesto juguetón—. Entonces, estamos de acuerdo, ninguno de los dos está interesado en el otro. ¿Verdad?

Alex dudó. Al llegar al Salón Selecto, al verla en la entrada, había pensado invitarla a bailar, buscando conocerla. ¿Hubiera ido más lejos, de ser otras las circunstancias? ¿De enamorarse, de vincularse de un modo tan íntimo con alguien? ¿Hubiera renunciado a sus sueños marinos, por amor? Y, lo más importante, ¿hubiera luchado para hacerle un hueco en la rígida Bergreich, por amor? Quizá. Pero aquella mujer tenía claro qué quería en la vida y él no encajaba de ninguna manera en sus ambiciones.

Pues Alex tenía claro que no se permitiría amar a alguien así. Si no le bastaba con el señor White, que era la parte más genuina de sí mismo que podía ofrecerle, no tendría nada.

—Así es —contestó.

Se miraron a los ojos, y ambos supieron que mentían. Pero también que no estaban dispuestos a permitir que aquel interés incipiente se interpusiera en sus planes.

—Hay quien diría que he cometido un error confesándole mis intenciones de llegar a ser princesa —dijo ella, al cabo de unos momentos—. Usted es amigo del príncipe. Podría ponerlo en mi contra. Pero no se esfuerce: ya se lo he dicho yo misma.

—Ya veo. —Por supuesto. Una mujer tan bella era una mujer muy segura de sí misma, al menos en el camino de la seducción—. ¿Y qué ha replicado?

—Le ha hecho gracia. Ha dicho que ya soy una princesa, pero que, si así lo deseo, estará dispuesto a ayudarme a cumplir mis sueños.

Típico de Otón. Y bien sabía él que no se casaría jamás con ella. Los Meiningen no eran tan prominentes como para poder permitirse un matrimonio que no implicase un enlace con una familia real.

—¿Y usted no lo cree? —preguntó, conteniendo el enfado. Al ver que no le entendía, aclaró—: Que ha cometido un error.

Ella pareció meditar su respuesta.

—La verdad, no lo sé. Pero no es algo que me importe.

Qué mujer más extraña. Y eso la hacía más fascinante todavía.

El baile terminó. La llevó junto a Otón, ignorando los reproches que se dedicaba mentalmente a sí mismo, y esperó a que salieran otra vez a bailar. Entonces, se excusó con lord Milford, alegando una fuerte jaqueca, y abandonó el Salón Selecto, convencido de que ya nunca volvería a ver a lady Rosehip Rosegarden.

Y no estaba seguro de alegrarse.

Capítulo 5

«¡Basta ya, Rosehip!», se ordenó irritada, cuando volvió a percatarse de que sus ojos seguían buscando a aquel hombre entre los asistentes. Otra vez.

Y el muy odioso no estaba por ningún lado. No le extrañaría que se hubiese ido sin siquiera despedirse. ¡Maldito fuera! No entendía por qué la hacía sentir así, pero no podía negarlo. Desde el instante en que sus pupilas se cruzaron, se sintió atraída por él. ¡Qué vuelco le había dado el corazón al verlo y pensar que aquel hombre tan atractivo, de aire tan gallardo, era el famoso príncipe alemán al que esperaba conocer y conquistar esa noche!

Durante un largo instante, pensó que podrían conjugarse sus dos grandes sueños de jovencita: el casarse con un príncipe y el casarse por amor. Porque estaba segura de que podría querer con locura a alguien como Alexander White, un joven guapo, interesante, educado, con mirada inteligente y claramente perspicaz. ¿Podía haber felicidad más grande que recorrer la vida con un hombre como ese a tu lado? Alguien que te provocase aquella sensación de maravilla durante el día y que hiciera bullir tu sangre por las noches...

Besarlo... ¡Cómo lo había deseado, durante su baile, mientras giraba tan cerca de él de un modo que encontraba tremendamente erótico! Rosehip ni siquiera había besado a ningún hombre, pero conocía toda la teoría al respecto. Su hermana Roseanne les había explicado los misterios del sexo a ella y a su hermana Mery Rose, cuando ambas eran unas niñas. Bueno, las tres eran unas niñas por aquel entonces, aunque Roseanne siempre había sido alguien que iba muy adelantada a su tiempo. A veces, demasiado.

Ella fue la que les dijo que, en las cuestiones amorosas, sus cuerpos se revelarían como infinitamente más sabios que sus mentes. Que, a la hora de elegir pareja, lo mejor era dejarse llevar por el instinto, ese conocimiento básico que todos llevaban dentro y que jamás mentía. Así, en lugar de convertirse las noches en un infierno, como les ocurría a la mayoría de las mujeres —por decidir en base a consideraciones como el estatus o la fortuna—, serían pura gloria, un nódulo de gran placer.

Dada la descripción concreta del acto físico, Rosehip no estaba segura de que tal nódulo pudiera llegar a darse nunca en su caso, pero al ver a aquel hombre, casi llegó a creerlo. Lástima

que, un segundo después, todas sus ilusiones se hubiesen ido al infierno.

Solo era el señor Alexander White. Un estudiante de no sé qué en no sé qué escuela, sin siquiera un título de barón o un rango honorífico de caballero. Alguien intrascendente. Ojalá también fuera alguien olvidable.

Lo sería, se insistió, mientras sonreía al príncipe con el que estaba bailando.

Otón de Meiningen también era guapo, no podía negarse, del mismo estilo teutón que el señor White: alto, rubio, ojos azules muy claros, líneas del rostro elegantes... Quizá de mentón demasiado cuadrado, pero sin llegar a quitarles atractivo. En realidad, al contrario, a ambos les daba un aire de firmeza, de determinación, que resultaba muy varonil.

Ahora que lo analizaba, ¿serían familia? Porque se parecían mucho...

—¿En qué piensa? —preguntó Otón, mirándola intrigado.

—Oh... —Consideró la posibilidad de decirlo, pero no quiso reconocer que tenía en mente al señor White—. En nada en particular.

—Qué terrible decepción. Aspiraba a creer que estuviese pensando en mí.

Ella rio.

—Qué petulante, alteza. ¿Y por qué debería hacer algo así?

—No lo sé. ¿Porque me encuentra irresistible, quizá?

—¿Lo encuentro irresistible?

—Sin duda alguna. De otro modo, la vida sería muy cruel conmigo, porque yo no puedo resistirme a usted.

—Me adula —replicó ella, reconviniéndolo con la mirada—. O se burla de mí, que viene a ser lo mismo.

—Jamás haría algo así —protestó él, falsamente indignado—. Me limito a ser sincero: no puedo resistirme, milady. Me tiene usted fascinado. Ya, cuando la vi, me enamoré locamente. Pero a medida que la conozco... Su sinceridad, su firmeza y su determinación a la hora de buscar sus objetivos me atraen mucho más. ¿Qué le voy a hacer? —Se encogió de hombros, con ecuanimidad—. Me fascinan las mujeres seguras de sí mismas.

Rosehip no pudo evitar una carcajada.

—¿Son siempre tan rápidos en sus avances los alemanes?

—Me temo que sí. Y también decididos, porque sabemos que el único modo de conquistar una colina es lanzarse al ataque. Y a mí me encantaría conquistarla a usted. Por eso tengo que insistir en que debemos seguir viéndonos, milady.

—¿Insistir? —Rio—. Es la primera vez que lo menciona.

—Bueno, sí... Pero, como le digo, somos decididos, y ya me voy adelantando a las posibles excusas. —Ambos rieron. Qué simpático era aquel hombre. Lástima que no fuera el señor White... «¡Rosehip!», se rió—. No, en serio, milady, de verdad que me agradaría mucho poder seguir viéndola. ¿Sería posible?

—No lo sé. ¿Va a estar mucho tiempo en Londres?

—Depende del interés que me suscite el hermoso Imperio británico.

Su mirada lo decía todo, y Rosehip se sintió exultante. ¡Todo estaba saliendo a la perfección! Apenas era capaz de creer que, al menos con uno de sus sueños, estuviera teniendo suerte. Además, le gustaba Otón, seguro que con el tiempo podría llegar a enamorarse de él. Estaba dispuesta a poner todo de su parte por conseguirlo.

El problema era que ella vivía en Minstrel Valley en esos momentos. A su vuelta de Italia la habían dejado de nuevo allí, donde se había visto envuelta en los preparativos de la presentación ante la reina, y del inicio de la temporada.

Sabía que todo estaba pensado para que no tuviera tiempo material con el que poder afrontar un nuevo intento de regreso a Rosegarden Park. Sus hermanos y cuñados seguían empeñados en impedir que descubriera qué pasaba.

Pues lo tenían difícil. Rosehip ya no estaba aturdida, ya no sentía la mente confusa y el cuerpo anquilosado por el miedo. De hecho, pese al poco tiempo transcurrido, se sentía muy distinta de la niña de diecisiete años que había sido sacada casi por la fuerza de su casa aquella tarde de noviembre.

En Italia había tenido oportunidad de reflexionar largo y tendido sobre todo aquello y, aunque seguía asustada —y mucho, tanto misterio solo podía indicar que ocultaban algo muy grave—, había terminado por decidir que sí que quería saber lo que fuera que había ocurrido, o lo que estaba ocurriendo. Más que eso, necesitaba saberlo, porque ya no consideraba que fuera algo relacionado únicamente con su familia o con sus padres, sino con ella misma, con lo que era, con sus raíces.

Pero no podía contar con sus hermanos para ello, ya le había quedado claro que no. Seguían empeñados en tratarla como si fuera una niña pequeña, una criatura frágil a la que había que proteger incluso de sí misma. Ni las acusaciones directas habían servido con ellos. Así lo había descubierto durante su viaje al continente.

—No digas tonterías —había replicado su hermano Thorn, la última vez que discutieron el asunto. Había intentado hablarlo ya en un par de ocasiones, desde que llegaron a Italia, pero esa fue la última y la definitiva. Tuvo lugar, casi por casualidad, durante un paseo junto a la Fontana de Trevi. Ni siquiera recordaba cómo había vuelto a salir el tema, pero ella lo acusó de estar inventando excusas para mantenerla lejos de Rosegarden Park, porque había algo allí que no querían que supiese, y él la miró como si le hubiera salido una segunda cabeza. ¡Maldito mentiroso!—. Estás viendo fantasmas donde no los hay, Rosehip, y te pones insufrible con eso. No existe ninguna conspiración Rosegarden en tu contra. Esto es tan solo un regalo de cumpleaños. Deberías disfrutarlo y ser más agradecida.

—Os oí en el coche, Thorn. Os oí —lo repitió también para Rosalynn, que caminaba cabizbaja a su lado—. Sé lo preocupados que estáis y que jamás hubierais dejado a vuestros hijos de esta forma, sin una razón grave. No me trates como si fuera idiota, hermano. Ya no soy una niña. ¿Recuerdas cuánto me enfurecía que lo hicierais cuando sí lo era? Pues ahora, más. Y con razón.

—Nada, ni una palabra, aunque vio que se miraban de reojo. Rosehip apretó los labios con rabia, ciega a la belleza que la rodeaba—. Quiero que me digáis la verdad.

—No hay nada que...

—Tu hermano solo busca lo mejor para ti, Rosehip —la cortó Rosalynn con aquel tono que adoptaba cuando quería que fuera sensata. Su tono de institutriz—. Deberías saberlo, y entender que, quizá, tenga sus razones para hacer lo que hace.

—Y quizá ya sea hora de que dejéis de tratarme como si fuera una niña. —Repetir el argumento de siempre le quitó fuerza, de algún modo, y se sintió ridícula—. Pero está bien, como os parezca, no insistiré más. Me ha quedado claro que, si quiero saber algo, tendré que descubrirlo por mi cuenta.

Eso logró que se mirasen de nuevo, preocupados.

—¿Qué vas a hacer, loca? —preguntó Thorn, inquieto.

—No sé de qué me hablas —replicó ella, dándoles la espalda—. ¡Si no ocurre nada!

Desde entonces, no había vuelto a hablarse del tema. De hecho, no se había hablado mucho, porque Rosalynn no acudió a su habitación para aclarar las cosas y consolarla, como había esperado que hiciera, como hubiera hecho en cualquier otra circunstancia. Seguramente su cuñada intentaba no dar pie a verse arrastrada a una confesión.

Rosehip casi podía leer sus mentes con la claridad de la página de un libro: pensaban que era mejor soportar aquella tensión, aquella relación tan tirante, y ganar un poco más de tiempo. Ya se solucionarían las cosas más tarde, de algún modo.

Por eso, durante las últimas semanas en Italia, solo había habido entre ellos silencios incómodos, comentarios sobre lo que veían o compraban y poca cosa más. Y todo finalizó en ese regreso tardío a Inglaterra que la había dejado sin tiempo para nada que no fuera dedicarse a su presentación. No había vuelto a haber mención alguna sobre el asunto.

Rosehip suspiró mentalmente. Esa noche, mientras bailaba con Thorn, había estado tentada de volver a presionarlo, pero no quería dar pie a sospechas. Mejor que pensase que se había resignado a su suerte, como debían de creer todos a esas alturas.

Pero lady Rosehip Rosegarden jamás se rendiría ante nada.

Al contrario, estaba decidida a regresar a Rosegarden Park en marzo, como muy tarde, quizá incluso antes, todo iba a depender de algunos detalles. Tenía un plan: iba a pedirle a sus abuelos, los condes de Abbott, que la ayudasen a volver desde Minstrel Valley. Rosehip ya había pensado el modo en que iba a escaparse de la escuela para ir a la posada que había a la entrada del pueblo, The Old Flute, donde podría esperarla un coche de sus abuelos para llevarla a Londres.

Una vez en la ciudad, se reuniría con ellos y se dirigirían juntos a Rosegarden Park. Si llegaba en su compañía, sus hermanos no serían capaces de echarla, al menos no tan rápido, ni siquiera pese a que Thorn odiaba a la anciana lady Cordellia con franca determinación. O, al menos, eso esperaba.

Una vez allí, echaría a correr para que no la atrapasen, buscaría a la señora Tilleadh y le

preguntaría qué demonios estaba ocurriendo. Ella no le mentiría, nunca le había mentado. Al menos, hasta el momento...

Así lo descubriría todo por sí misma, sin necesidad de recurrir a sus hermanos. Quería desvelar el maldito misterio y lanzárselo a la cara, a ver si se enteraban de una vez que ya no era una niña ni, mucho menos, una niña idiota.

Y la presencia del príncipe Otón quizá procurase mayores posibilidades de éxito a la empresa. Incluso tenía que haber un modo de combinar su deseo de volver a Rosegarden Park con el de poder pasar bastante tiempo junto al príncipe, el suficiente como para poder seducirlo.

Algo empezó a ocurrírsele. El atisbo de un nuevo plan, uno mejor, más elaborado.

En este, definitivamente, no podrían echarla...

—Entonces, espero que se quede usted a vivir para siempre en nuestro país —replicó, coqueteando con soltura. Él rio mientras la música finalizaba—. ¿Y tiene algún plan en concreto, alteza? ¿Compromisos preestablecidos? Lo digo porque estaba considerando la posibilidad de invitarlo a pasar unos días en nuestra mansión familiar. Así podríamos tener ocasión de conocernos mejor.

Los ojos del príncipe Otón relampaguearon de júbilo. Bien.

—¡Para que luego diga que los alemanes somos decididos! —replicó él—. Bravo por las damas inglesas que saben lo que quieren.

—Yo siempre tengo claro lo que quiero, alteza. Y recuerde que siempre he soñado con ser princesa.

Él rio.

—Y bravo por las que dicen exactamente lo que piensan. Le aseguro que, en estos tiempos, resulta refrescante. —Se sonrieron—. No tengo ningún plan en especial, más allá de moverme entre fiestas, lady Rosehip. Pero, de tenerlo, lo cambiaría sin dudar, porque me encantaría tener la oportunidad de aceptar el que propone usted.

—Me alegra mucho saberlo. —Rosehip miró alrededor, buscando a su hermano Thorn entre la multitud, y no tardó en encontrarlo. Estaba con Rosalynn y, para su alegría, con su abuela, lady Abbott. ¡Menuda suerte! Si lady Cordellia ya había tenido una participación importante en su primer plan, en este nuevo alcanzaba el rango de protagonista. La conocía lo bastante como para saber que apoyaría su idea con entusiasmo—. ¿Le gusta la caza, alteza?

Él se mostró sorprendido por el cambio radical de tema.

—Eh... No mucho, debo decir. Nada, en realidad —añadió, tras una nueva vacilación—. Admito que odio que se mate por placer o por deporte.

Rosehip sonrió. A ella le ocurría lo mismo.

—Es usted encantador. Pero ahora debe simular que sí y seguirme el juego, ¿de acuerdo?

—Eh... claro.

Lo condujo hacia Thorn, que los miró complacido, igual que Rosalynn. Los ojos de su cuñada brillaron tras las gafitas doradas. Pero si había alguien de verdad entusiasmado con verla junto a

un príncipe interesado en acompañarla por todo el Salón Selecto, esa era la condesa de Abbott. Lady Cordellia sonreía de oreja a oreja, rebosante de emoción.

—Alteza, ya conoce a mi hermano, lord Thorn III Rosegarden. —Ambos hombres se dedicaron inclinaciones de cabeza—. Permítame que le presente ahora a mi cuñada, lady Rosalynn, y a mi abuela, la condesa de Abbott. Rosalynn, abuela, este es el príncipe Otón de Meiningen, sobrino político de la reina Victoria.

—Un enorme placer, miladies —dijo él, chocando talones de un modo muy gallardo al inclinarse para besarles la mano, una tras otra. Rosalynn sonrió.

—Lo mismo digo, alteza.

—¡Oh, sí! —Lady Cordellia apenas podía contener su entusiasmo—. Su Majestad me comentó hace poco lo contenta que estaba por su visita. —Las expresiones de Rosalynn y Rosehip permanecieron impasibles, aunque intercambiaron una rápida mirada de entendimiento. Posiblemente, la reina Victoria lo había mencionado en algún acto público, o en alguna reunión con algunas damas, pero tal como lo contaba lady Cordellia, cualquiera diría que eran amigas cercanas y que se lo había dicho a solas, entre confidencias íntimas, mientras paseaban del brazo por los jardines de Windsor—. Bienvenido a Inglaterra, alteza. Espero que esté disfrutando de su estancia en nuestro país.

—Muchísimo, lady Abbott. Es un lugar magnífico.

Rosehip decidió que ya había habido suficientes saludos. Se sentía un poco violenta, porque bien le constaba que ella no tenía ningún derecho a invitar a nadie a Rosegarden Park, que la propiedad estaba bajo el control de Thorn mientras viviese, y que luego pasaría a su hijo, el pequeño lord Thorn IV.

Pero, si lo planteaba como algo inevitable, quizá hubiera una oportunidad.

—Ah, Thorn, precisamente, a consecuencia de lo que nos contaste antes sobre el jabalí, su alteza me estaba comentando lo mucho que le gusta la caza —empezó, para ir preparando la trampa.

—¿De verdad? —Thorn no era tonto. La miró un momento y luego se centró en el príncipe, dispuesto a mantener una charla entre hombres rudos sobre el tema—. No me había parecido especialmente interesado. ¿Y qué tipo de animal prefiere cazar?

El príncipe titubeó.

—Oh, bueno... En realidad, de todo. Los que se esconden por el bosque. Y también los que vuelan.

Thorn y Rosalynn lo miraron confusos. Lady Cordellia se limitó a parpadear. Rosehip tuvo ganas de reír, pese a todo. Pobre príncipe Otón. En verdad no le interesaba nada el tema de los animales, ni vivos ni muertos.

—Mi padre salía a menudo a cazar —aportó la joven, para salir del paso—. ¿Verdad, Thorn? Era algo que le gustaba, y hay muchos animales en las tierras y bosques de Rosegarden Park.

—Cierto —convino su hermano, educado, aunque él nunca había estado allí en esa época ni

guardaba un buen recuerdo de su padre. Bah, tampoco ella. Bien podían fingir—. Entre otros, tenemos faisanes, perdices, patos, conejos, palomas y también ciervos.

—Y un jabalí —añadió Rosehip.

Thorn le lanzó una mirada inquisitiva.

—También cierto. Un jabalí. Como le comenté a su amigo, el señor White, lo llaman el Viejo —explicó al príncipe Otón. Rosehip contuvo una mueca al oír mencionar a aquel hombre. ¡Justo cuando estaba empezando a olvidarse de él!—. Y bien de problemas nos está dando el muy canalla.

—¿En serio? —preguntó el joven, preocupado—. ¿Ha atacado a alguien?

—Todavía no, que yo sepa.

—Pero, a este paso, ocurrirá una desgracia en cualquier momento —aportó Rosalynn, que había perdido la sonrisa al comentarlo.

¡Perfecto! Rosehip se apresuró a tomar las riendas de la conversación.

—Precisamente por eso he invitado al príncipe Otón a pasar unos días en Rosegarden Park, para la cacería —soltó, con aplomo. Incluso el inmutable Thorn mostraba sus emociones de vez en cuando. Ahí arqueó ambas cejas, tomado por sorpresa, y Rosalynn estuvo a punto de perder las gafas—. No estaba segura de la fecha en que pensabas celebrarla este año, hermano, pero antes me pareció entender que era algo urgente, y veo que no me confundía.

—¡Es una idea maravillosa, Rosehip querida! —la apoyó de inmediato lady Cordellia, tal como esperaba. Juntó las manos sobre el corazón, entrelazando los dedos—. ¡Qué ilusión! Podríamos pasar todos un par de semanas en Rosegarden Park, viviendo una cacería como en los tiempos de vuestra querida madre. Rosalynn, sé que va a ser todo un desafío para ti, pero no te preocupes, yo te ayudaré a organizarlo todo. —Miró al príncipe—. Porque imagino que tendrá usted un séquito numeroso, ¿no es cierto, alteza?

—Eh... En realidad, no —replicó el príncipe Otón, algo sorprendido—. Viajo solo con mi ayuda de cámara, aunque en Inglaterra siempre me acompaña media docena de soldados y mi... el señor White, claro está —se corrigió rápido—. Me lo asignó el secretario de mi tía, la reina. Su madre era de Bergreich, aunque él nació y creció en Inglaterra.

Rosehip se preguntó por qué aquella explicación que nadie le había pedido le había sonado tan forzada. Seguro que Thorn y Rosalynn pensaban lo mismo, porque miraron al príncipe con una nueva reserva. Pero, opinasen lo que opinasen, lo cierto era que no podían negar la invitación sin quedar en mal lugar.

En todo caso, su cuñada lo intentó.

—Sería un gran honor, alteza —replicó, con aparente aplomo. Solo los que la conocían hubieran podido detectar su nerviosismo—. Lo único, sí que pienso que es un poco precipitado, porque todavía hace mucho frío. El bosque está nevado. ¿Verdad, Thorn? Sería mejor dejarlo para mediados de primavera.

—Pero, querida, acabas de decir que ese jabalí es peligroso —intervino lady Cordellia,

mirándola con intención. Rosehip sabía bien lo que pensaba su abuela: que Rosalynn era tonta y una imprudente. ¿Cómo se le ocurría intentar demorarlo todo? ¿Y si perdían la ocasión por dejarlo para más tarde?—. Es mejor ocuparse de ello cuanto antes.

—No creo que haya tanta prisa —insistió Rosalynn sin hacerle caso—. Sería mejor dejarlo para primavera o, al menos, para mediados de marzo. ¿Estará usted en Londres el mes que viene?

—Espero que sí. No tengo unos planes fijos.

—Claro. Pero... pero imagino que tendrá ya muchos proyectos... Invitaciones a eventos, lugares que deseará ver... ¿No le gustaría visitar Escocia?

—Pues allí sí que hace frío —apostilló Rosehip, algo burlona. Probablemente, ni su abuela ni el príncipe lo captaron, pero Thorn la fulminó con la mirada y Rosalynn se ruborizó ligeramente. Sintió algo de pena por ella antes de recordar que, si tenía que recurrir a aquella presión, era por su culpa.

—Lo cierto es que no tengo planes. —El príncipe la miró a ella, y Rosehip se sintió la joven más afortunada del Imperio británico—. Al menos, ninguno que me agradase más.

—Ni a nosotros. ¿Verdad, querida? —insistió lady Cordellia, haciendo gestos supuestamente discretos a Rosalynn. ¡Por Dios, cómo iban a perder la oportunidad de conseguir para Rosehip todo un príncipe, un sobrino de la reina, aunque fuera uno político! ¡Menudo honor! Impensable dejarlo pasar. El pobre Otón iba a ir de cacería sin saber que sería él el cazado. O, bueno, parecía listo. Seguro que sí que lo imaginaba. La única cuestión iba a estar en si su interés llegaría al extremo de dejarse cazar—. Si ese jabalí es tan preocupante, sería una imprudencia posponer las cosas para más tarde.

Rosalynn mantuvo una sonrisa impasible, pero Rosehip la conocía lo suficiente como para saber que estaba deseando encontrar un agujero en el que arrojarle.

¿Por qué?, volvió a preguntarse Rosehip, intrigada. Iba a descubrirlo, aunque tuviera que desmontar Rosegarden Park piedra a piedra.

—Estoy de acuerdo con la abuela —dijo, decidida—. Thorn debería organizar la cacería de ese animal cuanto antes. Sabéis tan bien como yo que, de atacar a alguien de aquí a primavera, no podríamos perdonárnoslo ninguno.

No tardó en comprobar que con eso había ganado. Pero no le gustó el modo en que la miraron su hermano y su cuñada.

—Por supuesto —dijo Thorn, tratando de mantener su aire tranquilo—. Será un placer recibirlo en Rosegarden Park, alteza. Podemos decidir la fecha que le sea más conveniente. Aunque, a riesgo de ser culpable de alguna desgracia, lo ideal sería ya a mediados de marzo como pronto, según proponía mi esposa. Para que temple un poco el frío y para que nos dé tiempo a organizarlo todo, tal como se merece la ocasión.

El príncipe asintió.

—Por supuesto, por supuesto. Ya le digo que no tengo planes, puedo adaptarme bien a cualquier propuesta. —Sonrió y luego se inclinó hacia las damas—. Para mí será un honor visitar

Rosegarden Park, miladies.

Siguieron hablando unos minutos, pero el objetivo estaba conseguido. Cuando los caballeros fueron a buscarles algo de beber, y su abuela decidió ir al tocador de señoras, Rosalynn agitó la cabeza y la miró con enfado apenas contenido.

—¿Por qué has hecho eso?

Rosehip alzó la naricilla. No iba a permitir que, encima, la hiciera sentir culpable.

—Lo sabes muy bien.

El enojo de su cuñada aumentó hasta resultar evidente para cualquiera que las mirase. Rosehip tragó saliva.

—Creí que jamás tendrías que decirte algo así, pero no tienes derecho a invitar a nadie a Rosegarden Park sin preguntar primero, Rosehip —le dijo, seca—. Nos has puesto en una situación imposible.

—Y tú no tienes por qué darme lecciones. Ya sé que es vuestra casa, pero, insisto: sabes muy bien por qué lo he hecho. No entiendo a qué vienen estos reproches cuando la culpa es por completo vuestra.

—Culpa... —La miró de un modo que la hizo vacilar. ¿Qué demonios ocurría?—. No tienes ni idea, Rosehip, ni idea.

—No, claro que no. Ese es el problema, que no se me han contado las cosas. Por eso he actuado así.

Rosalynn pareció entre culpable y contrariada, pero siguió sin ceder.

—Da igual. Es posible que nosotros tengamos que organizar ese evento, pero tú te lo vas a perder. Óyeme bien, estarás en la escuela.

Rosehip sonrió.

—Al príncipe Otón no le interesa lo más mínimo la caza. ¿No te has percatado? Si va a acudir es por mí. Y no podéis estropear la ocasión. Sabes que no.

Rosalynn apretó los labios.

—Estarás en la escuela, Rosehip. Pero animaremos al príncipe Otón a visitarte allí, si lo deseas —añadió, intentando congraciarse con ella.

—No será necesario. Porque yo estaré en Rosegarden Park.

Rosalynn la miró seria. No volvió a decir nada, ni siquiera a sonreír, hasta que se vio obligada a fingir normalidad, cuando regresaron los caballeros.

Capítulo 6

Rosegarden Park, cerca de Londres. Finales de marzo de 1888

Alex se detuvo en mitad del pasillo.

Otra vez ese sonido, ese extraño ruido de fricción, como piedras deslizándose una sobre otra. ¿Alguien habría abierto alguno de esos pasadizos de los que le habían hablado? ¿Y por qué? ¿Acaso lo estaban siguiendo? Qué absurdo... Pero miró inquieto hacia atrás.

Nada, claro.

No creía en fantasmas, de modo que todo aquello solo podía tener una explicación lógica, y no tardó en encontrar una: les habían ofrecido una visita guiada a los famosos subterráneos del lugar, incluso por la zona sajona que ya estaba explorada, y tenía auténtica curiosidad por todo aquello. Por eso imaginaba cosas.

—No seas idiota, Alex —se dijo, en alemán, y siguió caminando, dispuesto a disfrutar del tercer día en aquel sitio tan bonito. Rosegarden Park era, ciertamente, un lugar impresionante, con la gran casa en la loma, los extensos jardines dominados por los rosales, y el bosque que descendía hasta el río y más allá.

Además, había congeniado muy bien con los Rosegarden, los que estaban, los que iban y los que venían, que aquella gente era numerosa y parecía no estarse quieta nunca en ningún lugar. Lord Thorn, lord Bramble, lord Bush, lady Roseanne y lady Mery Rose, con sus respectivos cónyuges y su marea creciente de niños, habían ido por allí y, si no se habían quedado, habían prometido volver de un modo u otro. Incluso lady Mery Rose, que estudiaba Medicina, para su asombro, y trabajaba en el hospital y en la Clínica Rosegarden, además de atender a sus hijos.

Estaban todos, excepto ella, claro.

Hizo una mueca, volviendo a experimentar la misma intensa desilusión como un maldito idiota. Se sentía como sometido por un destino infausto. El recuerdo de lady Rosehip lo había perseguido desde la noche del Salón Selecto, hasta el punto en que casi había suspendido Navegación por su culpa. No dejaba de pensar en ella.

¿Por qué demonios estaba así? ¿Y por qué demonios había ido allí, para empezar? ¡Dos semanas en Rosegarden Park, disfrutando del campo, con una cacería como diversión principal!

Justo lo que necesitaban sus estudios, menudo idiota estaba hecho. Podía haberse excusado, Otón lo hubiese comprendido.

Pero no, al contrario. Había hecho malabares para conseguir dejar esos días la escuela sin perder demasiadas clases, adelantando algunos temarios y acordando exámenes especiales con algún profesor más magnánimo que otros. Se había dicho siempre que lo hacía por acompañar a Otón, pero bien sabía en su fuero interno que no era cierto.

Había sido solo por ver de nuevo a esa mujer, esa pequeña arpía que solo pensaba en cómo trepar por la escala social como una auténtica advenediza.

«Eres idiota, Alex», se repitió por enésima vez, y con razón. Al demonio con ella. Debería disfrutar de ese tiempo con su primo. Otón y él apenas se veían ya y, en cuanto se fuera de Inglaterra, a saber cuándo volverían a encontrarse. Pero no, no dejaba de darle vueltas, y no lograba superar aquella impresión de decepción continua.

La culpa la tenía la esperanza. A su llegada, dos días antes, les habían explicado que lady Rosehip no iba a poder reunirse con ellos, porque, lamentablemente, la cacería coincidía con el Baile de Primavera en Minstrel Valley, un evento que debía ser muy importante para las jóvenes alumnas de la escuela a la que asistía. Y luego, casi de inmediato, tendrían la misma celebración en el Salón Selecto, en Londres, con todos los preparativos que algo así conllevaba.

En conclusión: por mucho que lo lamentasen, justo esas fechas volvían imposible que lady Rosehip estuviera allí, con ellos. Pero no podían demorar más la cacería, porque el jabalí, el Viejo, se estaba volviendo muy osado.

Eso sí, en cuanto concluyesen esa misión, lord Thorn y su esposa habían ofrecido a Otón trasladarse con ellos a Minstrel Valley, donde unos amigos les habían ofrecido una espléndida mansión, Clifford Manor, en la que podrían quedarse y así pasar unos días cerca de la joven.

Su primo había aceptado encantado, pero, siempre que estaba a solas con Alex, insistía en que lady Rosehip le había susurrado, antes de despedirse, que contara con ella, porque estaría allí. Que lo mantuviese en secreto, pero que lograría llegar, pasara lo que pasase.

Alex no lo tenía tan claro. Que él supiera, las jóvenes se volvían locas por los bailes, y más las que solo tenían en la cabeza el convertirse en princesas, como aquella tonta. Además, si sabía que Otón iba a ir a Minstrel Valley, ¿por qué organizar lo que parecía una fuga romántica para reunirse con su admirador? «Espero que no lo haga», pensó indignado.

Qué tormento. Quería verla, quería que fuera a Rosegarden Park, pero no quería que fuese para conquistar a Otón.

«Al infierno», maldijo, apartándola de su mente. Bajó la impresionante escalera de mármol que recorría los tres pisos de la casa y llegó al vestíbulo justo a tiempo de ver salir por la puerta principal a lord Thorn acompañado de uno de sus cuñados, el duque de Lark, que charlaba con su primo. A lo lejos, se escuchaba el sonido de un carruaje.

El corazón le dio un vuelco.

¿Podía ser...?

—¡Ah, señor White! —dijo Otón, al verlo—. Venga con nosotros. ¡Vamos a recibir a los condes de Abbott!

Él asintió, sintiendo el corazón en un puño por una nueva decepción. Solo eran los condes de Abbott, los abuelos de la mayor parte de los Rosegarden. En fin. Se pasó una mano por el cabello. Menuda tontería...

Un golpe a su izquierda lo sobresaltó. Las grandes puertas que conducían al ala este se habían estremecido, como golpeadas por algo desde dentro. Qué absurdo, que él supiera allí no había nada ni nadie. De hecho, les habían comentado a su llegada que aquella zona estaba clausurada porque un antiguo incendio y la falta de uso la habían ido volviendo peligrosa. Algunos techos podían derrumbarse, había dicho lady Rosalynn, durante la primera cena, consternada. Debían abordar las reformas, pero de momento no habían dispuesto del tiempo necesario.

—¡Por supuesto que lo haré encantada! —Oyó entonces una voz. Una voz inconfundible.

Las pupilas de Alex giraron hacia la entrada y su corazón se detuvo un instante antes de volver a latir enloquecido. Tuvo una extraña sensación de irrealidad cuando, de pronto, lady Rosehip en persona apareció en el umbral de la puerta, con una sonrisa radiante y colgada del brazo de Otón. Tras ellos iban lord Thorn y su cuñado, y una pareja de ancianos, muy elegantes, que supuso que eran los condes de Abbott.

Estaba tan exultante que apenas pudo mantenerse impasible, y tan centrado en ella que casi se le pasó la expresión desencajada de lord Thorn. Casi.

¿Qué le ocurría? Parecía realmente enfermo. Y el único que mostraba trazas de darse cuenta de ello era lord Lark. Los dos hombres intercambiaron una mirada sombría. El marqués agitó la cabeza con aire desesperado.

—Me hará el hombre más feliz del mundo, milady. —Rio Otón, atrayendo la atención de Alex. Al verlo, lo llamó—. ¡Señor White! ¡Mire qué sorpresa hemos tenido! ¿Recuerda al señor White, lady Rosehip? Forma parte de mi séquito.

Ella le lanzó una miradita que podía indicar desconocimiento o miopía.

—No estoy segura, la verdad...

«Pequeña majadera...». Alex apretó los puños con disimulo.

—Yo, sin embargo, la recuerdo bien —dijo, conteniéndose a duras penas. Aun así, quizá algo de su enfado se filtró en su tono, porque lady Abbott lo miró como lo haría con un criado que se hubiese atrevido a negarse a traerle su taza de té. Tampoco era cuestión de que lo expulsasen de la casa, así que trató de disimular más todavía con una sonrisa—. Un placer volver a verla, milady. Creí que los asuntos de la escuela la tenían ocupada.

—Nada que no pudiera dejar para otro momento —replicó ella. Sonrió a Otón—. Tenía que estar aquí para cumplir con mi promesa de mostrarle los alrededores, alteza.

—Soy un ser afortunado, entonces.

Pasaron por su lado sin prestarle más atención y fueron hacia dentro, seguidos de los condes. El marqués de Farrose y el duque de Lark se quedaron fuera, remoloneando entre susurros.

—¿... a hacer? —preguntaba el duque.

—No lo sé, no lo sé. Hay que evitar a toda costa que... —Lo miró, como si se diese cuenta entonces de su presencia, y frunció el ceño—. Vamos dentro. Señor White, ¿ha visto ya la sala de trofeos?

El señor White no la había visto. Tampoco le importaba demasiado cuántos trofeos hubieran recopilado los Rosegarden a lo largo de generaciones, a decir verdad. Estaba más intrigado por lo que fuera que estaba ocurriendo en aquella casa, porque algo estaba pasando, no podía negarse. Excepto los abuelos, que no parecían enterarse de mucho, el resto estaba tenso y malhumorado, por más que se esforzaran en simular normalidad.

La prueba definitiva la tuvo más tarde, durante la cena. La noche anterior, Alex había visto a los marqueses y su familia tensos, pero animosos. Como cualquier anfitrión forzado, como era su caso, que no conocía mucho a sus invitados, pero que aspiraba a complacerlos en lo posible. Habían charlado con ganas y hasta habían reído en ocasiones. Las dos semanas que iban a estar en Rosegarden Park parecían presentarse como cordiales y entretenidas, sin más.

Pero, esa noche, el comedor estaba sumido en una extraña tensión. Se notaba mucho más el esfuerzo que hacían todos, sobre todo los anfitriones, por mantener una actitud desenvuelta. Y las miradas dirigidas a lady Rosehip, por parte de la mayoría de los miembros de su familia, estaban llenas de reproche.

Un esfuerzo inútil, porque a ella no parecía importarle nada. Rio, coqueteó con Otón hasta la línea de lo prudente, y charló como si nada estuviera pasando hasta que se retiraron muy pronto, todos con la excusa de levantarse temprano por la mañana para salir a dar una vuelta por los alrededores. Estaban seguros de que esa noche nevaría y, según aseveraban, el bosque y la casa se ponían preciosos tras una buena nevada.

Alex fue a su dormitorio, situado junto al de Otón, y se acostó. Se quedó dormido casi de inmediato, pero algo lo despertó de pronto, en plena noche. ¿Habían sido unas piedras deslizándose? Maldición. Esa vez seguro que solo era una ilusión, parte del sueño en el que ella había dicho, riendo, mientras se deslizaba hacia una entrada secreta en la pared:

—¿Quieres que te recuerde, alteza real? Para eso, tendrás que atraparme.

Maldita mujer... Alex se sentó en la cama, sintiéndose muy despierto y extrañamente excitado. Tal como estaba, le iba a costar volver a coger el sueño, de modo que se levantó, se puso la bata y las zapatillas y decidió salir a fumar al pequeño balcón que tenía el dormitorio, un espacio escaso aunque de piedra muy elaborada, con jarrones a los lados.

Era una habitación de invitados, pero de segunda categoría, podía deducirse. En el mismo piso, siguiendo la curva ondulante que dibujaba la fachada, había otros balcones más grandes y elegantes, como el de Otón, que quedaba justo a su izquierda y era casi el triple de grande. Supuso que, como en el caso concreto, se daba la habitación principal al invitado de honor, y las laterales a sus acompañantes más cercanos. Como él, que no era un criado, pero que de ningún modo hubiera sido recibido allí por sí mismo.

Por lo que pudo ver, todavía no había empezado a nevar. Quizá ni siquiera llegase a ocurrir, porque hacía algo de frío, pero no demasiado, y el cielo parecía despejado. Bajo el resplandor de la luna, casi llena, el paisaje que conformaban los hermosos jardines de Rosegarden Park y, más allá, el bosque oscuro resultaba casi mágico. Bergreich, visto desde su habitación en lo alto del castillo de Adlerness, era impresionante, pero debía admitir que aquel rincón de Inglaterra no se quedaba a la zaga.

—Qué hermoso... —susurró. Hermoso como su dueña, como la joven nacida allí.

Alex encendió un cigarrillo y aspiró un par de bocanadas, disfrutando de toda aquella belleza y de la tranquilidad de la noche, antes de que algo lo perturbase.

¿Una luz? Guiñó los ojos. Eran un destello, algo más molesto que cegador. Miró hacia su origen, a la derecha. Dos balcones más allá, en el más grande simétrico al de Otón, una figura esbelta estaba apoyada en la barandilla, jugando con una lámpara y un espejo, solo para molestarlo. La suave brisa nocturna jugaba libremente con su largo cabello suelto, de un rubio bronce inconfundible.

Lady Rosehip.

—Qué demonios...

Al ver que por fin había llamado su atención, lady Rosehip dejó la lámpara y el espejo, y se miraron. Luego, ella rio y dio un paso casi solemne en su dirección. Alex titubeó. ¿Qué era aquello, otro juego? ¿Quería que avanzase hacia ella? Qué tontería... Pero apagó el cigarrillo e hizo lo mismo, otro paso en su dirección.

El turno de ella, el turno de él, y así siguieron hasta que se acabó el balcón.

Entonces, para su espanto, ella trepó a la barandilla.

—¡No! —exclamó Alex, adelantando una mano. No fue un grito, ni siquiera habló demasiado alto, pero en aquella noche tan silenciosa, temió que lo hubiese oído toda la casa. Sobre todo quien quiera que ocupase aquel dormitorio pequeño que los separaba. Adelantó una mano hacia la chica—. ¿Qué hace? ¡Baje de ahí!

—Uno de los dos tiene que llegar al otro, señor White. —La oyó decir. De pie allí, sobre la barandilla, la brisa nocturna hacía oscilar el borde de su bata y su camisón contra sus piernas, largas y esbeltas. Aquella mujer estaba completamente loca—. O viene, o voy.

Alex entrecerró los ojos.

—¿Y qué pasa con su alteza?

Ella inclinó la cabeza a un lado.

—Estará durmiendo, imagino. ¿De verdad importa?

«Más de lo que piensas». Si aquella advenediza pensaba que iba a casarse con Otón para convertirse en la princesa de sus sueños infantiles mientras jugaba con los criados a coquetear por los balcones, estaba muy equivocada. Él no era el señor White, era Alexander, el futuro rey de Bergreich, y no permitiría que se burlara así de su primo.

—Baje de ahí —dijo, con frialdad—. Iré yo.

Ella asintió y se dejó caer al interior del balcón, quitándose del peligro. Alex tomó aire, trepó a la barandilla y pasó de un salto a la del balcón intermedio. Se preguntó una vez más a quién correspondería. En los días que llevaba allí no había visto a nadie, y en ese momento no había ninguna luz. Si estaba ocupada, su dueño dormía profundamente.

Alex lo recorrió lo más sigiloso que pudo, trepó por el otro lado y saltó al balcón de lady Rosehip. Solo cuando se dejó caer con un movimiento atlético frente a ella pensó en lo arriesgado de lo que estaba haciendo. ¿Y si los descubrían allí? Las consecuencias podían variar desde recibir un tiro de lord Thorn hasta verse obligado, por pura caballerosidad, a casarse con ella.

Siendo quien era, podría esquivar esa última opción, si lo deseaba. Nadie podía obligar al futuro rey de Bergreich a llevar a cabo un matrimonio que no le resultara totalmente ventajoso, era un tema del que dependía el bien de su pueblo. Pero sabía que jamás dejaría a merced del escándalo a una dama. «Soy idiota», pensó, una vez más, mirándola con enfado.

Y con deseo, a qué negarlo.

—Está usted loca —gruñó—. Esto es...

—Emocionante —terminó ella, con una sonrisa—. Lo sé. Gracias por venir, señor White.

—Pensé que no recordaría mi nombre.

Lady Rosehip rio.

—No sea rencoroso. Me gusta burlarme de usted. ¡Es tan serio! Pero, a la vez, hay algo amable en la forma en que mira a todos. —Por primera vez, su expresión pareció sincera—. Me gusta.

—Gracias, supongo. ¿Por qué ha hecho eso? ¡Subirse a la barandilla! ¿Es que no tiene el menor sentido del riesgo?

—Bah, he saltado por estos balcones desde que era niña. No me iba a pasar nada. Y lo he hecho porque quería que viniera. Quería que hablásemos.

—¿Hablar? ¿De qué?

—De nosotros, claro está.

Alex parpadeó, sintiendo que el corazón empezaba a desbocarse. No podía ser, no quería hacerse ilusiones. Pero ¿qué haría si, de pronto, ella le decía que había cambiado de idea, que no le importaban los títulos, solo lo que pudieran sentir el uno por el otro? No, qué tontería. Aunque la conocía poco, ya intuía que aquella mujer jamás renunciaría a sus ambiciones.

—No sabía que había un «nosotros», milady. Más bien, un usted y el príncipe Otón.

—Oh, sí, eso también. Pero ambos sabemos que hay algo más. —Se cruzó de brazos e inclinó la cabeza a un lado. De pronto, parecía molesta—. Por más que lo intento, no consigo borrarlo de mi mente, señor White.

—Lo lamento. Supongo.

—No es verdad. No lo lamenta.

—No. Es cierto. —¿Por qué debería? Él tampoco era capaz de arrancársela de la maldita

mente—. Pero ¿qué quiere que haga?

—Que sea mi amante. —Alex quedó tan estupefacto que no supo qué responder. Ella se removió, inquieta—. He hablado del tema con mi hermana. Lady Roseanne —añadió, para aclarar. Por supuesto. Lady Roseanne, la esposa del duque de Lark. A esas alturas, Alex ya tenía claro que se trataba de una mujer muy peculiar—. Ella opina, como yo, que no debería quedarme sin saber lo que es... Bueno, estar con la persona elegida por mi instinto.

—Su instinto...

—Eso es. Verá, mi cabeza, mi razón, me indica que el príncipe Otón es mi pareja ideal, el hombre que puede darme el mejor futuro posible. Rico, de la realeza, guapo y amable. Me convertirá en princesa. ¿Qué más se puede pedir? —En eso tenía razón. Al margen del resto, Otón era un hombre maravilloso, bien lo sabía él. Haría feliz a cualquier mujer—. Pero mi corazón y el resto de mi cuerpo no dejan de pensar en usted. De ansiar estar con usted. ¿Lo escandalizo? —preguntó, al cabo de un segundo de silencio, con una ligera sonrisa.

Alex se cruzó de brazos.

—Supongo que debería. Pero no. Me gusta su sinceridad.

—Me alegro, porque no querría engaños entre nosotros. Usted y yo no nos conocemos y no nos apreciamos demasiado. De hecho, ya tiene un concepto negativo sobre mí.

—¿Ah, sí?

—No lo niegue. Piensa que soy un monstruo, uno hermoso, pero con enormes apetitos.

—No podría haberlo descrito mejor. A usted no le interesa Otón lo más mínimo. Si fuera yo el príncipe y él mi ayuda de cámara, se habría lanzado a mi cuello desde el primer momento en el Salón Selecto.

—Es verdad. Pero, por desgracia, el príncipe es él. —Avanzó hacia él, hasta estar tan cerca que lo envolvió su perfume a flores del bosque. A vida intensa—. Sin embargo, también puedo ser suya, esta noche, si lo desea.

Alex sintió un estremecimiento. La deseaba, claro que sí. No podía quitársela de la cabeza. Y no solo por su cuerpo, que era hermoso y lo excitaba como nunca le había pasado antes, sino también, precisamente, por aquella forma natural y despiadada con la que afrontaba la vida. Lady Rosehip sabía lo que quería, y trataba de tomarlo. En algún punto profundo de su ser, la admiraba y la envidiaba.

Porque él también sabía lo que quería, pero no se atrevía a tomarlo, nunca lo haría. Pese a saber que la vida no era justa, que no había recompensa para la bondad, solo un tiempo determinado para buscar tu propia felicidad, no podía actuar de un modo tan carente de remordimientos. Estaba atado por convencionalismos y unos lazos de amor a su familia y a su pueblo, y jamás podría dejarse llevar de ese modo.

—Está usted loca. —Jadeó—. No sabe lo que dice.

—Quizá no —admitió ella. Tomó la mano derecha de Alex y se la llevó al rostro. Besó la palma, provocando un restallido de calor en su entrepierna, ya de por sí bastante excitada desde

que despertó del sueño. Besó el índice y el corazón, en las yemas, terminando de ponerlo tan duro como jamás antes había estado. Luego, sin mayor rubor, se la llevó al pecho izquierdo. La apoyó de tal modo que la palma cubrió todo su seno, joven y firme. Parecían hechos el uno para la otra—. Pero sé lo que hago.

Alex ya no quiso pensar, no quiso racionalizar ni considerar las consecuencias. Le daba todo igual. Era tal el deseo que sentía que no había nada que importase más que el acostarse con ella y liberar toda aquella pasión, ya, de inmediato. Con la mano libre la rodeó por la cintura y la atrajo, y se inclinó para besarla de un modo tan rudo como apasionado. Más, más. Un beso profundo, intenso, dominante.

¿Quería placer? Lo tendría. ¿Quería hundirse con él en las brumas del deseo? Pues lo harían, juntos y por siempre. Al demonio con todo. La cogió en brazos y la llevó a la cama, pero, antes de depositarla con suavidad sobre la colcha de color turquesa, le sacó el camisón por la cabeza para dejarla desnuda.

Alex sintió la garganta reseca. ¡Qué hermosa era! Se quitó la chaqueta, la camisa, el pantalón, y no se detuvo hasta hundirse en ella, tras besar todo su cuerpo y lamer sus pechos con fruición. Estaba dispuesta, húmeda, lista, lo había comprobado, siempre lo hacía, por eso no entendió el estremecimiento de dolor que la embargó hasta que fue capaz de darle un sentido.

«Oh, no», pensó, y hasta se detuvo, aturdido. Con un esfuerzo supremo, desde luego, pero sí, él no era un animal sin conciencia, era un hombre, una criatura responsable de sus actos y capaz de controlarlos, por mucho que le frustrase el tener que hacerlo.

Quiso apartarse, iba a preguntar. Pero ella lo retuvo.

—No pares... ¡No pares! —le dijo.

—Eras...

—¡No pares!

Alex se rindió. Además, ya estaba hecho, ya le había arrebatado su virtud. Y estaba tan excitado que consideró que terminar aquello no iba a ser peor que haberlo empezado. De modo que siguió empujando con las caderas, con menos brusquedad pero igual determinación, en una serie de embestidas cortas y profundas. Trató de ser considerado, de centrar en ella la importancia del momento, algo que siempre hubiera debido ser pero que olvidó, por su comportamiento tan frío y casi cáustico.

Al menos, tuvo la satisfacción de ver cómo aquel dolor del inicio se convertía en un placer profundo. Lady Rosehip tembló de pies a cabeza cuando la embargó el orgasmo, se tensó cuanto larga era bajo el cuerpo de Alex y apretó los dientes, como si intentara por todos los medios contener dentro algo inmenso. Hubiera querido disfrutar de verla así, arrastrada por mil sensaciones nuevas hacia un lugar en el que, seguramente, no había estado nunca, pero también le sobrevino el clímax, y se hundió cuanto pudo en ella, dejándose llevar.

Luego, se derrumbó sobre su pecho.

—Eras virgen. —Jadeó, en cuanto pudo, con una extraña sensación de espanto. Como si

hubiera robado algo sin quererlo. Sus rostros estaban muy cerca. Ella lo miró impasible—. ¿Cómo no me lo dijiste antes?

—¿Por qué hubiera debido hacerlo?

—Maldita mujer... —Salió de ella, se dejó caer a un lado y apoyó la cabeza en la almohada—. ¿No te das cuenta? Hubiera sido menos rudo. Pensé que...

—Pensaste que tenía experiencia. Que, dado mi modo impúdico de comportarme, estaba acostumbrada a moverme entre las camas de mis mil amantes.

Él ahogó una risa.

—Pues sí. Centenar más, centenar menos. Esa impresión has intentado darme, no lo niegues.

—No lo niego. Pero tú admite que también querías castigarme.

—¿De veras? ¿Y por qué querría algo así?

—Por ser una impúdica, por supuesto. Por comportarme de una forma que no puedes aceptar. Si yo fuera el hombre y tú la mujer, lo ocurrido, el acto de seducción y el arrebató pasional, hubieran estado bien, todo correcto. Pero como soy la mujer, debo ser la conquistada, según el criterio de nuestra sociedad.

No dejaba de tener razón. Visto así, hasta le pareció absurdo seguir juzgándola.

—Bueno, supongo que...

—Pues no me da la gana, señor White. Al igual que mi hermana, no rendiré mi libertad ante las costumbres hipócritas de mi época. Si por ser sincera me desprecias, ahí tienes la puerta... bueno, el balcón. Te aseguro que se arreglará uno de mis principales problemas, porque jamás podría interesarme un hombre así. Lo que ha ocurrido entre nosotros, y la decepción, podríamos olvidarlos en poco tiempo. Estoy segura de que dejarías de fascinarme. Serías, simplemente, un idiota más de cuantos hay en el mundo.

Alex lo meditó unos momentos. Sí, no podía negarlo, en parte era cierto. Había querido castigarla por eso, por ser tan libertina, por comportarse de ese modo casi obsceno, ofreciéndose como si el sexo no fuera más que una diversión a la que estuviera acostumbrada.

Pero también estaba furioso por aquel empeño que tenía en seducir a Otón, y en convertirlo a él en algo secundario, un entretenimiento que se permitía a escondidas, pero que jamás admitiría a la luz del sol.

Estaba celoso, enfadado por su ambición, porque no se enamoraba de él y no se entregaba por completo. Él, que no podría aceptarla, que ni siquiera podía permitirse pensar en nada serio con ella, como no podía pensar en nada serio con el mar. Él, que estaba atado por lazos férreos y que algún día tendría que unirse a alguien de su rango, elegido por otros.

La hermana pequeña de un rico marqués británico podría ser una opción, desde luego, pero mínima en comparación con otras del listado, como bien sabía. Por eso, llegado el momento, tendría que darle la espalda, seguro. Una cuestión de rango e importancia social.

Y, sin embargo, estaba enfadado con ella porque buscaba a Otón por las mismas razones.

Se sintió avergonzado. También algo preocupado, porque de pronto le pareció importante

seguir siendo de su interés.

—Es cierto. —«Eso también», pensó, aunque no iba a mencionar lo importante. No quería reconocer que estaba celoso de Otón—. Lo lamento.

—Me alegro. Porque de verdad que me gustaría que fuésemos amantes, mientras ambos sintamos este impulso común. Creo que tú y yo podríamos tener una bonita historia juntos, señor White. No una principal, lamentablemente, pero sí una intensa, secreta y fascinante. A lo ocurrido me remito. —Se giró hacia él y le acarició el rostro con una mano—. Ha sido maravilloso. Gracias.

—Esto no ha terminado, milady —dijo él, aunque bostezó aparatosamente, sintiéndose agotado. La liberación del sexo le había dejado una enorme languidez. Casi se sentía hundirse entre aquellas sábanas maravillosas que olían a lady Rosehip—. Tenemos que hablar.

—¿De verdad? —Ella rio y lo besó con suavidad—. Yo creo que está todo dicho, señor White.

Fue lo último que supo hasta que, poco después del amanecer, despertó con un sobresalto. Tardó un segundo de más en darse cuenta de que, sí, no estaba en la habitación que le habían asignado, algo fácil de deducir por los objetos femeninos y por la hermosa joven que dormía a su lado.

Parecía tan perdida en su sueño que le dio pena despertarla. Bien podían hablar más tarde. Iban a tener diez días para hacerlo.

La besó en los labios con suavidad, salió al balcón, saltó la barandilla y regresó a su dormitorio.

Capítulo 7

Como si fuera la bella durmiente en el castillo consumido por el sueño y las rosas, Rosehip despertó con el beso del señor White.

Aun así, permaneció inmóvil, muy quieta, mientras él abandonaba la cama, recogía sus cosas, se vestía y se marchaba por el balcón de vuelta a su dormitorio. A qué negarlo, lo hizo por pura cobardía. No se atrevía a hablar con él. El sol ya había salido y no se sentía tan determinada y fuerte como la noche anterior.

¿Qué demonios le había ocurrido? ¿Cómo había podido mostrarse tan atrevida?

No era capaz de entenderlo, no se reconocía a sí misma en la mujer descarada e insinuante de horas atrás. Pese a que tenía toda la intención de proponerle ser amantes, tal como le había aconsejado Roseanne, la escena no había tenido nada de premeditada. Simplemente, no podía dormir, pensando en él, salió al balcón y lo vio allí, en el suyo, y quiso llamar su atención.

Se le ocurrió el juego del espejo, y, cuando ese acabó, porque él ya la estaba mirando, el de irse acercando. Qué tontería, pero qué divertido había sido. Jamás había palpitado tan rápido su corazón, nunca. Y cuando vio que él saltaba de balcón en balcón hacia ella, como un pirata al abordaje, se excitó tanto que lo extraño había sido que no lo recibiera con un beso tórrido, rasgándole la ropa con ansiedad.

«Bueno, casi», se recordó, porque no habían tardado en estar desnudos en la cama, haciendo el amor como Roseanne había predicho: como dos fieras retorciéndose en la espesura, puro instinto, puro deseo sin control.

¡Qué maravilla era el sexo! Pero ¿sería así, siempre y en cualquier caso? ¿Sería igual con Otón, o, tal como se temía, resultaría algo menos intenso, más anodino? El príncipe no le provocaba las mismas sensaciones que el señor White, en absoluto. Era más un amigo, incluso un hermano, que otra cosa.

—Oh, Señor... —susurró entre las sábanas, cubriéndose el rostro con las manos.

No, no podía ser. No se arrepentía de nada, pero, sobre todo, no quería tener que arrepentirse en el futuro, y ella tenía que cumplir sus objetivos, no debía perderlos de vista por un enamoramiento absurdo. No debía permitir que aquel interés incipiente por el hombre

equivocado alterase sus planes. Iba a ser la esposa del príncipe Otón, no la de un simple capitán de barco. Y no solo por una cuestión de rango. ¡Por Dios, no! ¡Solo le faltaría tener que rivalizar con el mar por el corazón de un hombre!

Así ocurriría en el caso del señor White, seguro. Se notaba por el modo en que sonreía, la alegría nunca era completa. Siempre había algo allí, un punto de tristeza tras la sonrisa. Y tener que esperararlo en Inglaterra mientras él recorría el mundo disfrutando de miles de aventuras no estaba hecho para alguien como ella.

Meses lejos de él. Meses sola en la cama, anhelando aquello que había experimentado la noche anterior... Y él, con un amor en cada puerto, acostándose por ahí con mujeres de todas las razas, de todos los colores. Seguro.

Solo pensarlo, la cegaban los celos. No, ni hablar, no se lo iba a permitir a él y no se lo iba a permitir a sí misma. El señor White sería un entretenimiento puntual. Luego, si una vez casados, Otón no estaba a la altura, se buscaría otros con los que llenar aquella parte de su vida.

Pero era más fácil decidirlo que hacerlo. Maldito señor White. No lograba apartarlo de su mente. Se levantó, se lavó un poco antes de que llegasen las doncellas para el baño, y descubrió que, si se tocaba pensando en él, también podía llegar al orgasmo. Avergonzada y ahíta, recogió el camisón del suelo y se lo puso. Casi tenía ganas de llorar. ¿Cómo iba a poder vivir sin él?

Y fue peor cuando, más tarde, mientras la ayudaban a vestirse para bajar, una de las doncellas dijo, desconcertada:

—¿Está con sus días, milady? —Estaba señalando las sábanas manchadas de sangre. Menos mal que eran turquesas y apenas se distinguía—. No me di cuenta. ¿Le traigo un paño íntimo?

Rosehip miró la mancha roja, la prueba de su virtud perdida. Y se sintió tonta por alegrarse tanto de haber podido compartir aquel momento con el señor White.

—No, no hace falta. Ya se ha terminado.

La doncella asintió y se dispuso a cambiar la cama, incapaz de imaginar lo que había ocurrido allí, o al menos eso esperaba Rosehip. ¿Pasaría lo mismo esa noche, se acostarían juntos, volvería a sentir todo aquel placer como una marea capaz de arrastrarla por siempre? Pues claro que sí. Estaba decidida a ello. Imaginarlo, de hecho, le levantó el ánimo.

Vale, si tenía que penar a causa de que no iba a tener al señor White por siempre, al menos podía disfrutar del hecho de tenerlo en ese momento.

Salió del dormitorio con una sonrisa en los labios, pero esta desapareció casi al momento.

Fuera, de pie junto a la pared, estaba parado un lacayo.

Rosehip recordó haberlo visto la noche anterior, rondando por el pasillo. ¿Se habría pasado la noche allí? No, en realidad, tras fijarse bien, se dio cuenta de que era otro individuo. Los había confundido porque eran igual de grandes, del mismo estilo amedrentador, pero este era diferente, con la nariz más grande y menos pelo.

—¿Ocurre algo? —le preguntó al lacayo. Quizá había ido a darle un recado, y estaba siendo suspicaz. Pero no. El hombre, fornido, de unos treinta años y con cara de bruto, se ruborizó.

—No, milady. Buenos días.

—Buenos días. —Siguió por el pasillo. No tardó en percatarse de que la iba siguiendo. Se detuvo y lo enfrentó. El lacayo, mucho más alto que ella, quedó clavado en el sitio como por efecto de un conjuro—. ¿Se puede saber qué hace? —Nada más preguntarlo, lo entendió—. ¿Son órdenes de mi hermano?

El hombre enrojeció más todavía.

—Así es, milady.

Seguro que ni siquiera era lacayo. Demasiado grande, demasiado rudo. Poco elegante. En Rosegarden Park jamás se hubiera contratado de lacayo a alguien con aspecto de matón. Debía ser uno de los hombres contratados para la seguridad, un tema que había preocupado mucho a Thorn desde que el asunto de los subterráneos se convirtió en conflictivo. Vestía así para disimular, seguramente para que el príncipe Otón y sus acompañantes, y el resto de los invitados, no se preocupasen por su presencia.

«Voy a matarte, hermanastro», pensó indignada, segura de que Thorn lo había puesto tras su pista para asegurarse de que no investigara lo que no debía. Al menos, el día anterior no había visto que nadie más llevara un lacayo en la estela. Aunque lo cierto era que ni se había fijado.

Rosehip se encogió de hombros. No podía hacer mucho más mientras no hablase con Thorn, de modo que ignoró al lacayo y bajó a desayunar.

Ya en las cercanías del comedor, relegó el tema a un segundo plano. ¿Cómo prestar atención a eso cuando sentía el corazón en un puño ante la idea de enfrentarse con todos, tras lo ocurrido durante la noche? ¡Esperaba no ruborizarse!

Se repitió muchas veces que se mostraría indiferente con el señor White, encantadora con Otón y cordial con el resto de los presentes. Incluso con sus hermanos y cuñados, a los que interrogaría a placer en cuanto le fuera posible. Definitivamente, Thorn y Rosalynn debían pensar que era tonta. Ya que no podían evitarla, habían elegido aquellas fechas para la cacería, pensando que así la mantendrían lejos.

¡Perderse el Baile de Primavera en Minstrel Valley! ¿Qué jovencita en su sano juicio haría algo así? Ella, sin ir más lejos. La verdad, le había dado pena, porque seguro que sus amigas se lo estaban pasando muy bien organizando todo, pero no importaba. Era primordial estar allí y descubrirlo todo de una vez.

Pero, para su sorpresa, el comedor estaba vacío.

—Los demás ya han salido, milady —le explicó el señor Clowes, que estaba allí esperando, con dos lacayos y dos doncellas, solo para servirle a ella el desayuno—. Las damas han ido a Londres, a hacer unas compras y a recoger a lady Tess y lady Mery Rose. Los caballeros están recorriendo las tierras, buscando el rastro del jabalí.

—¿No podía haberlo hecho un criado?

—Por lo que parece, consideran que forma parte de la diversión de la caza.

—Pues qué bien. —Rosehip suspiró. Cada vez entendía menos a sus hermanos. Durante el

viaje de Minstrel Valley a Rosegarden Park le había dado mil vueltas a qué decirle a Thorn cuando la citase en su despacho para echarle la bronca por la escapada, pero no solo no lo había hecho, sino que evitaba toda conversación con ella. La rehuía. Pues no iba a consentirlo. No le gustaba especialmente cabalgar, pero no era mala amazona. Y, al menos, hacía un día agradable, dentro del frío—. Ocúpese de que me preparen un caballo, por favor. Saldré a buscarlos.

El señor Clowes se removió incómodo.

—Me temo que el marqués ha ordenado que permanezca en la casa bajo supervisión, milady. Ha nevado a primera hora y podría ser peligroso que fuera sola al bosque.

Rosehip arqueó ambas cejas.

—Es una broma, ¿verdad?

—Me temo que no. Pero sus abuelos están dando su paseo vigorizante por los jardines, como cada mañana. Lord Thorn sugirió que se reuniese con ellos.

Claro que sugirió eso. Para castigarla por haberlos usado para llegar a Rosegarden Park. Ya lo imaginaba frotándose las manos mientras daba la orden. «¿No quería estar con sus abuelos? Pues que pase el día con ellos».

—Insisto en que debe estar de broma —masculló.

—Me temo que...

—Está usted muy temeroso hoy, señor Clowes —lo cortó, empezando a indignarse en serio—. Lástima que no me tema a mí.

El mayordomo puso cara de circunstancias.

—Es una suerte que usted no quiera que lo haga, milady.

Ella sonrió apenas por aquella réplica. No, no quería que lo hiciese, él no tenía la culpa de nada. Suspiró. Pues bien, enfocaría de otro modo el día.

—¿Dónde está la señora Tilleadh? Tengo que hablar con ella.

Ya lo había intentado el día anterior, tras su llegada, pero no había logrado encontrarla por ningún lado. Luego, cuando por fin la vio, durante la cena, el ama de llaves se había mostrado muy extraña. Evasiva, pero había algo más... Se ocupó de organizar el servicio de la cena junto con el señor Clowes, como había hecho durante muchos años, pero Rosehip tuvo la impresión de que sus hermanos y cuñados la trataban con una sorprendente deferencia, algo que iba más allá del aprecio sincero de siempre.

Y, cada vez que Rosehip había tratado de contactarla con la mirada, de unir sus pupilas buscando crear una conexión, la anciana la había esquivado con habilidad.

—No sabría decirle, milady. —Cuando ella lo miró enfadada, el señor Clowes se encogió de hombros—. Ahora va y viene cuando quiere.

—¿Ahora?

—La señora Tilleadh ya no es el ama de llaves. Se retiró hace tiempo, por la edad —replicó el mayordomo, haciendo eco de lo que ella había pensado más de una vez. Así que, al final, lo había hecho, había dejado el puesto, aunque fuera de una forma indeterminada—. Sigue viviendo

aquí porque los marqueses se lo ofrecieron, y a veces ayuda en las cuestiones de la casa, como hizo anoche, pero todos estamos esperando que se contrate una nueva ama de llaves.

Rosehip bufó.

—Se retiró hace tiempo, pero nadie ha sentido la necesidad de comentármelo, ¿no? —La expresión del mayordomo siguió impasible—. Muy bien. Gracias, señor Clowes, me las arreglaré por mí misma. Y, por favor, ocúpese de que ese hombre disfrazado de lacayo deje de seguirme, o le romperé algo en la cabeza.

—Él no tiene la culpa, milady.

—Le aseguro que yo tampoco.

Con todo aquel asunto se le había quitado el apetito. Cogió un simple bollo y salió de allí, furiosa. Iba a comérselo intentando calmarse, mientras paseaba por el jardín —a ser posible sin que la vieran sus abuelos—, pero mientras cruzaba el vestíbulo, sintió tras ella al lacayo, así que se giró y se lo tiró. Le dio de lleno en la frente.

—¡Deje de seguirme!

—Lo siento, milady —replicó él, que ahora parecía más enfadado que otra cosa—. Tengo órdenes de no dejarla nunca sola.

«Maldición». No, no podía ser, no podía dejar el tema para más tarde. Necesitaba aclararlo todo cuanto antes. Y si no lograba localizar a la señora Tilleadh, iría a su dormitorio y esperaría todo el maldito día, de ser necesario. Pero no podía ir con aquel pesado siguiendo cada uno de sus pasos, o seguro que avisaría a Thorn y la sacarían de allí a rastras.

Rosehip empezó a andar, cada vez más rápido. El hombre aceleró también.

Dispuesta a esquivarlo, entró en uno de los baños del piso bajo, que había sido un almacén en tiempos remotos y contaba con un acceso a los pasadizos. Lo había utilizado mucho de niña, igual que otros que había ido descubriendo con los años. Lo usaría, se movería por el lado secreto de Rosegarden Park y saldría por otro que tenía en mente, en el ala este, donde nadie la molestaría.

Pero, para su sorpresa, el acceso estaba bloqueado. No se movía.

—Oh, no. Maldición.

Así que estaban cerrando los accesos. Y también sin decirle nada. Claro que, ¿para qué, si ya era como si no perteneciera a esa familia? ¡Malditos fueran todos! Ojalá pudiera escaparse y no volver jamás.

Salió hecha una furia, golpeando al pobre matón en la cara con la puerta, y subió corriendo de vuelta a su habitación. El guardaespaldas fue detrás, frotándose la nariz.

Cerró y pateó el suelo con fuerza. ¡Los odiaba a todos! ¿Qué se habían creído? No pensaba dejarse controlar así, de ningún modo. ¿Dónde demonios se había metido la señora Tilleadh? Y las otras, sus malditas cuñadas, incluso Roseanne, seguro que habían huido para no tener que hacer frente a sus interrogatorios.

Daba igual, no importaba. Iría al dormitorio de la señora Tilleadh y asunto concluido. Tarde o

temprano, tendría que volver allí y, cuando lo hiciera, se la encontraría a ella, con un montón de preguntas esperando respuestas.

Salió al balcón, se subió a la barandilla y saltó al que quedaba entre el suyo y el del señor White. Luego, a este último. La amplia falda de su vestido suponía un incordio, pero por fortuna era una maniobra sencilla, sobre todo para alguien que había crecido llevándola a cabo, como le había dicho al señor White.

Ese dormitorio estaba cerrado. Rosehip le dio un puntapié a la puerta, enojada. Le hubiera gustado trastear un poco con las cosas de aquel hombre, para conocerlo un poco mejor. Pero, como no era posible, siguió hasta el siguiente.

Ese sí tenía la puerta abierta. Se deslizó dentro.

Era la habitación del príncipe Otón. Estaba bien haberlo descubierto, porque quizá podría hacerle una visita antes de finalizar su visita a Rosegarden Park. Aunque, pensándolo bien, quizá no fuera apropiado. Quería que la convirtiera en su princesa, no en su amante, y eso pasaba por mantener su interés sin darle todo antes de tiempo.

Salió al pasillo con cautela. El guardaespaldas estaba mirando hacia la puerta de su habitación, haciendo un gesto obsceno con un dedo. Rosehip contuvo una carcajada. Pobre diablo, no le extrañaba que estuviese ya harto y desesperado por su culpa.

Se movió rápido, hasta llegar al vestíbulo del primer piso, y bajó trotando, con las faldas bailando a su alrededor. Probó dos accesos más, ambos bloqueados. Estaba claro que intentaban controlar al máximo el movimiento por los subterráneos. Rosehip se sintió frustrada. Pues nada, tendría que ir a las dependencias de los criados por el camino habitual, las escaleras de servicio.

Una vez en el semisótano, corrió por los pasillos e irrumpió como una tromba en la cocina, llena de gente que trabajaba a toda prisa. Todos los fogones estaban encendidos, el aire olía maravillosamente al estofado que más le gustaba, y a tarta de manzana, una de sus preferidas. Pudo imaginarse a Rosalynn, cambiando los menús en el último momento para obsequiarla, pese a su enfado, y sintió un arrebato de ternura por ella.

Todos se detuvieron. La cocinera, la señora Parsons, la miró alarmada.

—¿Milady? —preguntó, y Rosehip tuvo la impresión de que también ella conocía el maldito secreto que tanto intentaban ocultarle.

—¿Dónde está la señora Tilleadh?

La señora Parsons abrió más todavía los ojos y se ruborizó. Apartó la vista, turbada.

—No lo sé —mintió. ¿Qué demonios le pasaba a todo el mundo?

—Oh, maldición.

Definitivamente, iba a tener que esperarla en sus dependencias. Pues bien. Total, no tenía nada mejor que hacer, dado que estaba prisionera en la casa. Volvió al pasillo y se encaminó a la salita de estar del ama de llaves. Justo llegaba cuando se preguntó si seguiría usándola. Al fin y al cabo, ya no ocupaba el cargo.

Pero, por suerte, cuando llamó a la puerta, oyó su voz.

—Adelante. —Rosehip abrió y entró. La señora Tilleadh estaba sentada en el escritorio que tenía a un lado, revisando papeles. Llevaba unas gafas muy semejantes a las que usaba habitualmente Rosalynn; se preguntó si las habría fabricado el mismo óptico. Al verla, la expresión de la anciana se llenó de consternación—. ¿Qué hace aquí, milady? Le he dicho mil veces que no debe bajar a las dependencias de los criados. —Miró más allá de ella, incluso se levantó agitada para acercarse al umbral y así poder echar un vistazo al pasillo. Seguro que buscaba al guardaespaldas porque, al darse cuenta de que estaba sola, suspiró—. Ay, Dios mío...

—Ya no soy una niña, señora Tilleadh —protestó ella, frunciendo el ceño—. Y quiero saber qué pasa.

El ama de llaves caminó de vuelta hacia su escritorio, aunque no llegó a alcanzarlo. Se volvió hacia Rosehip con aire tranquilo.

—No sé a qué se refiere, milady. Debería...

—¡No! —Rosehip alzó ambas manos. Luego, tras lograr controlarse, habló con menos apremio—. No me mienta, se lo ruego. Usted no. Usted ha sido para mí más que mi propia abuela. No me decepcione.

La señora Tilleadh parpadeó. Sus ojos, de aquel azul acuoso que adoptaban con el tiempo los de muchos ancianos, brillaron por la emoción.

—Me halaga usted, y se lo agradezco, pero...

—No pretendo halagarla, es la verdad. Es irónico que el único amor que he recibido haya venido de las amas de llaves de esta casa. Ni siquiera mi abuela, lady Cordellia, ha sabido nunca ser afectuosa de corazón. Pero la señora Clowes y usted, sí.

La señora Tilleadh asintió con aire nostálgico.

—Mathilda era una mujer magnífica.

Rosehip la miró sorprendida.

—¿Y eso cómo lo sabe? Usted no llegó a conocerla.

El ama de llaves se sobresaltó. ¿Se había ruborizado? Quizá sí.

—Desde luego, desde luego —reaccionó al momento—. Pero lo sé por cómo hablan ustedes de ella, y por cómo es el señor Clowes. No pretendía indicar nada más. —Aquello no acabó de convencerla, pero Rosehip lo relegó a un lado cuando la oyó continuar—. Y yo hice lo que pude por traerles un poco de cariño y alegría, bien sabe Dios que esta casa lo necesitaba a manos llenas cuando llegué, pero no hice tan buen trabajo con ustedes como todos hubiésemos debido esperar. Era el ama de llaves, había límites que no podía transgredir. ¡Menos mal que llegó lady Rosalynn! —Eso no podía discutírselo. Ambas se sonrieron—. Debería volver arriba, pequeña milady. Debería descansar un poco, tiene ojeras, y la esperan días muy agitados.

Rosehip se quedó allí, quieta y consternada, con la sensación de que había llegado a un callejón sin salida. Era como haberse dado de bruces con un muro cuando esperaba alcanzar su casa. La desilusión, el desconcierto, incluso el miedo ante aquella impresión de ser incapaz de avanzar, de estar atrapada sin remedio, la embargaron y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿De verdad no va a ayudarme?

—Oh, mi pobre niña. Mi princesa. —El ama de llaves avanzó hacia ella y la abrazó. Rosehip se sintió tan inundada de cariño que se emocionó más todavía. Se aferró con fuerza a la anciana, a su suave perfume mezcla de vejez limpia y lilas, tan familiar, tan querido, y apretó fuerte los párpados para no echarse a llorar—. Sí voy a hacerlo, claro que voy a hacerlo. Hablaré con sus hermanos, milady. Les haré entender lo preocupada que está usted, se lo prometo. Conseguiré que cambien de actitud. Pero debe ser paciente. Deme unos días.

—¿Unos días? No, yo...

—Sí, unos días. Espere a que se vayan todos los invitados, de hecho. Entonces, podrán hablar. Aunque no lo crea, ellos están convencidos de que hacen lo correcto. Solo se dedican a ganar tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para consolidar su felicidad, milady.

—¿Mi felicidad? No lo entiendo.

—Lo sé, lo sé. —Volvió a abrazarla, aunque esta vez fue breve. Luego la alejó, para mirarla a los ojos, y repitió—: Deme unos días.

Rosehip apretó los labios. Sabía que no iba a conseguir nada más, y que no debía presionar, porque la lealtad de la señora Tilleadh estaba con todos los Rosegarden, no solo con ella, y eso era bueno. Asintió.

—Gracias, señora Tilleadh.

—No hay de qué. Mi querida niña... Entiendo su angustia y su preocupación, pero nunca olvide que todo lo que hacen es porque la quieren. Porque desean que nada se entrometa en el futuro espléndido que la está esperando. —Sonrió—. Como ese guapo príncipe que ha venido a Rosegarden Park por usted.

Rosehip sonrió apenas.

—Sí, ¿verdad? —Su mente voló al señor White. ¡Maldito fuera!—. Voy a ser princesa.

—Por supuesto que sí. Mientras no haga daño a nadie, no permita que nada la aparte de sus objetivos. —La señora Tilleadh le acarició la mejilla y la tomó del brazo. O más bien, se apoyó en ella—. Vamos, la acompañaré arriba.

—No es necesario...

—Sí lo es, créame. Además, necesito estirar las piernas.

Quizá fuera cierto. Pero en cuanto se encontraron en el vestíbulo con el guardaespaldas, que corría como loco buscándola por la mansión tras descubrir, gracias a una doncella, que se había escapado, el ama de llaves se disculpó y se retiró de vuelta hacia el semisótano.

Durante unos segundos, el matón y Rosehip se miraron, ella divertida, él enfadado. Rosehip se encogió de hombros y subió a su dormitorio, donde pasó el resto del día.

Por la noche, espió desde detrás de los cortinajes al señor White, que fumaba en su balcón, seguro que esperando a verla. Rosehip quería salir, quería invitarlo a entrar, pero no dejaba de

darle vueltas a las palabras de la señora Tilleadh: «Mientras no haga daño a nadie, no permita que nada la aparte de sus objetivos», y aquel hombre se estaba convirtiendo en una amenaza.

Si cometía un error, perdería la oportunidad de cumplir sus sueños, solo por enredarse con un simple estudiante que ni llegaba al rango de secretario personal.

Se lo pensó tanto tiempo que, al final, él entró de vuelta a su dormitorio. Y, cuando lo hizo, Rosehip sintió un doloroso vacío en el bajo vientre, un hormigueo mezcla de decepción y necesidad. ¡Qué tonta era! Pero no podía, no quería pasar esa noche sin él.

Abrió las puertas del balcón justo cuando empezaba a nevar, copos pequeños y esporádicos que fueron aumentando en número a medida que ella avanzaba, saltando de balcón en balcón. Cuando llamó al cristal del dormitorio del señor White, temblaba de frío.

Él abrió y la miró con una expresión que le cortó el aliento.

—Estás loca... —dijo, y la sujetó por un brazo y tiró de ella—. Dios mío, pareces una estatua de hielo.

La atrajo hacia dentro, cerró la puerta al mundo y la envolvió en sus brazos.

En su calor.

Capítulo 8

Días después, Rosehip despertó al sentir que Alex abandonaba la cama. Siempre lo hacía con sigilo, pero ella era de sueño ligero.

Se giró hacia él.

—¡Te pillé! —exclamó. Alex se echó a reír.

—Quería dejarte dormir un poco más, Rosie. —Había empezado a llamarla así. No le gustaba especialmente, y de ser otro hubiese protestado, pero ¿qué podía hacer? Le encantaba cómo sonaba en sus labios—. Todavía no ha amanecido.

—No importa.

Él se sentó a su lado en la cama y se inclinó a besarla. Rosehip supo que tenía en mente algo rápido, pero no estaba dispuesta a permitirlo, y se restregó contra él. La sábana se deslizó por su pecho, dejando a la vista sus jóvenes senos. Lo sintió estremecer.

—Rosie... —Jadeó Alex—. No debemos. Pueden...

—Aún no ha amanecido.

Volvieron a hacer el amor, por supuesto. Rosehip estaba convencida de que jamás se cansaría de sentir tanto, y todo tan maravilloso, y a él parecía ocurrirle lo mismo. En los diez días largos que llevaban ya embarcados en su aventura, habían buscado todo momento a solas posible —el pobre guardaespaldas estaba convencido de que había algún pasadizo en su dormitorio, había oído cómo se lo preguntaba a una de las doncellas, desesperado tras pasar toda la jornada custodiando la puerta de un dormitorio vacío—, con un hambre el uno del otro que parecía no tener fin.

Todo valía, todo unía. Había habido momentos breves, en los que habían podido hacer poco más que mirarse en la distancia con anhelo mal disimulado, pero también largas horas por el bosque, paseando de la mano hasta Rosegarden-on-the-Water.

¡Cómo se habían arriesgado aquella tarde! Pese al frío, seguía nevando a ratos, hubieran podido encontrarse con cualquiera, lo que, como poco, habría hecho pública su relación, estropeando todos sus planes.

Pero había merecido la pena. Siempre; cada segundo con el señor White merecía la pena.

Rosehip le había enseñado todos los rincones de su infancia, dentro y fuera de la casa, con la sensación de estar entregándose a él por completo. Se habían reído corriendo por los pasillos para escapar de los criados, o por los caminos del bosque nevado, por puro placer; se habían besado bajo los árboles y bajo los dinteles; se habían mirado, frente a frente, vestidos o desnudos, preguntándose cosas y retándose a responder con plena sinceridad; y, gracias a cada uno de esos maravillosos instantes compartidos por el día, luego, por la noche, se habían buscado el uno al otro de un modo muy distinto, diferente.

Alex y ella habían empezado a ser amigos. Pero, sobre todo, eran amantes. Sus cuerpos se entendían bien, sabían más que ellos mismos lo que les convenía. Se buscaban, se tocaban, acariciaban y se hacían estremecer mutuamente.

Eso sí, todo aquello tenía su precio, porque cada día se le hacía más duro estar lejos de él, y disimular con él delante. Se estaba enamorando del señor White, eso estaba claro. De Alex, como le había pedido que lo llamara. Y, una y otra vez, volvía a preguntarse si le ocurriría lo mismo con Otón, en un futuro.

Siempre lo había dudado y, por cómo iban las cosas, cada vez lo veía más difícil. Otón era un hombre maravilloso, y estaba siempre pendiente de ella, pero que no lograba despertar en Rosehip el más mínimo interés físico. Estar con él era como estar con un hermano. Le inspiraba un profundo afecto, sí, pero nada más.

Daba igual. No debía confundir lo que quería en ese momento con lo que le convenía para el futuro. Adoraba a Alex, pero se casaría con Otón en cuanto este se lo propusiera, sin dudarlo un momento.

Pero, mientras, el tiempo era suyo.

O casi. Esa jornada, en concreto, iba a ser complicada, porque se disponían a salir de cacería. El jabalí, el Viejo gruñón, estaba arrinconado en el lado noreste de los bosques de Rosegarden Park, y había causado más molestias esas semanas de las que había provocado en los últimos años. Incluso había herido a un niño, junto al río, aunque solo fuera porque, al asustarlo, la pobre criatura cayó de bruces sobre unas rocas.

Alex y ella no tenían intención de ver siquiera de lejos al jabalí. Iban a participar en la cacería, pero se iban a alejar por su cuenta en cuanto les fuera posible. Si todo salía bien, si sus hermanos no intervenían, eso podría darles la oportunidad de pasar la mañana juntos y a solas, algo que ambos estaban anhelando.

—Estoy deseando volver a besarte —le dijo Alex al despedirse. Hubiese querido retenerlo, pero era ya tarde, justo cuando llegaban las doncellas para prepararla. Menos mal que no había nadie en el dormitorio intermedio y que, con un poco de suerte, nadie estaría paseando tan temprano por los jardines.

Su traje de montar nuevo era negro, muy elegante. Rosehip se admiró en el espejo, convencida de que Alex... no, pero ¿qué demonios? Convencida de que el príncipe Otón quedaría fascinado, hasta tal punto que se decidiría a hablar con Thorn para iniciar un cortejo formal. Pena que no le

hiciese tanta ilusión como antes.

«No te confundas, que no tengas que arrepentirte en el futuro, Rosehip», se advirtió.

Cogió el sombrero en una mano, la fusta en la otra, y salió del dormitorio. El lacayo estaba allí, como siempre. No sabía cuál de ellos era, de modo que los llamaba igual.

—Buenos días, señor Smith.

El hombre se echó a reír. Aquello se había convertido en una broma entre ellos.

—Buenos días, milady. —Empezó a seguirla, manteniendo su paso vivo—. Si me lo permite, está usted bellísima hoy.

—Gracias. —Se echó a reír. ¡Era tan feliz!—. Usted también está muy atractivo hoy.

Lo oyó reír mientras bajaban. Luego, cuando entró en el comedor, ya lo perdió de vista. No los iba a acompañar —una de las razones por las que Alex y ella pensaban intentar la escapada—, no era necesario, ya contaba con un buen séquito. Estaban Thorn y su esposa, Rosalynn; Bram y Tess, Bush, Darney, Roseanne, Morgan y ella, además del príncipe Otón y sus acompañantes, y otros amigos invitados por Thorn, terratenientes de los alrededores en su mayor parte, y hasta un par de conocidos de Londres.

Tras un desayuno tan abundante como animado, salieron a la explanada, donde ya estaban listos los caballos. Montaron en medio de un gran bullicio.

—No te separes de mi lado —le ordenó Thorn, desde su caballo, un animal de sangre árabe y brillante piel negra. Rosehip bufó, pero no se molestó en replicar. Además, el señor White estaba a poca distancia, mirándola como diciendo lo mismo, y eso, en su caso, le agradó enormemente. Estaba deseando escaparse con él.

Ojalá pudiera no separarse de su lado, ojalá...

«¡Rosehip!», se riñó. Maldición, otra vez. Es que no podía evitarlo.

El grupo salió llenando el aire con el sonido de los cascos de los caballos y las risas y las voces de los jinetes. Durante cosa de un par de horas, dieron vueltas por la loma y recorrieron el bosque en distintas direcciones, tratando de localizar la pieza. El grupo se fue disgregando y, aprovechando un momento de despiste, Rosehip se alejó del resto.

Miró un par de veces hacia atrás, de reojo. Sí, el señor White había estado lo bastante avezado como para seguirla. Bajaron respetando la línea ondulada de un arroyuelo que descendía por la loma, siempre manteniendo las distancias. Cuando Alex intentaba acelerar, ella también espoleaba el caballo.

—¡Te alcanzaré de todas formas! —Lo oyó gritar—. ¡Y entonces, vas a tener que pagar tanto esfuerzo!

—¡Ya lo dudo! —replicó ella, saliendo al galope—. ¡Me queda mucho mundo por ver y tú eres demasiado lento!

Vio que él la seguía de cerca, disfrutando tanto como ella de la cabalgada. Posiblemente la hubiera alcanzado, pero, cuando llegó al río, Rosehip detuvo el animal y bajó.

—¿Entonces? —preguntó Alex, alcanzándola por fin—. ¿Te rindes?

—Ja. —Sus delicadas botas de montar se hundían ligeramente en la tierra suave y perfumada de Rosegarden Park. ¡Qué felicidad! Jamás hubiera creído que podría echarla tanto de menos. Ojalá pudiera alargar ese momento, ese mismo momento, hasta el infinito—. He ganado.

—No creo. Te has bajado del caballo.

—Porque he ganado.

Alex se echó a reír.

—Que yo sepa, todavía te queda mucho mundo por ver.

—Seguramente. Pero lo dejaré para otro día.

—Muy bien. —Desmontó, con un salto ágil—. Ya solo queda saber qué has ganado.

—Me lo voy a pensar —replicó ella—. Mmm... creo que ya lo sé. —Avanzó hacia Alex, con la intención de darle un beso, pero él la retuvo—. ¿Ocurre algo?

—No, yo... —Alex la miró con gravedad—. No sé tú, pero yo creo que ya va siendo hora de que hablemos, Rosie.

—Es lo que estamos haciendo, que yo sepa.

—Qué graciosa. —Rosehip intentó apartarse, pero él la enlazó por la cintura y la atrajo—. Oye, quiero hablar en serio.

«Ay, Dios», pensó Rosehip. Esperaba que no fuera lo que sospechaba. Y, a la vez, lo deseaba con todas sus fuerzas.

—Tú dirás...

Alex asintió. Le costó empezar, pero luego fue cogiendo soltura.

—No sé qué piensas de lo que nos está uniendo, Rosehip Rosegarden, pero yo creo que merece la pena, y mucho. Que tú y yo podríamos ser muy felices juntos, si decidiéramos intentar una relación formal y...

—No, no, por favor. —Trató de detenerlo, agitando también las manos en el aire—. Alex, Alex, ¿por qué me haces esto? Ya sabes lo que pienso al respecto. Quiero...

—No me vengas con tonterías —la interrumpió él, frunciendo el ceño—. No me repitas lo de que quieres ser princesa y que eso es lo único que va a guiar tu decisión de casarte. Ya no eres una niña. Tú...

—¡Oh, Dios! Pero ¿por qué no podemos seguir así?

—Porque no es leal con Otón. Y no es justo con nosotros.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Desde cuándo tienes tanta confianza con él como para omitir el título?

Alex maldijo.

—Estamos a solas, ¿qué importa?

—Ya, bueno, sí... Da igual. Mira, sé que no me he comportado bien con su alteza, aunque, en realidad, no le debo ninguna fidelidad, y vernos a escondidas es el único modo en que tú y yo podemos est...

—No quiero seguir así —la cortó, rotundo—. Lo he pensado mucho, muchísimo, estos últimos

días. Antes, jamás me hubiera planteado una relación contigo, Rosie. No la hubiese... peleado. — Supuso que se refería a plantearse a Thorn y pedirle su mano. Siendo pobre y sin título, el señor Alexander White tenía pocas posibilidades de conseguir a lady Rosehip Rosegarden—. Pero ahora tengo claro que eres la mujer que deseo tener a mi lado. No sé por qué, porque tu deslealtad para con Otón dice algo poco positivo de ti y...

—Insisto en que no debo ninguna fidelidad al príncipe Otón, Alex. Lleva aquí días y no ha hablado con mi hermano para iniciar un cortejo. Quizá deberías ser tú el que se contuviera a la hora de meterse en mi cama, si tanta lealtad deseas mostrarle.

Él frunció el ceño.

—Pues sí, creo que lo haré. ¿En qué nos deja eso?

Rosehip apretó los puños, enojada, hasta hacerse daño con la fusta.

—En que, quizá... —Unas voces la interrumpieron. Gritos, no muy lejos. Algún hombre, alguna mujer. Incluso un niño, le pareció—. ¿Qué pasa ahí?

—Voy a enterarme. Espera aquí.

Rosehip arqueó una ceja ante la orden, pero no discutió. Vio cómo él desaparecía en la maleza tras sujetar las riendas de su caballo a una rama, y ella acarició la testuz del suyo, una yegua de grandes ojos castaños y pelambre rojiza.

—No sé tu nombre —le dijo, al darse cuenta del detalle—. Así que voy a bautizarte. —Lo pensó unos segundos—. Te llamaré Estrella Fugaz, ¿vale? —La yegua le lanzó una mirada profunda que intuyó amable. Rosehip se preguntó hasta qué punto la entendía—. Has demostrado ser muy rápida y...

Un sonido leve, en la espesura, lo cambió todo. Llegó seguido de una especie de ronroneo profundo, un sonido gutural y aterrador. Rosehip se volvió hacia allí, asustada, y la yegua empezó a corcovear inquieta. El caballo de Alex también se alarmó. Pero él, en cuanto la enorme bestia salió de entre las zarzas, dio un fuerte tirón que liberó sus riendas y salió corriendo.

Rosehip y Estrella Fugaz se quedaron allí, contemplando casi fascinadas cómo la enorme mole del Viejo surgía de lo profundo del bosque y las observaba con unos ojos que, más que malvados, eran profundamente ancianos, profundamente decepcionados del mundo. Rosehip había oído decir que era muy grande, más de lo habitual en un jabalí, y al verlo estuvo convencida de que era cierto.

El Viejo medía casi dos metros y seguro que pesaba unos ciento cincuenta kilos. Tenía unos colmillos retorcidos, terribles, en esos momentos manchados de sangre. ¿Sería suya, de haberse lamido? Esperaba que sí, aunque no las tenía todas consigo. El enorme animal se tambaleaba sobre sus patas, cortas y robustas. El pelambre negro brillaba al sol por la sangre que surgía de sus heridas.

—Oh, Dios mío... —susurró Rosehip, convencida de que iba a morir, de que allí, en aquel pequeño rincón del bosque que la había visto crecer, se iba a escribir su última escena.

El Viejo arañó la tierra con rabia —esa tierra que ella había sentido tan amada, momentos

antes—, gritó, enloquecido de dolor, y se lanzó a por ellas. Rosehip retrocedió torpemente, tropezó con sus faldas y cayó sentada al suelo, casi tumbada, con los ojos muy abiertos.

Estrella Fugaz, por el contrario, hizo un movimiento extraño para poder girar y dar una buena coz al jabalí, justo cuando saltaba en el aire en dirección a Rosehip. El Viejo salió despedido hacia atrás, pero no mucho, por su enorme volumen, y se repuso tan rápido que a la yegua no le dio tiempo a estabilizarse y huir. La alcanzó de lleno, golpeando de forma brutal su pata trasera y clavando los colmillos en el bajo vientre.

La sangre salpicó por todas partes. Rosehip gritó, arrastrándose hacia atrás por el suelo, demasiado enloquecida de miedo para hacer otra cosa que intentar huir. Estrella Fugaz cayó de lado y el Viejo volvió a embestirla, pero solo una vez más.

Luego, con el rostro brillando con aquel rojo terrible, se volvió hacia ella.

Rosehip dejó de gritar. «Perdón, perdón por todo», pensó aturdida. Se acordó de los gritos de Tess en el subterráneo. ¿Cómo pudo ser tan cruel, tan estúpida? Perdón a ella, perdón a sus hermanos, por tantas cosas. Perdón a Otón, pese a no tener ningún vínculo que respetar.

Perdón a Alexander White, por no haberlo querido como se merecía...

Algo cayó sobre ella, pero no fue capaz ni de gritar. Tardó un segundo en comprender que era Alex, que se había lanzado a procurarle un parapeto.

Morirían. Morirían los dos.

—Demonios... —lo oyó susurrar, aterrado. Notó su mano, que buscaba la suya, y la tomó. Los dedos se entrelazaron con fuerza. Rosehip sintió cierto consuelo en saber que se irían juntos, que él la sostendría mientras cruzaban la frontera entre los mundos—. Perdóname, Rosehip Rosegarden. Soy Alexander de Wittelsbach, príncipe heredero de Bergreich, y te hubiera hecho mi reina de haber sido todo de otro modo.

Toda aquella información rebotó en el interior de la cabeza de Rosehip, incapaz de analizarla, de racionalizarla. Todo lo copaban los ojillos brillantes del jabalí.

El Viejo arañó la tierra una vez más, dispuesto a embestir, y se lanzó adelante. El mundo parecía retumbar bajo su peso, el bosque se estremecía con su sonido.

Estaba a punto de alcanzarlos cuando sonó la detonación de un disparo.

El Viejo dio una vuelta asombrosa en el aire, sobre todo para algo tan grande, y cayó a un lado, pataleando vigorosamente. Solo duró un momento más; luego, se quedó muy quieto, y el bosque pareció tomar aliento tras demasiado tiempo conteniendo la respiración.

Una figura surgió de entre los árboles. Rosehip lo miró aturdida, y tardó un segundo en reconocerlo. Era Jarvis, el que fuera jefe de jardineros de Rosegarden Park, aunque por lo que tenía entendido, estaba relacionado con la tumba que habían encontrado pocos años antes gracias a Morgan, la tumba en la que había estado su padre. Jarvis se había dado a la fuga y desde entonces Scotland Yard lo buscaba, y también los Rosegarden, que ella supiera.

Y estaba allí, en Rosegarden Park, armado con una escopeta, bien vestido, como si viviera cómodamente en la mansión.

Miraba al jabalí, seguramente para asegurarse de que estaba de verdad muerto porque, cuando fue evidente, volvió los ojos hacia ellos. Rosehip siempre había encontrado extraña la mirada de aquel hombre, no conseguía entenderla. Él hizo un gesto con la cabeza, como de saludo, dio media vuelta y se fue.

—¿Quién era? —preguntó Alex.

—Jarvis —replicó ella—. Trabajaba en Rosegarden Park. —No tenía fuerzas para explicarlo todo. Además, era él quien tenía que dar muchas explicaciones. Mientras tomaba su mano y se ponía en pie con su ayuda, algo encajó por fin en su mente y preguntó—: ¿Qué es eso de que eres Alexander de Wittelsbach?

Capítulo 9

No había quedado más remedio. Tras lo ocurrido en el bosque, su personaje de señor White había tenido que desaparecer.

Hubiera ocurrido de todos modos, por su confesión a Rosehip cuando creyó que ambos iban a morir, pero en el momento en que Otón y sus hombres llegaron al lugar de los sucesos, se montó un buen escándalo. Sin darse cuenta, llevado por el susto, Otón reveló su identidad y todos se pusieron como locos, aterrados por el hecho de que el príncipe heredero de Bergreich, uno de los sobrinos favoritos de la reina Victoria, hubiera estado a punto de morir en un lejano rincón de Inglaterra, bajo nombre falso, defendiendo a una dama de un jabalí.

—Has sido muy valiente —le dijo Otón, un par de horas más tarde, cuando ambos se dirigían al despacho del marqués, seguidos de la guardia de tres hombres que hasta entonces no se habían separado de Otón, pero que ya no lo dejaban en paz a él. Lord Thorn los había convocado y suponía que quería aclarar qué había ocurrido, y quién demonios era Alex—. Y fue una suerte que estuvieras con ella.

¿Había sido un comentario irónico? No estaba seguro. Alex lo miró de reojo. Otón no sonreía. Eso de por sí, teniendo en cuenta su naturaleza risueña, era suficiente señal de que algo grave le pasaba.

—Otón...

Otón se detuvo. Miró, serio, hacia el fondo del pasillo. Luego se volvió en su dirección.

—Dime, primo. Estoy dispuesto a escucharte.

Alex sintió una profunda vergüenza. No podía negarse que estaba enamorado de Rosehip, mucho, profundamente. Aquella mujer lo volvía loco. Le hacía hacer cosas que nunca hubiera imaginado, como engañar al pobre Otón, ambos lo habían hecho, dejándose llevar durante días por aquella atracción irresistible que sentían el uno por el otro.

Pero no era culpa de Rosehip, sino suya. Suya, por no saber contenerse y actuar del modo más correcto con la gente que le importaba. Porque era él quien tenía un lazo de lealtad con Otón, que era su primo y lo quería.

Lord Thorn podía esperar... Alex hizo un gesto hacia sus guardias, que se alejaron unos metros

de inmediato, respetando su privacidad.

—¿Qué intenciones tenías o tienes respecto a ella? —preguntó. Otón arqueó una ceja.

—¿Importa?

—Claro que importa. ¿Por qué dices eso?

—Porque eres el príncipe heredero de Bergreich, tu rango es mayor que el mío. Y porque sé que mantenéis una relación desde su llegada a Rosegarden Park. Os he visto miraros y no soy tonto, Alex. No sé hasta qué punto es seria la cosa, pero estando tú implicado, que no te gusta perder el tiempo en devaneos, debe serlo mucho.

Alex se ruborizó.

—Es cierto. Lo lamento.

—Me alegra saberlo. —Otón hizo una mueca—. Hubiese preferido que me dijese que esto era una competición. Sabes que no me gusta perder, y me lo hubiera tomado de otra forma.

—No lo era —protestó, atormentado—. Yo no quería...

No supo qué más añadir, y el pasillo se llenó de silencio. Otón pasó de la expectación a la simpatía.

—Ya lo sé, hombre. —Suspiró y le palmeó el brazo—. No te pongas así, no te preocupes. Me consta que el corazón tiene que haberte arrastrado mucho tierra dentro para encontrarte en esta situación.

Alex ahogó una risa seca.

—Yo no quería. Ni siquiera me gustaba esa mujer. ¡Pretendía seducirte solo para ser princesa! Otón se echó a reír.

—Ya lo sé. Me lo dijo el primer día, durante nuestro primer baile.

—Lo sé. También me lo dijo. Que te había advertido.

—¿Lo ves? Puede que sea ambiciosa, pero también es sincera.

—Y está demasiado segura de sí misma, me temo.

—Supongo que sí. —Otón agitó la cabeza—. Reconozco que eso acicateó mi interés. Una mujer hermosa que quería conquistarme con un corazón de hielo. ¡Demonios! Deseaba poder conquistarla a mi vez, hacer que suspirase de amor por mí. Pero tú te me adelantaste.

Alex titubeó. Sabía que, ahora, si le pedía matrimonio, Rosehip sí que aceptaría. Querría casarse con Alex de Wittelsbach, algo que no hubiera aceptado hacer jamás con el señor White. ¿Y él? ¿Lo querría así, tal como venían las cosas? ¿Lucharía por ella ante la corte de Bergreich?

—No sé si está enamorada de mí —musitó—. No sé si es capaz de amar.

—Ja. —Otón lo miró casi admonitoriamente—. Puedes engañarte cuanto quieras, pero solo había que verla hoy en el bosque, aferrada a ti. Está loca por ti. Y yo diría que el haber estado tan cerca de la muerte puede haberla ablandado un poquito.

Alex recordó el desconsuelo con el que había llorado la muchacha. Cómo se había aferrado a él, y luego al cuello de la yegua muerta, casi con desesperación.

Agitó la cabeza.

—Te pido disculpas, Otón. Por todo. Yo sabía que estabas interesado y, sin embargo, me dejé llevar por esta historia.

Otón lo miró con una amabilidad que no se merecía. Apoyó una mano en su hombro.

—No ocurre nada, no te preocupes. Creo que tú sí te has enamorado. Yo no. Lady Rosehip es divertida y muy hermosa, pero no ha sabido llegar de verdad a mi corazón. Además, nunca tuve intenciones de iniciar nada serio con ella. Tú sabes que mi madre, a ese respecto, anda muy activa.

Alex sonrió.

—Lo sé. Y la mía. —Normal. Aquellas dos, más que cuñadas parecían hermanas—. Pero hazme caso, Otón, pelea por la mujer que quieras tener a tu lado. No dejes que, en eso, también decidan por ti.

—Sí, bueno... Yo no tengo tantas opciones como tú. Ya sabes que mi familia necesita...

—No, Otón —lo cortó—. Te equivocas. Soy yo el que no tiene tantas opciones como tú. La familia necesita, el país necesita, el trono necesita... Cada vez que vuelvo a casa me acosan con listados de princesas reales y otras con grandes fortunas. Lo que consiga será porque lo luche. Bergreich no me lo va a poner fácil.

—Cierto... —Se lo pensó unos momentos—. Te prometo que intentaré también luchar por mi felicidad, por estar con la mujer que me interese. De interesarme alguna. Lady Rosehip no era el caso. —«Por suerte para ambos», pensó Alex. Otón hizo un gesto vago—. Ya ves, a mí me hubiera gustado más haber conocido a lady Mery Rose antes de que se casase, y haber tenido una oportunidad con ella.

Alex lo miró sorprendido. Habían visto poco a lady Mery Rose. Entre sus estudios de Medicina y su trabajo en la Clínica Rosegarden, apenas disponía de tiempo libre. Por eso, en esos días, había participado muy poco de las diversiones organizadas en Rosegarden Park, y siempre lo había hecho sin implicarse mucho.

Pobre Otón, qué mala elección había hecho. No podía negar que lady Mery Rose también era muy hermosa, pero estaba casada con el marqués de Greyrock, al que todos seguían llamando Darney —por el antiguo título de cortesía, el de conde de Darney, que había usado antes de heredar el marquesado—, según le había explicado Rosehip, y, tal como resultaba evidente, en esos momentos esperaba un hijo.

—Vaya —dijo por fin—. Te gustan las intelectuales. Nunca lo hubiera imaginado.

Otón lanzó una carcajada.

—Ni yo.

—Pues quizá Rosehip pueda presentarte alguna de sus compañeras de Minstrel Valley. Por lo que me ha dicho, hay una o dos futuras científicas que... —Vio que Barnes, el anciano secretario de lord Thorn, salía al pasillo, seguramente para ir a enterarse de la razón de su retraso. No podían demorarlo más. Alzó una mano, indicando que ya iban, y comenzó a andar—. Ya lo hablaremos, primo. Quizá podamos ir de visita a ese sitio. Confieso que me ha hablado tanto de

él que tengo curiosidad.

—A mí también. —Otón lanzó una risa—. Y, primo, yo pienso hacerlo, contigo o sin ti.

Ambos rieron y avanzaron hacia Barnes. Alex sentía el ánimo más ligero, feliz de haber podido resolver aquel asunto con Otón. Por nada del mundo le hubiera gustado tener un enfrentamiento con él por causa de Rosehip.

Pero ahora quedaba por afrontar otro momento tenso...

Entraron en el gran despacho del marqués de Farrose. Lord Thorn III Rosegarden estaba sentado tras su escritorio, aunque se puso en pie con deferencia al verlos entrar. A ambos lados estaban lord Bram y lord Bush. En el tresillo pudo ver a lady Rosalynn, lady Tess, lady Caroline y el marqués de Greyrock.

—Entenderá, alteza, que no estamos muy contentos con su comportamiento —le dijo lord Thorn a Alex, en cuanto todos se hubieron sentado, tras el correspondiente intercambio de saludos.

—En su caso, sí es alteza real —apuntó Otón, alzando un dedo. El marqués hizo una mueca.

—Muy bien, alteza re...

—Da igual, no se preocupe, milord. Evítese el «real». —Alex no estaba como para etiquetas—. Lamento mucho lo ocurrido, milores, miladies —dijo, en general—. En mi defensa diré que estoy en Inglaterra no de un modo oficial, sino como simple estudiante. Cuando vino mi primo, quise pasar tiempo con él y acompañarlo durante su visita, pero sin perder por ello mi anonimato. De hecho, me gustaría que me ayudaran a seguir protegiéndolo.

El marqués hizo un gesto de impotencia.

—No veo cómo, alteza. Si fuera solo mi familia, podría hacerse sin problema. Pero había amigos, vecinos y también lugareños del pueblo en el sitio. No creo que la noticia tarde mucho en estar en los periódicos.

Sí, recordó cómo habían aparecido todos, mucha gente, a los pocos minutos de que aquel hombre extraño desapareciese en la espesura del bosque. Todos gritaban, todos se mostraban a la vez alarmados y aliviados, sobre todo Otón y sus hombres, que formaron un escudo humano alrededor de Alex y Rosehip, revelando su identidad.

—Lo entiendo —dijo, consternado. Bueno, qué se le iba a hacer. Todavía podría terminar sus estudios, pero no con la feliz comodidad que le había procurado su anonimato. Y ya imaginaba que compañeros y profesores cambiarían radicalmente su actitud hacia él.

—Gracias. —Lord Thorn repiqueteó los dedos sobre la mesa—. Mi hermana ya nos ha contado lo que pasó. Lo que sí me gustaría saber es qué hacía con ella, a solas, en aquel punto del bosque, fuera de la zona donde se estaba llevando a cabo la cacería.

—¿Ella no se lo ha dicho?

—No.

No, claro que no. Y era obvio que aquello le molestaba. Alex dudó. De momento, no quería ponerla en entredicho. Si Rosehip no había revelado su relación, él no lo haría. Aún.

—La seguí.

—¿La siguió?

—Vi que se apartaba del grupo y fui tras ella, por si surgían problemas. Me vio y... bueno, planteó una pequeña carrera.

—¡Típico de Rosehip! —Rio lord Bramble.

—Seguro que sí. Es muy buena amazona. Si se detuvo fue porque quiso. Yo desmonté también y estábamos hablando cuando oímos voces. Fui a ver qué pasaba y descubrí que habían visto al Viejo rondando por allí, que había asustado a una pareja que estaba pescando junto al río, de modo que volví rápido, temiendo que se viera en problemas.

—Como así fue —gruñó lord Bush.

—Así es. Llegué justo a tiempo de intentar protegerla con mi cuerpo, no se me ocurrió otra cosa. —Por el rabillo del ojo, vio que Otón se frotaba el rostro con una mano. Seguro que pensaba en lo que hubiera sido tener que volver a Bergreich con la noticia de su muerte y su cuerpo destrozado, bien plegado en una cajita muy pequeña—. Ese hombre, ese desconocido, apareció justo en el último momento, y lo mató.

—Comprendo. —Lord Thorn compartió una mirada con sus hermanos, y luego con su esposa, que no podía estar más pálida—. Por supuesto, todos le estamos muy agradecidos por ello. Sabemos que intentó proteger a mi hermana. Gracias de corazón.

—No hay de qué. Yo...

En el ligero silencio que se produjo, mientras todos esperaban que completase la frase, titubeó. Bien, había llegado el momento. ¿Qué quería hacer? ¿Seguir castigando a Rosehip por haber priorizado aquel empeño infantil de ser princesa? En su fuero interno, sabía que la muchacha hubiera terminado por aceptar ser la señora White. Y castigarla a ella, renunciando a su relación, implicaba castigarse también a él.

La única pregunta posible era esa: ¿qué quería hacer? Él, qué le pedía el corazón. Y conocía bien la respuesta. Iba a haber muchos problemas familiares, muchas tensiones con la corte de Bergreich en general, pero al infierno. Tal como le había dicho a Otón, en ese tema, sus padres y el país entero tendrían que aceptar su decisión.

Porque ahora sabía que podría renunciar al mar, pero no a lady Rosehip Rosegarden.

—¿Sí, alteza? —preguntó lord Thorn, sacándolo de sus cavilaciones.

Alex tomó aire, decidido.

—Milord, me gustaría aprovechar la ocasión para pedirle que me permita cortejar a lady Rosehip. Mis intenciones son absolutamente serias. De estar ella de acuerdo, me gustaría que nos casásemos a finales de verano, o a principios de otoño, en Bergreich. Por supuesto, con una ceremonia también en Inglaterra, para quienes no puedan viajar hasta allí.

Pudo notar la oleada de emociones que llenó el despacho. Lord Bram lanzó una carcajada, las damas sonrieron. Lady Caroline, incluso, se permitió un pequeño aplauso.

Lord Thorn agitó la cabeza, mirándolo con pena.

—¿Está usted seguro, alteza real? Rosehip es como un grano en...

—¡Thorn! —lo riñó lady Rosalynn, poniéndose en pie. Al momento, todos los caballeros sentados se levantaron—. ¡Haz el favor de no mostrarte desagradable! —Sonrió a Alex—. Alteza real, por supuesto que, si Rosehip lo desea, tendrán nuestras bendiciones. Puedo asegurarle que, al margen de todo, es ya una auténtica princesa.

Alex sonrió.

—Lo sé, milady. Estoy...

Olvidó lo que iba a decir cuando la puerta se abrió violentamente. En el umbral, el hombre que había matado al Viejo se balanceó torpemente aferrado a una de las jambas de la puerta. Tenía la cabeza ensangrentada.

—¡Se la ha llevado! —gritó, alarmando a todo el mundo—. ¡Se ha llevado a mi hija!

Capítulo 10

Rosehip parpadeó con esfuerzo al recuperar la consciencia.

Algo le tiraba del pelo, haciéndole daño. Arrugó la nariz cuando un olor extraño, a rosas, pudriéndose sobre cosas muertas, la envolvió por completo, de un modo sofocante.

¿Qué estaba ocurriendo?

Agitó la cabeza.

—Nnnnooo, nnnnoooo. —Se oyó entonces, un sonido extraño. Una mano áspera y huesuda la sujetó por la mandíbula, haciéndole daño, para evitar que se moviera—. Nnnnooo...

Rosehip abrió los ojos como pudo, tratando de recordar qué había pasado. Su mente volvió a su dormitorio, donde estaba descansando tras lo ocurrido en el bosque con el jabalí, cuando oyó gritos en el pasillo y salió a ver qué ocurría.

El lacayo guardaespaldas no se encontraba en su posición habitual, aunque no tardó en localizarlo, nada más doblar la primera esquina, que alcanzó a la carrera. Allí, desde la esquina, pudo comprobar que uno de los accesos a los pasadizos estaba abierto. Caído de espaldas, junto al umbral, el guardaespaldas agonizaba, con un puñal en el cuello y, junto a él, con la cabeza abierta, estaba Jarvis.

Algo creaba una sombra sobre ellos, desde el interior de la pared, algo que al principio había permanecido oculto por la puerta, pero que surgió de pronto, a pasos a la vez lentos y nerviosos, clavándole unos ojillos azules, fríos y estériles, incapaces de albergar otro sentimiento que no fuera la furia.

Era una mujer alta y muy delgada, vestida con los harapos de un traje que pudo servir para alguna cena elegante. Terciopelo y seda llenos de moho, suave gasa destrozada... Tenía grandes rotos aquí y allá, pero poco importaba, porque el cuerpo que cubrían jamás hubiera podido suscitar ninguna lujuria. Seco y consumido, blanco como el papel, lo más colorido de aquella figura seguían siendo sus ojos. Sus ojos y las rosas que adornaban las largas guedejas de su cabello, blanco por los años y descuidado por el tiempo.

Era alguien desconocido. Alguien aterrador.

Y, sin embargo...

—¿Madre? —había dicho Rosehip cuando se miraron frente a frente en el pasillo. Era lady Peony, sin duda. Era ella y no lo era. Era alguien que fue y que se había perdido en las entrañas de aquel lugar maldito, cambiando para siempre.

Rosehip se había desmayado.

Ahora, estaba tumbada en un suelo de tierra húmeda, con medio cuerpo apoyado en el regazo de alguien. Alguien que la peinaba con rudeza. Al centrar la vista, vio el rostro pálido y aterrador de su madre. Gritó y trató de apartarse, pero aquella criatura en la que se había convertido lady Peony la sujetó contra su pecho. Tenía una fuerza brutal, fuerza nacida de la propia locura de su mente rota, y Rosehip temió que, si seguía forcejeando, le rompería el cuello y la seguiría peinando sin más, como si nada hubiera ocurrido.

Se quedó muy quieta. Al momento, la criatura dejó de aplastarla contra sí y volvió a peinarla, arrancándole dolorosamente algún que otro cabello en el proceso.

—Roseeehhpp —canturreaba aquella monstruosidad espectral con su voz quebradiza—. Mi niññññRoseeehhppp... Mía miamíamíamíamíiii...

«Oh, Dios mío», pensó ella, intentando superar la parálisis del pánico. Trató de mirar alrededor. ¿Dónde estaban? En algún punto profundo de los túneles, seguro. En la parte sajona, dedujo por el tipo de pared, excavada directamente en la roca, sin el recubrimiento de mampostería que tenían los túneles de arriba. La zona que llegaba a vislumbrar, no muy grande, estaba iluminada con antorchas y un par de lámparas viejas.

Olía a tierra sucia, a cerrado, a orines y excrementos. Aunque lady Peony la tenía directamente sobre el suelo, vio un jergón de mantas mohosas a un lado, y una mesa baja con algunas cosas encima. Jarras. Platos, con trozos de animales muertos.

—Oh, mamá... —susurró, estremecida. La mujer se detuvo. La sintió temblar. Luego, la abrazó con fuerza.

—Mmma —repitió. O trató de hacerlo. ¡Había tanto cariño en aquel gesto! No estaba segura de si era algo dado o algo que se anhelaba recibir, posiblemente lo segundo. Vivir allí abajo tanto tiempo, tan sola, debía haber sido terrible incluso para una mujer sin conciencia como ella. Lo que quedaba inspiraba tanta lástima...

Rosehip no pudo contener el impulso: alzó una mano y le acarició la mejilla. Lady Peony jadeó. La soltó y se llevó las manos al rostro, donde había recibido la caricia, como si quisiera atesorarla.

—Mmma... Mmma... —siguió canturreando.

Rosehip aprovechó para incorporarse poco a poco. Se puso de rodillas y la observó en silencio. ¡Cómo brillaban sus ojos en aquel rostro pálido y macilento! Casi parecía algo no humano, algo surgido de las profundas sombras que habitaban aquel lugar, más allá de donde alcanzaba la luz de las lámparas.

Si aquel sitio tenía una entrada, no lograba distinguirla.

—¿Qué ha ocurrido, madre? —Lady Peony se removió, de nuevo inquieta. ¿La entendía?—.

¿Qué lugar es este? —La mujer dejó de acariciarse la mejilla, pero solo para manosear a tirones las largas gudejas de su pelo. La miraba con fijeza, pero era como si no la viera, como si se estuviera mirando en un espejo—. ¿Vives aquí?

«En este lugar terrible», se dijo. Bajo la mole inmensa de Rosegarden Park, aplastado por el peso de sus pecados. Solo pensarlo era aterrador. ¿Por qué la habría llevado hasta allí? Y, lo más importante: ¿la dejaría marchar?

Posiblemente, no, porque cuando intentó ponerse en pie, lady Peony lanzó una mano hacia delante y la sujetó por un brazo y la derribó de nuevo.

—¡Ay! —exclamó Rosehip, por el dolor punzante que sintió al caer de rodillas contra el suelo—. ¡Madre! ¡Solo quería mirar tus cosas! —Señaló los trastos que había sobre la mesa. También descubrió un arcón, y más objetos dispersos que indicaban una vida cotidiana, aunque fuera una muy caótica—. ¿Esta va a ser nuestra casa?

La mujer titubeó, pero terminó asintiendo. Se abalanzó hacia la mesa y empezó a cambiar las cosas de sitio, a levantarlas y tratar de limpiar. Pero había tierra y telarañas, y moho, por todos lados. Le puso delante un plato, con un animal —que bien podía ser una rata o una ardilla, o algo así— ensartado en un cuchillo roñoso, y luego sirvió algo, agua supuso, en un vaso y se lo llevó, arrastrándose de nuevo.

Se lo tendió, ansiosa.

Rosehip vaciló, pero lo cogió y se estremeció estudiando el contenido de aquello. Con la escasa luz no lograba ver nada, solo una negrura absoluta en el interior de un vaso sucio, pero solo el olor le causó un gesto de repugnancia.

Lady Peony se tensó. Lanzó un manotazo que le dio en la muñeca y lanzó el vaso girando hacia las sombras. El agua que había contenido brilló un segundo en el aire, reflejando la luz de las antorchas, y luego también desapareció. Su madre ocultó el rostro entre las manos y empezó a balancearse adelante y atrás, gimiendo de un modo terrible. Rosehip sintió tanta pena que no pudo soportarlo.

La abrazó.

El balanceo se detuvo, y se hizo un profundo silencio. Sabía que era muy fuerte, pero qué frágil le pareció, con el rostro apoyado en su hombro. Frágil y asustada como una niña.

No supo cuánto tiempo estuvieron así. Sentía el cuerpo entumecido, pero no le importaba. ¿Moriría en aquel lugar, atrapada como su madre? ¿Sería ella el futuro fantasma de la mansión, con su cabello blanco adornado con rosas? Por alguna razón, nada de aquello lograba importarle. Estaba bajo una fuerte impresión, eso era. Su mente no había logrado reaccionar y quizá tardara tiempo en lograrlo.

Un reflejo en las sombras llamó su atención, una ligera visión que llegó acompañada de algunos sonidos. Lady Peony también los captó, porque se revolvió para separarse y se encaró en su dirección, moviéndose como un animal acorralado.

A los pocos segundos, la luz desbancó a las sombras e iluminó por completo un túnel, por el

que aparecieron varias formas humanas.

—¡Rosehip! —Oyó gritar a Alex.

—¡Rosehip! —repitió casi al momento su hermano Thorn. También estaban Bram, Bush y Darney, como no tardó en descubrir. Y Jarvis, aquel hombre extraño. ¡No había muerto, gracias a Dios! Debía de haber ido a avisarlos de inmediato, ni siquiera se había vendado la herida.

—¡Estoy aquí! —exclamó ella. Su madre rebulló, lanzó una mano en su dirección y tiró de ella, en un gesto que podía indicar protección, pero también amenaza.

—¡Peony, apártate de ella! —ordenó Jarvis, avanzando en su dirección. La estaba apuntando con una pistola, pero lo que de verdad desconcertó a Rosehip fue el modo de referirse a ella. ¿Peony? ¿En serio la trataba con tal familiaridad? ¿Cómo se atrevía? Incluso en sus condiciones seguía siendo una dama inglesa, esposa de un marqués, hija de un conde y nieta de un duque. Pero, claro, era difícil verlo en su actual estado. La mujer se removió sobre sí misma como una fiera, entre lloros y gruñidos—. ¡Apártate, te digo! ¡No vas a hacerle ningún daño! ¡Es nuestra...!

Fuera lo que fuese que iba a decir, se perdió para siempre. Lady Peony lo silenció chillando con la boca muy abierta, soltando un sonido estridente semejante al de una rata a punto de enloquecer. O quizá ya loca. Rosehip se liberó de un tirón y se llevó las manos a los oídos, intentando protegerlos de aquello, aquello tan terrible, tan monstruoso, y vio que también lo hacían algunos de los hombres, Jarvis incluido, tras dejar caer la pistola.

De pronto, sin dejar de gritar, lady Peony se alzó y se lanzó como una centella hacia Jarvis, y movió el brazo derecho de un modo extraño. De no haber visto a continuación cómo algo oscuro y brillante cubría el rostro del hombre, no se hubiera dado cuenta de que llevaba un cuchillo, quizá el que le había entregado con la ardilla.

Lo incrustó una vez, dos, tres, cinco, ocho veces en el cuerpo de Jarvis, en su tronco y su cuello, a una velocidad aterradora, que hablaba de ansia de matar, de deseo de terminar con aquella vida, rápido, preciso, inmediato... Luego, cuando el viejo cayó redondo al suelo, se volvió hacia el resto de los hombres y centró sus ojos brillantes y desorbitados en Thorn.

Lord Thorn, que la contemplaba con una expresión de pena infinita, una lástima que jamás hubiera creído llegar a ver en él, y menos en relación a lady Peony, la mujer que destruyó su familia para construir otra encima.

Quizá ella percibió su compasión, y eso la alteró aún más. Con un grito de rabia, se lanzó a por él, el cuchillo en alto, sus ojos reflejando la luz de las antorchas de un modo ominoso. Aterrador.

Una detonación retumbó en aquel sótano cercano a las entrañas del mundo. Lady Peony se detuvo bruscamente, arqueada de un modo extraño hacia atrás, el grito contenido en su garganta. Luego, se desplomó de repente sobre sí misma, como una marioneta a la que hubieran cortado las cuerdas.

En el suelo, Jarvis tembló con un último aliento de vida. La pistola que había sostenido se le escapó de las manos.

—Vaya mierda. Es la segunda fiera enloquecida que mato hoy... —jadeó, antes de caer

definitivamente de espaldas.

Alex fue corriendo junto a Rosehip, cayó de rodillas a su lado y la abrazó.

—¿Estás bien? ¿Estás bien? —repitió, ansioso. Ella asintió. Casi sin darse cuenta, se estaban besando. ¡Allí, frente a sus hermanos!, pensó, aturdida. Pero no le importaba, porque necesitaba sentirlo cerca. Que la llenase de vitalidad con aquel abrazo—. Amor mío...

Bush apareció por la derecha.

—Rosehip... ¿Te ha herido? ¿Te ha hecho algo?

—No, no. Estoy bien, de verdad.

Bush la miró con cariño.

—No es cierto. Pero lo estarás. Te lo prometo.

—Permítame, alteza —pidió Bram a Alex, apareciendo por la izquierda, con intenciones de cogerla en brazos—. Hay que llevarla a su dormitorio y...

—No, yo lo haré —replicó Alex, empeñado en retenerla—. Por favor...

Bram arqueó una ceja. Miró a Thorn, quien a su vez miró a Rosehip. Ella asintió. Adoraba a todos los hombres de su familia, pero en esos momentos, solo quería que Alex la abrazara.

—Súbala, alteza —cedió Thorn—. Total, tras tanto beso, si no se casa con ella tendré que retarlo a duelo.

—Y, si sobrevive, tendré que retarlo yo —añadió Bram, con buen humor.

Eso provocó algunas risas y logró aliviar un poco el ambiente. La llevaron en escolta hasta el dormitorio, donde esperaban sus cuñadas, con caras de susto. Rosalynn la abrazó como pudo, todavía en brazos de Alex.

—Rosehip, cariño...

—Estoy bien, Rosalynn. —Empezaba a entender cosas. No todas, pero sí algo—. Sé que querías protegerme.

Los ojos de Rosalynn se llenaron de lágrimas tras sus gafas.

—Así es, cariño. Así es...

Alex la tendió en la cama. Fue a apartarse, pero Rosehip lo retuvo. Él titubeó, seguro que dispuesto a pelear por quedarse allí con ella, pero Thorn le puso una mano en el hombro.

—Creo que ha llegado el momento de que los caballeros salgamos, a excepción del doctor Rosegarden. ¿No cree, alteza?

Rosehip vio que Alex apretaba la mandíbula, dividido entre su deseo de quedarse con ella y el saber que Thorn tenía razón.

—Sí. Por supuesto. Rosehip, estaré cerca toda la noche. —Eso significaba que rondaría el balcón, aunque no se acercaría porque habría gente con ella—. Descansa, ¿de acuerdo? Nos veremos mañana.

Ella asintió, de pronto agotada.

—Nos veremos mañana.

Alex se apartó y Thorn se inclinó a besarla en la frente.

—Descansa, pequeña. Mañana hablaremos.

—Me lo contarás todo.

Él la miró conmovido.

—Bien sabe Dios que te lo has ganado.

Capítulo 11

Al día siguiente, tras el almuerzo, los miembros de la familia Rosegarden se reunieron en el despacho de Thorn.

Aceptaron a Alex en el grupo porque Rosehip así lo pidió, pero también porque ya conocía el peor de los secretos, algo que no sabía ni ella misma. Pero si Rosehip se sorprendió de algo fue de ver que la señora Tilleadh estaba allí, sentada en uno de los sofás junto a la chimenea, entre Roseanne y Tess, como si fuera parte de la familia.

—Lo es —dijo Thorn, leyendo su expresión—. Es parte de la familia. —Ella frunció el ceño, pero no tuvo tiempo de preguntar—. Siéntate, Rosehip. Has peleado mucho por conseguir una explicación, de modo que la vas a tener.

Rosehip soltó la mano de Alex y se sentó entre Rosalynn y Caroline, que la abrazaron con cariño. Alex quedó de pie, detrás del sillón.

—Supongo que debo ser yo quien empiece otra vez contando lo ocurrido —dijo la señora Tilleadh. Thorn asintió y ella suspiró—. Muy bien. —Miró hacia Rosehip—. Mi nombre es Ròs Mac Dhuibh, aunque en Inglaterra siempre me llamaron Rose MacDuff, y aquí se me conoció como La Rosa, incluso tras mi supuesta muerte. —Sonrió, con cariño—. Soy tu abuela, Rosehip.

Ella arqueó mucho las cejas.

—No puede ser... No, es imposible.

—Te aseguro que...

—Pero... —Buscó algo lógico, una prueba evidente—. Usted tiene los ojos azules. Nosotros, casi todos, verdes, el supuesto color que tenía La Rosa. No puede ser usted.

La anciana sonrió.

—Me temo que la edad tiene sus caprichos. Mis ojos eran tan verdes como los tuyos cuando yo tenía tu edad, de hecho me parecía mucho a ti. Pero, con los años, se han ido volviendo azules. Algo que me vino muy bien cuando tuve que regresar bajo otro nombre. Uno que, en gaélico escocés, significa «Regreso». —Rosehip guardó silencio. La Rosa debió suponer que ya no sabía qué decir, de modo que continuó con su historia—. Nací en las tierras altas escocesas, muy al norte, en un lugar que amaba profundamente, pero que ya no importa. La niña que vivía

allí, la que salió de allí, hace mucho que murió.

»Fue la noche en que unos hombres se detuvieron en la posada de camino que tenían mis padres, la *Anròsdubh*, La Rosa Negra. Era un juego de palabras. Una mezcla hecha con el rosal que florecía en nuestro jardín y la negrura de nuestro apellido.

»Los hombres, que dijeron estar comprobando el estado de unas minas en las tierras de su señor, se alojaron allí y bebieron, bebieron mucho. Demasiado, para unos ingleses que despreciaban a los escoceses. Antes de poder pensar en cómo evitarlo, se desató la violencia. Dos parroquianos y mi padre murieron de inmediato. Mi madre... mi pobre y querida madre me había escondido en un armario empotrado en una pared, pero ella no pudo salvarse. La violaron. — Agitó la cabeza—. La destrozaron por completo...

»Yo tenía trece años y estaba totalmente aterrada. Tardé dos días en reunir fuerzas para salir de allí, y solo lo hice porque me atormentaba la sed. Entonces, encontré la posada desierta, a excepción de los muertos. Era invierno, la tierra estaba muy dura, pero enterré a los míos y añadí mi nombre en el tablón de madera que usé de lápida, para que el mundo pensara que yo también había muerto.

»En realidad, así había sido, porque ya no era la misma, sino otra. Una joven rosa oscura como la noche, que respiraba solo para la venganza.

»Emprendí viaje hacia el sur, sin nada más que aquella determinación, aunque no tardé en regresar, atormentada, a por unas semillas del rosal que con tanto esmero cuidaban mis padres. Las tomé, con la intención de sofocar con él toda Inglaterra...

»En el camino hacia Londres llené de maldiciones aquellas semillas. Solo hablaba con ellas, volqué todo mi odio en cada palabra que les susurré. Quería vengarme. Jamás he querido algo tanto, ni antes ni después. Recordaba bien el nombre del señor de aquellos individuos: Thorn Rosegarden. A través de él, esperaba localizarlos y poder matarlos.

»Y también a él, a qué negarlo. En última instancia, era el responsable de todo: de haberlos enviado allí, de pretender ser el señor de unos terrenos tan alejados, en un pueblo conquistado... Quería matarlos, matarlos a todos.

»Tardé mucho, viví muchas cosas y dejé demasiado de mí en aquel largo camino, pero finalmente llegué a Rosegarden Park, donde me presenté como Rose MacDuff y conseguí trabajo de doncella. Aquí planté, una noche sin luna, las semillas que traje conmigo, suplicando a todo aquel que me oyera, ángel o diablo, que surgiese un rosal fuerte y hambriento, una criatura capaz de consumir aquella tierra maldita y a las gentes que la habitaban.

»Pero vuestro abuelo, Thorn Rosegarden, resultó no ser lo que me esperaba. Era un hombre atractivo y triste, viudo ya para la época en que lo conocí. Había perdido a su esposa y su hijo por unas fiebres, y toda fe en Dios se le escapó también con aquel suceso terrible. Conocerme a mí le alegró la vida, no voy a negarlo. Era una chiquilla bonita... Bueno, como prueba queda ese retrato que encontraste en este mismo despacho, en su despacho, Rosalynn.

La mencionada sonrió.

—Disimuló usted muy bien, milady —dijo. La anciana lanzó una risita.

—No sabía que lo había conservado, y se me cayó al suelo por la impresión al verlo. Pero sí, para entonces había aprendido a disimular.

»Pero, volviendo al pasado, admito que con vuestro abuelo no pudieron empezar mejor las cosas. Se sintió atraído por mí desde el principio y, tal como tenía pensado hacer, lo utilicé para localizar a los criminales que habían asesinado a mis padres. No tuve ni que matarlos yo, lo hizo él, cuando le conté lo que había ocurrido.

»Cuando los mató, me convertí en su amante. Debí darme cuenta de que una relación fundamentada en el odio y la sangre no podría llegar a buen puerto...

»No tardé mucho en enterarme de que las tierras escocesas que habían ido a examinar aquellos hombres —y en las que quedaban varias minas en buen funcionamiento— habían sido un regalo del rey William IV, tío de la actual reina Victoria, a vuestro abuelo. Luego se supo que su generosidad se debía a que aquel primer Thorn, atractivo y apasionado, era uno de sus hijos, de los tenidos fuera del matrimonio.

»Para ser un rey sin suerte a la hora de engendrar un heredero legítimo, William IV tuvo muchos bastardos, creedme, varios de ellos con una misma actriz, una mujer de gran valía con la que vivió como si fuesen un matrimonio normal hasta que la suerte lo llevó a ocupar el trono. Pero también tuvo otras aventuras, y Thorn era el resultado de una de ellas.

»Fue poco antes de morir cuando, además de las ventajas económicas que le había ido dando, como aquellas tierras del norte de Escocia en las que quedaban varias minas en buen funcionamiento, le ofreció un título, un marquesado. Vuestro abuelo solicitó que llevase el nombre de Farrose, en mi honor. *Far Rose*, Rosa Lejana. Y me pidió que me casase con él.

»De ese modo, vuestro abuelo, al que en adelante llamé Farrose, me convirtió en su esposa, y en la primera marquesa del linaje.

»A pesar de todo eso, que siempre agradecí —sobre todo que me ayudase en mi venganza—, nunca llegué a amarlo. Pero reconozco que supuso entrar en un mundo en el que nunca hubiera soñado acercarme siquiera, excepto como sirvienta. Uno en el que conseguir un plato de comida al día no tuviera que ser el resultado de una lucha terrible.

»Yo tenía quince años cuando nació vuestro padre, Thorn II. No era feliz, pero estaba cómoda con mi destino. No me hubiera importado seguir así por siempre, la verdad. Farrose era poco afectuoso en apariencia, pero sé que me quería, y siempre se comportaba como un marido amable y complaciente. Pero cuando mi hijo tenía cerca de dos años, ocurrió lo peor que hubiera podido ocurrirme: me enamoré de otro hombre.

»Se llamaba James, James Oxford. Era el ayudante de cámara de mi esposo, un hombre joven, alegre, que había ascendido desde lo más bajo y se había labrado un buen porvenir. Lástima que yo me crucé en su camino.

»James y yo iniciamos una aventura que ninguno de los dos deseábamos, pero que se hizo imposible de evitar. No sé cuándo lo descubrió mi marido. Yo estaba tan envuelta en la alegría

de aquel sentimiento tan... sublime que ni siquiera me di cuenta de que Farrose empezaba a beber demasiado. Cambiaba, cuando lo hacía; y, con el tiempo, esa nueva versión de sí mismo se convirtió en la habitual. Se volvió hosco, y hasta desagradable. Violento.

»Sé que tengo parte de culpa en que las cosas se torcieran así. Él me había recibido con los brazos abiertos, me había hecho rica y me había encumbrado a lo más alto de la sociedad; me había entregado todo el amor acumulado que no había podido darle a su primera esposa y su primer hijo, algo que sé que lo atormentaba mucho; y ahora yo pretendía abandonarlo, dejarlo de lado, en la soledad y la humillación pública.

»Pero ¿qué podía hacer? ¿Entregar el resto de mi vida, renunciar a mi felicidad, por puro agradecimiento? Quizá ahora lo hubiera hecho, pero entonces era joven y tenía impulsos, sueños, deseaba a James, lo quería, quería forjar una vida con él... —La barbilla de la anciana tembló al recordarlo—. Sí, tenía mi parte de culpa por no haber sido sincera con Farrose y afrontar con él la situación, con sinceridad, con lealtad, pero lo cierto es que no hubiera servido de mucho en aquellos tiempos. Él nunca me hubiera dejado marchar tras una charla razonable.

»Por eso, llegamos a ese punto, a un momento en que yo ya no podía soportarlo. Además, como digo, quería vivir con el hombre que amaba, aunque implicase hacerlo de una manera más humilde, así que organizamos nuestra fuga. ¡Cuántos sueños, cuántos planes! —exclamó, con la voz empañada con la pena de la pérdida—. Íbamos a irnos a América, él, mi hijo y yo. Era muy pequeño y no quería dejarlo con aquella sombra de lo que había sido Thorn Rosegarden. Tenía la esperanza de que, algún día, cuando ya fuera mayor, pudiera volver y reclamar su herencia.

»Pero nada fue como esperábamos. No sé cómo mi esposo llegó a enterarse de que nos íbamos, supongo que ya a esas alturas nos tenía vigilados de continuo. Un día, poco antes de la fecha elegida para marcharnos, James desapareció. Así, sin más. Nos dimos un beso, nos dijimos «hasta luego», pensando en vernos a la noche, como siempre, pero ya no regresó. Fue un día extraño. Recuerdo el fuerte viento que hacía. Soplaban con violencia sobre Rosegarden Park, arrancando del sitio algunos rosales. Hasta llegó a quebrar algún árbol joven, incluso.

»Al atardecer, yo sabía, yo sentía que algo malo le había pasado a James, a mi James, mi alegre y siempre optimista James. Al verme tan alterada, contemplando el crepúsculo sobre los jardines, Farrose se rio de mí. “Olvídate de él, pequeña puta escocesa, jamás volverás a verlo”, me dijo, con voz alterada por el whisky y con una mirada malvada que me heló la sangre en las venas. “Por tu culpa, ese idiota ahora duerme bajo tu rosal”. “¿Qué has hecho?”, le pregunté, horrorizada. “Acabar con él, claro está”, contestó, y supe que había enloquecido. “Como ahora voy a acabar contigo. ¿Querías irte, maldita ramera? ¿Querías abandonarme y que todo el mundo se preguntase qué había sido de la marquesa de Farrose? Pues bien, así será. Pero te juro que no se burlarán del marqués de Farrose”. La rabia explotó en su interior, extendiéndose por todas partes como una mancha pegajosa de aceite, empapando todo Rosegarden Park. “¡No se reirán de mí mientras tú retozas por ahí con tu criado!”.

»Cogió con ambas manos uno de mis retratos, uno que colgaba en la pared, ahí —señaló el

lugar que ahora ocupaba el cuadro de un bonito paisaje de Rosegarden-on-the-Water—. Uno para el que, de hecho, había hecho venir a un gran artista y lo había mantenido durante meses, con los grandes gastos que ello implicaba, pero no le importó. Lo arrojó sin más a la chimenea.

»«¡No vas a abandonarme, maldita puta desleal, vas a morir en un incendio! ¡Vas a desaparecer entre las ruinas de este lugar maldito!», añadió, empezando también a arrojar a las llamas documentación, registros, cartas, certificados... Todas las pruebas de nuestro matrimonio, todo lo referente a mi persona. Me estaba borrando de toda existencia.

»Las llamas crecieron, pero cuando él cogió una silla y la arrojó contra esa ventana, esto se convirtió en un infierno.

»El viento entró como un monstruo que hubiera sido retenido por la fuerza en el exterior de Rosegarden Park. Barrió cortinas, libros, muebles, derribó lámparas y casi me tiró a mí, que me mantuve en pie a duras penas. Trozos de papel incandescente volaban por todas partes, iniciando el famoso incendio que se extendió por el ala este. ¡Cómo crecían las llamas, devorándolo todo a nuestro alrededor! A veces, en sueños, vuelvo a ver esa ventana rota, y siento la luz cegadora de la hoguera en que se estaba convirtiendo el mundo, y el calor.

»El golpe, en el rostro, que me dejó inconsciente...

»Desperté abajo, en los pasadizos. Farrose me había encerrado en una habitación que había ido preparando a mis espaldas desde que supo que pretendía irme, un *encierro apropiado*, como solía llamarlo, aunque todavía tuvo que hacerle muchos cambios, conmigo allí, para hacerla de verdad habitable. Cómoda, incluso lujosa. Si no te preguntabas mucho al respecto, te daba la impresión de estar en una de las elegantes habitaciones de arriba, sobre todo por la impresionante cama con dosel que había encargado para mí, para agradecerme el nacimiento de su primogénito, pero que finalmente hizo montar en mi prisión.

»Estuve mucho tiempo allí, mucho. Más de un año. Y, de no ser por Mathilda Clowes, posiblemente hubiese muerto allí.

—¡La señora Clowes! —exclamó Rosehip, asombrada.

—Así es. —La señora Tilleadh o, mejor dicho, La Rosa, sonrió—. Tenías razón, niña, nos conocimos, nos conocimos muy bien. Mathilda era doncella en Rosegarden Park cuando yo llegué. De hecho, fue una de mis compañeras, mi más querida amiga en el poco tiempo que fui doncella yo también. Ella me ayudó en todo, era una mujer maravillosa. Por eso, Farrose la nombró ama de llaves cuando nos casamos, porque yo se lo pedí.

—Pero... no puede ser. —Rosehip negó también con la cabeza—. No pudo ayudar a ese hombre horrible en un secuestro.

—No, claro que no. Era una buena mujer. Pero también era, por entonces, una joven viuda con un hijo muy pequeño a su cargo. En mi presencia, Farrose la amenazó con hacerles daño, daño de verdad. Habló de acusarla de robo, de asegurarse de que terminara en la cárcel y el niño en un orfanato, y ella tuvo que actuar en consecuencia. Aceptó participar en aquella canallada, alegando que era mejor que una amiga se ocupase de mí. Y, mientras, organizamos mi fuga.

Capítulo 12

—Estuve mucho tiempo abajo, ya os digo, más de un año —siguió contando su abuela—. Durante ese tiempo, Mathilda y yo simulamos llevarnos cada vez peor. Siempre que Farrose estaba cerca, yo le reprochaba a ella su cobardía y su traición, y Mathilda, cada día más hostil y resentida, me decía que tenía un hijo, que no podía hacer otra cosa. Que acabaría con el propio mundo por él. Que, como madre, yo hubiera debido entenderlo.

»Era verano cuando lo hicimos. Dejé una carta escrita para Farrose, una despedida dura y despiadada en la que lo culpaba de la decisión terrible que iba a tomar. Tuve que golpear a la pobre Mathilda en la cabeza, para simular que la había tomado por sorpresa y la había dejado inconsciente, y luego me dirigí hacia el río. Allí dejé un jirón de mi vestido en unas zarzas junto a la orilla. —Se encogió de hombros—. En realidad, desaparecer fue fácil. Nadie me buscó, como no me buscaron en Escocia, cuando me fui, porque, por segunda vez en mi vida, me habían dado por muerta.

Rosehip la miró con reproche.

—Pero... ¿cómo pudo irse sin su hijo?

—A veces, las cosas no son tan fáciles, niña. ¿Crees que no me rompió el corazón? Pero tuve que elegir lo que fuera mejor para él. Yo no tenía nada, nada excepto aquella cara libertad que tan duro me había resultado conseguir, y tu padre era un niño pequeño, muy pequeño. No podía arrastrarlo conmigo al frío y al hambre. Si le ocurría cualquier cosa, por el puro egoísmo de querer tenerlo, no me lo podría perdonar jamás. No, era mejor renunciar a él, lo más doloroso, pero lo más conveniente. Que se quedase con su padre, que siempre lo había cuidado.

»Además, aquí se quedó Mathilda Clowes, que se ocupó de informarme puntualmente de todo lo relacionado con él durante años. Habíamos acordado que, en cuanto pudiera, le escribiría como si fuera su prima Alice. Así mantuvimos correspondencia fluida durante años.

»Yo me asenté en Francia y, con el tiempo, volví a casarme y tuve otros hijos. Me dediqué a otro jardín, otras rosas. —Agitó la cabeza con nostalgia—. No volví a sentir nada semejante a lo que tuve con James, pero fue suficiente para disfrutar de una vida feliz y tranquila. Para cuando vuestro abuelo murió, mis hijos franceses eran pequeños y vuestro padre era ya un joven al que

le habían dicho que su madre había muerto años atrás. No tenía sentido revelar de pronto quién era realmente yo, lo que haría que mi segundo matrimonio no fuera válido, con todo lo que hubiese conllevado. Pensé que era mejor dejar así las cosas. Que, quizá más adelante...

»Por eso, mi hijo inglés creció y se casó, y yo no estuve allí para festejarlo con él. Su esposa falleció, supuestamente al tener a su hijo, y yo no estuve allí para consolarlo. Ni siquiera estuve cuando Mathilda me escribió contándome sus sospechas de que lady Peony había envenenado a mi nuera, lady Rosamund. Que no había muerto al tenerte, Thorn. —Rosehip vio que miraba a su hermano mayor. Este tenía los ojos empañados de lágrimas—. Pensé que... bueno, que ya era tarde para hacer que esa mujer pagase su perfidia. ¿Cómo iba a enviar a la cárcel a la madre de mis otros nietos? Una vez más, era mejor dejarlo estar.

»Pero, entonces, también murió Mathilda, y su hijo me escribió contándome sus sospechas de que la habían envenenado. Creía que esa mujer horrible también había sido la culpable. Fue entonces cuando vine. Vine, porque no podía dejarlos solos con ella. Además, mi esposo francés había muerto y los hijos tenidos con él también habían hecho sus vidas, podían seguir sin mí, aunque organicé un modo de poder mantener correspondencia con ellos, nos escribimos a menudo. El hijo de Mathilda había renunciado a las tierras que le había regalado Thorn para poder estar aquí y así investigar conmigo la muerte de su madre y cuidar de vosotros.

—Recuerdo que me sorprendió, sí —dijo Thorn—. Cuando vine, cuando traje a Rosalynn... —su tono sonó avergonzado por lo ocurrido en aquella época—, me dijo que las había perdido en una apuesta, algo muy poco propio de él. Incluso me enfadé un poco, aunque no le dije nada. Pero ya está arreglado, milady. En cuanto me lo contó, puse otras tierras a su nombre. Cuando quiera irse, será el propietario de su propio terreno.

La Rosa sonrió.

—Eres un hombre justo y generoso, Thorn, gracias. Clowes ha hecho mucho por esta familia, se lo ha ganado. En aquel momento, además de eso, me ayudó a inventar el personaje de la señora Tilleadh, y a integrarme en la casa como ama de llaves.

—Y estuvo aquí cuando mis padres murieron. Fuera lo que fuese que pasó. —Rosehip no sabía cómo se sentía. Enfadada. Hubiera querido el amor de su abuela, no el del ama de llaves. Aunque, a la vez, los había tenido ambos—. Nos consoló cuando llegó la noticia del naufragio.

Lamentó haber hablado así cuando su abuela vaciló, y pareció casi a punto de llorar.

—Sí... Yo... Había vivido tragedias en mi vida, pero ninguna es como la de perder a un hijo, nada te prepara para algo así. ¡Me sentía tan mal! Y sin poder compartir la auténtica profundidad de mi dolor con todos vosotros. —Lady Rosalynn le cogió la mano y apretó, confortándola. La anciana sonrió con tristeza—. Y, sí, me avergüenza reconocer que, en un principio, creí la historia oficial del naufragio. ¿Qué puedo decir? Jamás hubiera supuesto que ocurriría algo así, que ella lo matara. Si algo me había quedado claro en el tiempo en que pude conocerla fue que lady Peony estaba ciega por mi hijo. Obsesionada. Era una cuestión más de desafío, de empeño por el triunfo, que de amor, pienso. O de locura, en definitiva. En todos los años que llevaba

casada con él, no había conquistado su amor, y seguía intentándolo, con una fijación insana. Por eso, no me esperaba un desenlace como ese... pero eso mejor se lo cuentan sus hermanos, milady.

—Yo lo haré —intervino Thorn, y la miró con gravedad—. Jarvis nos lo explicó todo hace tiempo, cuando empezamos a atar cabos y sospechamos de la colaboración de la señora Parsons con Jarvis, para mantenerlos con vida, a él y a lady Peony.

—¿La señora Parsons? —preguntó Rosehip sorprendida, recordando la expresión de alarma de la mujer cuando irrumpió en su cocina, días antes—. ¿La cocinera?

—Sí —apuntó Rosalynn—. Les proveía de comida. Antes lo hacía Jarvis, pero desde que empezó a buscarlo Scotland Yard se quedó también abajo y recurrió a la pobre señora Parsons, a la que había seducido con promesas matrimoniales, para que los alimentase.

—Así es —refrendó Thorn—. Una vez sabido eso, aprovechando una nueva entrega, le tendimos una trampa y lo atrapamos. Jarvis confesó todo. Habló de cómo la señora Clowes había conseguido pruebas de cómo lady Peony había matado a lady Rosamund, y de cómo esa mujer la asesinó para silenciarla. Pero, de algún modo, la información terminó llegando a nuestro padre, Jarvis no sabía cómo. Cuando él entró, en este mismo despacho, padre ya estaba muerto.

Rosehip sintió un vacío en el pecho.

—Entonces, sí es verdad que lo mató.

—En realidad, fue un arrebato, tal como nos explicó el propio Jarvis. Nuestro padre llevaba tiempo queriendo separarse de ella, echarla de Rosegarden Park sin que opusiera resistencia. Su matrimonio no podía ir peor. Justo iban a irse a Francia, a intentar solucionar sus problemas con unos días románticos, tal como insistía en decir lady Peony, aunque Jarvis sospechaba que pensaba dejarla allí.

—¿Allí? ¿Sola?

—Sí, y tiene visos de ser cierto —afirmó Thorn—. Cuando me puse en serio con todos los papeles de padre, descubrí que había comprado una propiedad en un punto remoto del bosque de Boulogne, cerca de París. No lo entendí entonces. ¿Para qué quería ese lugar? Ni siquiera lo consideraba para ese viaje, tenía habitaciones reservadas en el mejor hotel de la ciudad. —Negó con la cabeza—. No. La única explicación que le encuentro ahora es que, efectivamente, pensaba encerrarla allí, y volver solo.

—Sabía que había matado a lady Rosamund, pero no podía entregarla a las autoridades —añadió Rosalynn—. Era la madre de sus otros hijos. Era la marquesa. El escándalo hubiera destruido el nombre de la familia, por siempre.

—Así es. En realidad, encerrarla en Francia, bajo custodia, hubiera sido una buena solución.

—Pero... ¿los abuelos? —preguntó Rosehip—. ¿Qué iba a decirles cuando volviera solo?

—No lo sé. Quizá pensaba contarles la verdad y que decidieran qué hacer. Sabes tan bien como yo que la abuela no hubiera permitido que se arrastrase a su hija a una celda de Scotland Yard. Posiblemente, se hubiesen ido ambos a vivir con ella a Francia, ayudando en la custodia.

—Se encogió de hombros—. Pero todo se trastocó cuando lo mató.

—¿Cómo fue? ¿Cómo lo hizo? —aclaró Rosehip al ver que su hermano la miraba sin entender.

—Oh. —Thorn miró a Bush—. Con un atizador. Bush fue el primero en determinarlo, Jarvis lo confirmó.

—Así es —dijo Bush. Se señaló un punto en la parte trasera del cráneo—. Lo golpeó en la cabeza. Padre cayó muerto de inmediato. Y, si no estaba loca para entonces, que yo creo que sí, en ese momento enloqueció de forma irreparable.

Thorn asintió.

—Fue Jarvis quien se ocupó de todo en adelante —prosiguió—. Enterró a padre en el jardín con la ayuda de uno de los jardineros, al que también mató y enterró con él, para que nadie llegara a saberlo nunca. Contrató a una pareja, alguien de su familia por lo que tengo entendido, para ir a Francia en lugar de los marqueses, y escondió a lady Peony en los subterráneos. Tenía la esperanza de que se repusiera, poder simular su regreso y decir que el marqués se había suicidado, arrojándose por la borda, o algo por el estilo. No lo tenía muy claro, todo el asunto estaba ya sumido en el caos. Y, entonces, llegó un nuevo golpe del destino.

—El barco se hundió —señaló Bram—. Yo soy autor teatral y lo sé bien: la realidad siempre supera al arte. Nada que imagines puede llegar a asombrarte tanto como las sorpresas que de vez en cuando te procura la vida. El barco se hundió, con lo que los marqueses nunca podrían regresar. Lady Peony era un personaje suelto en el libreto, algo que ya no iba a encajar sin romper toda la historia.

—Jarvis trató de pensar algo, un modo de inventar su regreso, pero el hecho de que hubiera enloquecido no ayudó. No sabía qué hacer con ella, así que la mantuvo en los pasadizos, aunque según nos confesó se le escapó un par de veces. Luego... ya te lo hemos contado. Atrapamos a Jarvis y bajamos a por ella.

—Allí estaba, en la sala a la que te llevó a ti. —Bush se cruzó de brazos, quizá para disimular un escalofrío. No lo logró—. Viviendo como una alimaña...

—¿Por qué no llamasteis a la policía?

Todos se miraron entre ellos. Rosehip arqueó una ceja, intrigada. ¿Había algo que no querían contarle? Esa impresión le dio, aunque, tras todo lo ocurrido, tras todo lo sabido, resultaba absurdo.

Thorn agitó la cabeza.

—Por la misma razón que no lo hizo padre: por preservar el buen nombre de la familia. Ahora hay una nueva generación que hay que proteger, y también tu futuro, que eres muy joven. Además, eran dos viejos. Ella estaba loca, destrozada. Era tu madre. —Eso último sí provocó una respuesta en su interior. Era su madre—. Preferimos llevarlos al ala este y preparar unas habitaciones en condiciones, donde vivirían de forma lujosa, pero, en definitiva, en una prisión. Tratamos de atenderla lo mejor posible, pero todo era inútil. No sé la de veces que se ha

escapado, no logramos entender cómo. Bajaba, se ponía uno de sus vestidos mohosos, se adornaba el pelo con rosas y se escondía por los túneles, hasta que lográbamos sacarla.

—Por eso no podíamos tenerte aquí —dijo Rosalynn—. Temíamos que pasara exactamente lo que ha pasado. O algo incluso peor.

—Creo que quería creer que era La Rosa. El famoso fantasma de La Rosa —murmuró Bush, pensativo—. Quería creerlo, para no ser ella misma. Para no haberlo matado. Amaba a padre con toda su locura, y lo había destruido. Aquella noche, no solo murió padre, también ella.

Se hizo un profundo silencio mientras todos repasaban las tragedias ocurridas en aquel lugar, hasta llegar a esa conclusión espantosa.

—No sé, Rosehip... —Thorn hizo un gesto ecuánime—. Quizá no actué bien. Quizá debimos actuar de otro modo, pero pensé que era mejor minimizar daños y no provocar un escándalo que nos destruiría a todos. Además, tú sabes que yo no sentía ninguna simpatía por lady Peony, pero, fueran cuales fueren los crímenes de aquella mujer, los estaba pagando con creces, ahí abajo.

Rosehip asintió.

—Tienes razón, es verdad. —Apenas podía contener las lágrimas—. No merecía la pena empeorar las cosas para nosotros.

—No, ciertamente. Lamentamos mucho haber intentado mantenerte lejos de Rosegarden Park estos últimos años. Intentábamos que no te enterases de nada, que tu vida no se perturbase con todo esto. Te merecías disponer del tiempo necesario para disfrutar de tu presentación y al menos una primera temporada. —Señaló hacia el rincón en el que esperaba Alex—. Para tener la oportunidad de encontrar el amor.

Rosehip lo miró, y sus palabras, frente al jabalí, volvieron a su mente. Alexander de Wittelsbach. El príncipe heredero de Bergreich. Y, además, el guapo, atractivo e irresistible señor White. Alguien a quien hubiera deseado poder seducir, para cumplir todos sus sueños a la vez.

—Si alguna vez hubo una oportunidad, creo que ya se ha perdido —murmuró, sumida en una gran tristeza. Lo vio fruncir el ceño con desconcierto. Thorn también pareció sorprendido. Rodeó el escritorio.

—Será mejor que os dejemos solos. Vamos. —Tendió la mano a su esposa, que la tomó. Los demás también se pusieron en marcha hacia la puerta. Al pasar junto a Rosehip, la fueron abrazando o besando. Ella apretó los párpados con fuerza, emocionada. Se sintió llena de amor—. Esperamos fuera. Cerraré la puerta. —Arqueó una ceja—. Pero os recuerdo que puedo abrir en cualquier momento, para evitar que nadie dé un mal paso.

Rosehip no pudo evitar una risa, mezcla de carcajada y lloro.

—Eres tonto, hermano.

—Lo sé, pequeña —reconoció, cerrando la puerta.

Capítulo 13

Cuando se quedaron solos, Rosehip sintió una extraña timidez.

Había compartido con aquel hombre muchas horas, sobre todo momentos de mucha intimidad, pero había sido a lo largo de muy pocos días. ¿Lo conocía de verdad? ¿Con quién estaba, con el señor White o con su alteza real el príncipe heredero de aquel país cuyo nombre no podía recordar en ese momento?

«Con los dos», pensó, convencida de que había dado con la respuesta correcta. Con los dos, en una misma piel, con la misma mirada firme y sincera de sus ojos azules, tan claros como el cielo de una mañana de primavera.

Era él, el hombre con el que siempre había soñado de niña, de jovencita, de mujer. Era él, tal como se lo dijo su corazón, cuando se descubrieron el uno al otro en el vestíbulo del Salón Selecto.

Al igual que entonces, durante un momento, se contemplaron en silencio. Pero en vez de alejarse, como hicieron aquella noche, Alex se separó de la pared, con un gesto algo indolente, y empezó a caminar en su dirección.

—¿Estás bien? —preguntó al detenerse frente a ella, a pocos pasos.

Rosehip se encogió de hombros.

—Todo lo bien que se puede estar en estas circunstancias. Ahora ya conoces los oscuros secretos de mi familia. Mi madre mató a mi padre, aunque para ser exactos solo fue una más de sus muchas víctimas, y ha vivido enloquecida en los subterráneos de la mansión durante años. Lo primero lo sospechaba. Lo segundo... —titubeó—. ¡Resulta tan increíble! Y, a la vez, como dijo mi hermano, tan sorprendentemente real. Vivimos pensando en que jamás va a ocurrir nada que se salga de lo normal y, de pronto, la vida nos sorprende con hechos increíbles. —Se encogió de hombros—. Así se forjan las historias que se ganan permanecer en el recuerdo, supongo.

Él asintió, comprensivo.

—Así es. Aunque no sé si esta debería ser olvidada.

—No. Quiero recordarla. Quiero tenerlo todo siempre muy presente, lo bueno y lo malo. —Hizo una muequita—. No sé si eso lo escandalizará todavía más, alteza real. Supongo que mi

familia no sería recibida en los más insignes salones de... Demonios, ¿cómo se llamaba tu país?

—Bergreich.

—Eso. No nos recibirán ni por la puerta trasera.

—Ja. —Rio él, pero no lo negó. —Lo siento —añadió al cabo de unos momentos—. Todo, pero sobre todo, te pido perdón por mi parte de culpa.

Rosehip lo miró sorprendida.

—¿Tu parte de culpa?

—Sí. Debí decirte quién era desde el momento en el que te hiciste importante para mí.

El corazón de Rosehip se saltó un latido. Apenas fue consciente de ello, pero sí del extraño resultado que produjo. Una sensación de felicidad, de pura maravilla, se extendió como una ola desde su pecho, por sus venas, hasta el último rincón de su cuerpo.

—¿Soy importante para ti? —musitó.

—Bien sabes que sí, Rosehip Rosegarden. Desde el juego del balcón... No, me atrevería a decir que incluso antes. Desde aquel momento mágico en el que nos miramos en el Salón Selecto y nos reconocimos como almas gemelas...

—¿Te refieres a aquel momento justo antes de que te diese la espalda con soberbia, porque no eras príncipe?

Él se echó a reír. Ella también, sintiéndose más ligera que en días. Más feliz que en meses.

—Sí. A ese momento. Antes de que temas ajenos a lo importante enturbiasen lo que sentíamos. Tú me reconociste, pero me diste la espalda porque creíste que no era lo que deseabas. Y yo te reconocí, pero mantuve luego el engaño y me negaba a aceptar cuanto sentía. ¿Por qué tendría que hacerlo? Si tú no podías aceptar al señor White, ¿por qué yo tenía que aceptar algo que no fuera una princesa de una casa real, tal como desean para mí mis padres?

Rosehip sintió un conato de miedo.

—Lo sabía. Tienes padres.

—Ja. Suele ser habitual entre los seres humanos, sí.

—Y ellos tienen planes para ti.

—Así es. Una larga lista de princesas de nacimiento, querida mía. Muchas de ellas, de las mejores familias reales de Europa. —Rosehip palideció, captando la situación ridícula que se había producido entre ellos. Él sonrió, sin duda dándose cuenta—. Es una suerte que yo también tenga mis propios planes al respecto, y que no vaya a ceder en algunos puntos, como el hecho de que quiero casarme contigo. Aunque, no lo niego, vamos a tener una enorme pelea con mis padres y con la corte de Bergreich en general. Pero no te preocupes, espero contar con el apoyo de mi tía Victoria para convencerlos.

Ella tragó saliva, recordando los escándalos de los Rosegarden. El día de la presentación, la reina Victoria la había mirado con reserva.

—Es usted la pequeña de los Rosegarden, ¿verdad? —Ella había asentido, apurada—. Una familia que merece el respeto de toda Inglaterra, por cómo han evolucionado. En verdad me

alegra el modo en que han sabido encarrilar su vida en los últimos tiempos.

Dijo eso y muchas otras cosas más, y todo estaba muy bien, y hasta hubo algunos aplausos para la labor altruista de Bush, que no tardó en mencionarse. Pero todo giraba en torno a cómo los Rosegarden —aunque solo hubieran sido Thorn, Bram y Roseanne, la fama los salpicaba a todos— habían dejado atrás una vida de escándalos y desenfreno. Algo que, dudaba, fuera a gustarle a los padres de Alex, o a cualquiera de sus súbditos.

—Ojalá pudiera ser simplemente la señora White —musitó, preocupada. Alex sonrió y la tomó por la barbilla, para obligarla a mirarlo a los ojos.

—Lo sé, Rosie. Y haces bien en desearlo, porque ni te imaginas la de obligaciones que tiene nuestro cargo. Ojalá pudiéramos ser simplemente los White, una pareja de enamorados viviendo en una pequeña casita de un pueblo inglés. Yo me dedicaría a fabricar barcos dentro de botellas y tú... bueno, a lo que prefirieras dedicarte. —Movi6 el pulgar, para acariciarle la mejilla—. Pero no puede ser, cariño, porque soy Alexander de Wittelsbach. Mi familia, que proviene de Baviera, tiene fama de excéntrica, pero no dejamos de ser una rama más rancia, asentada en el trono de Bergreich desde hace varias generaciones. Un tostón.

Se miraron. Se rieron.

—Menudo par de tontos estamos hechos —dijo Rosehip.

—No lo voy a negar.

Allí estaba, como siempre, aquel punto de profunda tristeza, incluso al otro lado de la más luminosa de sus sonrisas. Lo había captado ya nada más conocerlo, siempre lo seguía por todos lados, como una estela. Ahora que lo entendía, que sabía de verdad cuáles eran sus razones, Rosehip tragó saliva y sintió que se le rompía el corazón.

Aquel hombre magnífico se entregaría por completo a su pueblo y a las necesidades del honor de su familia. Lo haría en cuerpo y alma, sin dudarle un solo segundo. Les daría hasta el último resquicio de su felicidad; y al final, tras su muerte, de lo que había sido o hubiera podido ser Alexander de Wittelsbach solo quedarían menciones sin alma en los libros de Historia, y un ataúd de piedra fría, tallada con una vaga aproximación de sus formas, en el mausoleo real de Bergreich.

Ella, que lo conocía, que ya estaba aprendiendo a amarlo, no podía consentirlo.

—Dime —empezó, decidida—, esas obligaciones que mencionas ¿ocuparían todo el maldito año?

—Eh... —La miró sorprendido, sin saber la razón de aquella pregunta—. Bueno, supongo que no. Oh, ya entiendo —añadió, al suponer por qué lo decía. Rio—. No te preocupes, claro que podrás volver aquí, a ver a los tuyos. Siempre podremos sacar algo de tiempo para nosotros.

—¿Quizá dos meses al año?

—Quizá. ¿Por qué? —Arqueó ambas cejas—. ¿Qué tienes en mente?

—Viajar tú y yo, solos, en nuestro barco, por supuesto.

Alex se quedó boquiabierto. Cuando por fin se recuperó de la sorpresa, parpadeó, emocionado.

—¿Tenemos un barco?

—Todavía no, pero me lo vas a regalar, así que nos pertenecerá a ambos. Será precioso y se llamará La Rosa. Viajaremos con él libremente, con otros nombres. Seremos... los White, claro está. Alex y Rose White. Y cada año visitaremos un país distinto o nos adentraremos en zonas desconocidas.

—Ya no quedan zonas desconocidas, amor mío. Algunas son complicadas de llegar, pero ya no quedan dragones. —Agitó la cabeza—. Y no creo que se nos permita salir de las muy civilizadas.

—Pues nos escaparemos... —Al ver el modo en que la miró, lanzó un suspiro—. O quizá no. Seremos sensatos, prudentes y buenos y navegaremos solo por aguas seguras —vaciló, ante una nueva idea—. Pero siempre podemos buscar un capitán al que sufragar los gastos de las expediciones, y así poder participar de algún modo en aventuras que nos gustaría realizar. No sé, hacer un recorrido alrededor del mundo, y que nos traigan muestras, información, lo que sea...

Algo vibró en el fondo de las pupilas de Alex, y Rosehip tuvo la impresión de que era la primera vez que sonreía de verdad, desde el corazón. Aquel hombre, aplastado por el peso de tantas obligaciones, acababa de descubrir que en su prisión se estaba filtrando un rayo de luz.

—¡Qué buena idea, Rosie!

—Lo sé. Es mía.

Alex rio. La rodeó con los brazos y la estrechó contra su pecho en un gesto que hablaba más de cariño que de pasión. Eso era bueno. Pasión habían compartido mucha, y lo seguirían haciendo, sus cuerpos se conocían y se atraían, no dejarían de hacerlo. Pero el cariño era algo que debía forjarse día a día, y para lo que todavía les quedaba mucha tarea por delante.

—Gracias, amor mío —le estaba diciendo él, y se sintió feliz como no recordaba haberlo estado nunca—. Gracias por pensar en mí. Suena maravilloso.

—Lo será. —Ella le acarició la mejilla—. Te quiero, Alex. Por supuesto que haré lo que sea para conseguir que cumplas tu sueño.

—Gracias. —La miró contrito—. Y perdona por no poder ayudarte a cumplir el tuyo.

Ella lo miró con extrañeza.

—Pero ¿qué dices? Si te casas conmigo, voy a ser princesa.

Alex lanzó una risa suave y sabia.

—No, cariño. Yo voy a convertirte en reina.

Epílogo

Rosegarden Park, cerca de Londres. Nochevieja de 1899

—Gracias por todo, Alex —le dijo Thorn, por enésima vez, en cuanto coincidieron a solas. O a todo lo solas que se podía estar durante un gran baile de Nochevieja en Rosegarden Park, donde habían reunido a lo más elegante de la sociedad londinense. Sus miembros abarrotaban esa noche el lugar, siempre deseosos de ser vistos junto a los reyes de Bergreich, los sobrinos preferidos de la reina Victoria, según se rumoreaba—. Para nosotros, el bienestar de Rosehip siempre fue algo muy importante. Prioritario, diría yo.

—También para mí —replicó Alex, divertido. Por más años que pasasen, por muchos aniversarios de boda que cumpliesen Rosehip y él, por muchos hijos que naciesen, que ya iban a por el cuarto, Thorn siempre seguiría siendo el hermano mayor, protector y atento al más mínimo detalle relacionado con el bienestar de su hermanita—. No te preocupes. De hecho, deberíamos olvidar el asunto, ¿no crees?

Olvidar lo que Jarvis había dicho: que era el padre de Rosehip.

Alex maldijo mentalmente. Ojalá pudiera borrar de la realidad ese dato, porque no podía compartirlo con ella, jamás podría. Había que mantenerla a salvo de semejante infamia. Por lo demás, lo que le contaron mientras buscaban a Rosehip, aquella lejana noche en que la secuestró lady Peony, había resultado de lo más esclarecedor.

El relato de cómo Jarvis descubrió a una joven lady Peony manipulando una silla de montar en las caballerizas —un sabotaje con el que esperaba matar a lady Rosamund, su mejor amiga y la esposa del hombre que amaba, aunque todo le saliera mal— solo había sido el primer acto de una historia escabrosa y terrible.

Aquel fue el inicio de una relación monstruosa en la que Jarvis logró medrar en la sombra, y satisfacer el deseo que sentía por ella, y lady Peony pudo conseguir un resquicio de lo que anhelaba. Su mente enferma, despiadada y envidiosa no podía concebir el no conseguir cuanto deseara, encarnado en la figura de lord Thorn II, posiblemente —como aseguraba Bush— porque todavía no había podido conseguirlo. Por eso, no se detuvo hasta matar a Rosamund, aprovechando las dificultades del parto de su primer hijo, y así poder ocupar su lugar.

Utilizó la vulnerabilidad de lord Thorn II para seducirlo y obligarlo a casarse con ella, y luego tuvo varios hijos con él, todos los que pudo, para atarlo con todos y cada uno. Lo controló con la culpa y el agradecimiento, aceptando como propio a su hijo bastardo —aunque asesinando de forma despiadada a la mujer que había osado encandilar a su marido, y a otros que tuvieron la mala fortuna de participar en sus artimañas, como la doncella que la acompañó cuando simuló estar en Francia, por el nacimiento de Bush—, mientras Jarvis la controlaba a ella sin que nadie lo supiera. Poco les importó quiénes tuvieron que caer en el camino al convertirse en obstáculos de sus intereses.

¿Qué hijos eran de lord Thorn II y cuáles de Jarvis? Puesto que lady Peony había mantenido una relación paralela con los dos hombres, resultaba imposible decirlo. Pero, en el caso de Rosehip, Jarvis había estado empeñado en que era suya, sin duda alguna. Que incluso lord Thorn II lo había sabido porque, para cuando nació la niña, él hacía mucho que no visitaba el dormitorio de su esposa. Según él, resultaba imposible que hubiese sido concebida dentro del matrimonio.

Con eso había negociado cuando los descubrieron. Quizá hubieran resuelto el asunto del mismo modo: por pena; en el caso de lady Peony, encerrándola en el ala este para ser cuidada en secreto. Pero a Jarvis lo hubieran entregado a las autoridades.

El problema fue que juró que, si lo metían en la cárcel, hablaría. Contaría toda la verdad en las declaraciones en Scotland Yard o incluso avisaría a periódicos. La haría pública y hundiría el buen nombre de los Rosegarden, y convertiría a Rosehip en una bastarda, alguien que difícilmente encontraría esposo, por muchas temporadas que viviese.

Ante semejantes amenazas, solo tenían dos opciones: colaborar con él, convirtiéndolo en el guardián de lady Peony, como así hicieron, o matarlo.

Bram fue el único partidario de solucionar el tema de ese modo radical —de hecho, fue el que lo propuso y el que se ofreció a llevar a cabo la ejecución—, de modo que Jarvis siguió con vida. Y en mala hora, porque, además de su torpeza en la custodia de lady Peony, a punto estuvo de soltar la verdad ante Rosehip, quizá sin darse cuenta, por la simple ansia de protegerla.

Daba igual. Ya estaba muerto.

—Podría olvidarlo —dijo Thorn, a su lado, en el abarrotado salón de baile de Rosegarden Park—. Pero no el hecho de que fueras lo bastante generoso como para hacer oídos sordos a esa información y, además, cargar con ese secreto. Creo que saberlo destruiría a Rosehip, y ya ha sufrido demasiado.

Alex hizo un gesto de duda.

—Tu hermana es más fuerte de lo que crees, pienso que podría superar sin mayor problema la noticia. Pero estoy de acuerdo en lo segundo. En nada la beneficiaría saber algo así, al contrario, de modo que nunca se lo contaré. Que me acuse, si quiere, en la siguiente vida, me da igual.

Thorn sonrió.

—Gracias, cuñado.

—No hay de qué. Además, si te digo la verdad, ni siquiera lo creo.

—¿No?

—No, en absoluto. No digo que el tal Jarvis no estuviera convencido de ello, simplemente pienso que quizá lady Peony sí tuvo relaciones con su marido en esa época y no se lo contó. O algo así. Que él no tenía la seguridad absoluta.

—Bueno, sí, eso es cierto... Nos movemos en el campo de la pura suposición, como con tantos otros detalles de esta historia.

—Cierto. Pero sí que es verdad que, el día en que os conocí, os vi bailar, y pensé que Rosie y tú debíais ser hermanos por lo mucho que os parecíais. Ambos tenéis esa belleza oscura de los Rosegarden...

—¿Belleza oscura?

Alex rio.

—Cosas mías. Los Rosegarden sois hermosos, pero de algún modo se nota que no habéis sido siempre buenos de corazón. No todos, al menos.

—Oh. —Thorn sonrió, encantado—. ¿Y ahora sí lo somos?

—Sí, amigo mío. Lamento si querías seguir siendo malvado, pero no lo eres.

—No, en absoluto. —Los ojos de Thorn se ensombrecieron por los recuerdos—. No me gustaba entonces, una de las razones por las que no era feliz y tenía que estar siempre borracho. Me alegro mucho de la vida que llevo ahora. —Ambos miraron a sus esposas, que estaban charlando con Roseanne y Mery Rose—. Mientras me divertía de fiesta en fiesta, nunca llegué a imaginar que uno podría sentirse tan en paz y tan completo.

—Así es. Y eso que Rosie y yo pocas veces podemos ser nosotros mismos.

—Es verdad. —Lo miró de reojo—. Disculpa que te lo diga, pero ¡qué estricto me pareció Bergreich! —Thorn y el resto de la familia habían visitado ya varias veces el país. Primero, para la boda oficial entre Alex y Rosehip; luego, para el nacimiento del heredero, el príncipe Bramble; y, finalmente, para la coronación, el año anterior, tras la muerte del padre de Alex, por un problema cardíaco. Desde entonces, eran el rey Alexander III de Bergreich y la reina Rosehip—. Aunque reconozco que también es muy hermoso.

—Sí que lo es. O lo era. Estricto, me refiero, hermoso lo será por siempre. Pero Rosie está cambiando mucho las cosas, relajando el protocolo en lo posible, más que nada en beneficio de nuestros hijos. Bergreich es hermoso, pero necesita soltar amarras hacia el futuro.

—Ya tardabas en poner una imagen marinera en la conversación.

Alex se echó a reír.

—Qué se le va a hacer. Es mi maldición, solo me siento de verdad yo mismo al timón de un barco, por el mar en calma.

—Sí que te gusta complicarte la vida. —Thorn rio—. ¿Y dónde iréis Rosehip y tú este año de 1900?

—Posiblemente recorramos el norte de África, para pasar un tiempo conociendo Aljana, y

luego quizá sigamos hasta Egipto, es un lugar que nos apasiona. No dispondremos de tanto tiempo como otras veces, ya que el bebé nacerá a finales de primavera.

—Ya... —Thorn apretó los labios—. A ver, no quiero presionar, pero pienso que este año deberíais venir aquí, para el nacimiento. Ya va siendo hora de que una alteza real de Bergreich vea la luz en suelo inglés.

Alex entornó los ojos.

—Ni te imaginas lo mucho que me gustaría. Es un... —Se interrumpió al ver que se acercaban su esposa y lady Rosalynn. Ambas mujeres iban del brazo y se detuvieron a pocos pasos.

—¿Qué opinas, Rosehip? —preguntó la marquesa—. ¿Te gusta alguno de estos caballeros lo bastante como para sacarlos a bailar?

—La verdad, no estoy segura —replicó Rosehip, que estaba bellísima con un traje dorado y negro. Su nuevo embarazo apenas se notaba, pero Alex la conocía bien. Su rostro estaba radiante, sus pechos algo crecidos y la mirada de felicidad no podía deberse a ninguna otra cosa. Rosehip era feliz con sus hijos, y él era feliz con ella. La amaba como sabía que no podría amar a nadie más, nunca. Por eso se esforzaba en demostrárselo cada día—. El rubio no parece muy divertido. Y el moreno parece un auténtico gruñón.

—Como bien sabemos todos, la cara es el espejo del alma. —Rio Thorn. Para sorpresa de todos, dio un paso al frente y la besó en la mejilla—. Pero este gruñón te adora, pequeñaja.

Rosehip se mostró sorprendida. Luego, sus ojos brillaron por lágrimas de emoción. Lo miraron con cariño.

—Majestad pequeñaja para ti, pequeño aristócrata inglés —le soltó. Los cuatro estallaron en risas.

—Majestad pequeñaja, por supuesto, mis disculpas. —Le hizo una aparatosa reverencia—. Te dejo con tu rey y me voy a bailar con mi reina. —Tomó la mano de Rosalynn, que lo miró con aquella expresión enamorada que Alex había envidiado en otros tiempos, y dio un paso hacia la zona de baile, pero se detuvo un segundo—. Estaré vigilando, por si alguien da un mal paso.

—¡Thorn! —Rosehip rio, mientras los veía alejarse—. Dios mío, este hombre... No cambiará jamás.

—Es tu hermano mayor.

—Hermanastro.

Él se echó a reír.

—Pero qué mala eres.

—Ya. —Sonrió pensativa—. Estaba recordando cuando llegó con Rosalynn. Hasta entonces, nos despreciaba y nos trataba de hermanastros. Pero luego... No sé, hubo alguna extraña comunión entre los hermanos Rosegarden. Tuvimos la oportunidad de conocernos y mejorar.

—De lo cual me alegro mucho. —Le ofreció el brazo y empezaron a caminar entre los invitados, saludando al paso con sonrisas y gestos—. Dice tu hermanastro que ya va siendo hora de que un príncipe real de Bergreich nazca en suelo inglés.

Ella lo miró sorprendida.

—¿De verdad? Y yo sé bien que el rey de Bergreich no dice nunca nada sin una intención clara.

Alex se llevó la mano libre al corazón, con un gesto cómico.

—¡Por favor, soy diáfano como una mañana de primavera! —Ambos rieron—. Pero, por si acaso, te lo preguntaré directamente: ¿quieres quedarte aquí hasta que nazca nuestro nuevo hijo?

—¿Podría?

—Pues claro que sí. Ya tenemos tres herederos, cariño, todos varones. Sí, podrías. Podemos decir que estás indispuesta y que los médicos recomiendan que no viajes hasta después del parto.

—Mis médicos aquí son Bush y Mery Rose. Quizá alguien sospeche algo.

—Seguro que sí. Pero no dirán nada. No querrán provocar mis iras.

—Por Dios. No sabes ponerte iracundo.

—Pues las tuyas.

—Eso sí. —Rio, feliz—. Qué bien, no sabía cómo planteártelo. Sé que quieres ir a Aljana.

—Ni la mitad de la mitad de lo que te quiero a ti. —Se inclinó para besarla en el cuello, bajo la oreja—. Ni la décima parte. Ni nada comparable en absoluto.

—Qué tonto... —Su expresión se volvió soñadora—. Esta vez será niña, ¿sabes?

—¿De verdad? —La idea lo llenó de alborozo. Y aunque las intuiciones de Rosehip tenían poco de científicas, hasta el momento no había fallado nunca—. No hagas promesas que no puedas mantener, mujer. No juegues con mi corazón.

—Lo será. Y se llamará Ròs, como mi abuela. —Ambos guardaron unos segundos de silencio, pensando en la anciana que los había dejado un par de años antes. Un día se durmió y ya no despertó. Fue enterrada rodeada de rosas, y con unas semillas de su rosal entre las manos, tal como había pedido. «Así llegué a este lugar», les había dicho muchas veces, en el largo tiempo que compartieron como familia. «Así quisiera irme»—. Sí, me gustaría que naciera aquí. Me gustaría mucho.

—Pues así será, amor mío. —Miró hacia el gran reloj que presidía el salón esa noche, tras el estrado donde tocaba la orquesta—. Apenas quedan un par de minutos del año. Cuando apaguen las luces y empiecen los fuegos artificiales, todo se pondrá imposible. ¿Te parece que consigamos un par de copas de champán ya, para asegurarnos poder brindar con tranquilidad?

—Desde luego, aunque yo apenas la probaré. —Se llevó la mano libre al vientre—. No queremos que Ròs se emborrache. Es demasiado pequeña.

Alex rio y la besó en la mejilla. Al ir hacia la mesa de las bebidas se cruzaron con una doncella que transportaba una bandeja de canapés, y tomaron uno cada uno. La muchacha, que se llamaba Helen, sonrió emocionada por poder atender a unos reyes, aunque lo fueran de un país diminuto cuyo nombre era incapaz de recordar, y al que ni siquiera podía localizar en un mapa.

Pero ¡eran tan guapos! ¡Y tan elegantes! ¡Y se los veía tan felices y enamorados!

Helen prosiguió camino y se dirigió hacia un grupito de jóvenes que tendrían más o menos su

edad, todavía demasiado jóvenes para la temporada londinense, pero que habían recibido permiso para asistir a ese baile porque estaban en el campo, como había dicho la marquesa, y porque era Nochevieja.

Eran los hijos mayores de los Rosegarden, que charlaban animadamente con algunos amigos. El más guapo, con diferencia, era el hijo mayor de lord Thorn III, lord Thorn IV. ¡Por Dios, Helen estaba totalmente enamorada! Aquel joven de cabello negro y grandes ojos verdes era atractivo como un demonio, como debía haberlo sido su padre en tiempos. Eso sí, la hija mayor de lord Bramble, Mathilda, no se quedaba a la zaga. Era algo menor que Helen, tenía quince años si no recordaba mal, y era también morena, con los inmensos ojos Rosegarden. Todo el mundo decía que sería la gran belleza de Londres, en cuanto iniciara su primera temporada.

«Pues comen como mis primos», pensó, divertida, viendo cómo terminaban rápido con todos los canapés de la bandeja. ¡Qué buen apetito! Se alejó de allí y salió por el pasillo de servicio, para ir a la cocina a por más.

Avanzó un par de metros antes de percatarse del silencio, y miró alrededor, inquieta. Con el ajetreo de la noche, lo habitual era cruzarse en aquel tramo con muchos otros criados, todos yendo y viniendo, unos llevando más champán o cualquier otra bebida, otros con más bandejas llenas de las delicias de la señora Parsons...

Pero, en ese momento, el pasillo estaba vacío. La joven se movió con premura, ansiando llegar cuanto antes a la cocina. Llevaba poco tiempo en Rosegarden Park, pero ya había oído hablar del fantasma de La Rosa. Se rumoreaba que era una mujer que habitaba en el laberinto de pasadizos que había bajo la casa, vestida con un traje de fiesta magnífico pero andrajoso, con los largos cabellos blancos flotando cadenciosamente a su alrededor, adornados con capullos perfectos de rosa.

También decían que era ciega, aunque sus ojos refulgían con un brillo extraño, y podía localizarte en la más oscura penumbra. Si te buscaba, no podrías esconderte. Te seguiría para arrastrarte a las profundidades de Rosegarden Park.

Helen tragó saliva.

Entonces, de pronto, las luces se apagaron.

Casi aplastada por aquella densa oscuridad, la joven doncella se quedó paralizada en el sitio, inundada por una fuerte impresión de terror. Solo se oía el sonido acelerado de su respiración y, aunque solo lo captara ella, el retumbar de su corazón en sus sienes.

¿Qué había pasado, por qué...?

A continuación, casi de inmediato, llegó el retumbar.

Helen se llevó una mano al pecho, con alivio. ¡Eran los famosos fuegos artificiales, para los que habían dicho que se apagarían las luces de la casa! No había nada extraño en aquella oscuridad. Qué bien, ya habían cambiado de año y, según algunos, de siglo, aunque otros decían que debían esperar al año siguiente para ello. Daba igual, para Helen resultaba emocionante estar de pronto en 1900 y pensar en todas las posibilidades que daba. ¡Pena no poder vivir el año

2000! Esa sí que tendría que ser una Nochevieja memorable.

Y ella había cruzado allí, entre años, entre siglos. Viajando en el tiempo en ese pasillo...

Sus pupilas se habían ido acostumbrando a la oscuridad, lo que le permitía distinguir unas sombras de otras. Por eso, de pronto, el corazón le dio un nuevo brinco en el pecho. ¿Se había movido algo, al fondo? No estaba segura, pero sí, le había parecido... Una mujer alta, vestida con un traje roído, el largo cabello blanco flotando por una brisa inexistente, las rosas oscilando por los mechones, como gruesas gotas de sangre que pasaran de un lado a otro sin dejar rastro...

—Maldita sea, Helen... —se susurró. Su madre tenía razón. ¿Por qué siempre tenía que ser tan imaginativa?

¿Y si no eran imaginaciones? ¿Y si aquella... *cosa* se estaba acercando, aprovechando la oscuridad?

¿Si estaba ya allí, frente a ella, si ya la tenía al alcance de su mano huesuda?

Las luces volvieron.

Helen estaba sola en el pasillo, temblando de miedo, el cuerpo cubierto de sudor frío. Oyó que se abría la puerta de la cocina, donde todos estaban brindando y deseándose unos a otros un buen año. Eso, por fin, logró hacerla reaccionar, y echó a correr hacia allí, con la sensación de estar saliendo de un tiempo y un espacio distintos, volviendo a la realidad de las cosas cotidianas.

Entró en la cocina, cerró la puerta y se apoyó en ella, como asegurándose de que nada pudiera seguirla. Pero, al momento, todos la recibieron con tanta alegría que se llamó «tonta» y no tardó en olvidar lo ocurrido.

En el pasillo, hubo un silencio, y luego un suave deslizar de piedras, apenas perceptible...

Nota de la autora

Hasta aquí han llegado las aventuras de los Rosegarden, una historia que se me ocurrió, me encantó y me esforcé por convencer a mi editora para que me permitiera plasmarlo en varias entregas.

Sé que mi primer ebook no fue lo más apropiado para enganchar en la lectura de los siguientes, sobre todo por su final indeterminado, y pido disculpas por ello. Espero haber aprendido por el camino, como aprendieron los Rosegarden a comportarse de otro modo y construirse otras vidas. Quizá, en el futuro, pueda retocar el texto y ofrecer una historia más redonda de mi amado lord Thorn III Rosegarden. Bien sabe Dios que él se lo merece, y más lady Rosalynn.

En todo caso, gracias, lectora, si llegas a estas líneas pese a todo. No estoy segura de que haya sido un acierto la mezcla de géneros y el modo de contarlo, en historias cortas, pero lo que sí sé es que hay que probar cosas para que los géneros puedan mejorar y las lecturas sean más apasionantes.

Ojalá, en algún momento, haya conseguido estremecer tu corazón con el enigma de Rosegarden Park y las vidas amorosas de sus nuevos habitantes. Por favor, si ha sido así, coméntalo en las redes y en las páginas de Amazon o de otras plataformas digitales.

Y, si quieres decirme algo a mí, ya sabes que puedes encontrarme en mi correo, yolanda@yolandadiazdetuesta.es, o en las redes:

Blog: <https://yolandadiazdetuesta.es/>

Instagram: <https://www.instagram.com/yolandadiazdetuesta>

Página Facebook: <https://www.facebook.com/lady.bethany.bells>

Twitter: <https://twitter.com/ydiazdetuesta>

LinkedIn: <https://www.linkedin.com/in/diazdetuesta/>

TELEGRAM JUGLARESAS: <https://t.me/+LaPgNDrkkcMxOGE0>

Próximamente

El misterioso amante de la señorita Brown

Historias de Little Lake 1

Bethany Bells



Capítulo 1

—¡No empujes!

—¡Que nos van a ver!

—¡Ssshh, callaos o nos oirán!

Las tres jóvenes que se ocultaban aquel día de primavera de 188X tras los arbustos que crecían en los alrededores de Lily Garden Cottage se llamaban Gladys Strade, Helen Watson y Sarah Holmes. Eran, respectivamente, la hija del párroco del pequeño pueblecito de Little Lake, la de su médico, y la del administrador del propietario de la mayor parte de las tierras de la localidad, el baronet sir Walter Heatherfield.

Las tres eran rubias, muy bonitas y contaban entre dieciocho y veinte años. Por lo general, desde que empezaron a recogerse el cabello y a llevar corsé, también eran muy correctas. Soñadoras, quizá, sobre todo Helen, que hubiese querido estudiar para ser médico como su padre, y hasta seguía peleando por ello en ocasiones; o Sarah, que deseaba ser una escritora famosa, como su admirada Jane Austen, aunque en su caso con tramas en las que se mezclaban a partes iguales el romance y el misterio, sus dos grandes pasiones.

Pero, pese a esas pequeñas excentricidades que podían achacarse sin mayor problema a su juventud, las tres se habían convertido en unas muchachas muy formales, sensatas y trabajadoras, según la opinión general de los habitantes de Little Lake.

¿Qué hubiesen dicho, de verlas así? Ese día parecían otra vez tres niñas en plena travesura. Gladys, que había vuelto el día anterior de la casa de la viuda Larson, una enfermiza tía paterna a la que había estado cuidando durante varios meses, se sentía muy sorprendida. Sus amigas se habían presentado en su casa y la habían arrastrado hasta allí sin mayores explicaciones.

Bueno, al menos, Sarah, que era la cabecilla de la incursión. Helen parecía más reacia, pero también, de algún modo, intrigada. Ese sería siempre su mayor defecto y su mayor virtud. La pequeña Helen Watson era una mente curiosa.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Gladys, en un susurro, con los grandes ojos azules muy abiertos. Helen y Sarah intercambiaron una mirada, y luego esta última le dedicó una sonrisa.

—Vamos a descubrir cómo es el misterioso amante de la señorita Brown.

—¡Sarah! —protestó Helen, y se recolocó las gafas, pequeñas y redondas, en su gesto habitual. Las usaba desde que cumplió los doce años. Todo el mundo decía que era una desgracia, que por eso no había que dejar que las niñas leyesen. Y hasta había quien opinaba que tampoco había que dejar que llevaran gafas.

¿Acaso el doctor Watson no se daba cuenta de que algo así espantaría a los posibles pretendientes de la chica? Por suerte, el padre de Helen solía reírse de ello y decir que si se espantaban por tal nimiedad, ya no tendrían que salir huyendo cuando descubrieran que su hija quería ser médico.

—¿Qué? —protestó Sarah.

—¡No digas cosas tan impropias! ¡Puedes perjudicar la reputación de esa pobre muchacha, y no sabes qué relación les une!

Sarah abrió la boca para replicar a eso, pero Gladys no le dio tiempo.

—¿Quién es la señorita Brown? —inquirió, cada vez más sorprendida. Que ella supiera, nadie en Little Lake se llamaba así. Sarah volvió a reír.

—Has estado demasiado tiempo fuera, Glad —dijo—. ¿No te lo ha mencionado tu padre?

—No...

—No me extraña —aportó Helen, con aprecio sincero, y lanzó a Sarah una mirada de reojo, totalmente admonitoria—. El reverendo Strade siempre ha sido un hombre muy discreto. No como otras.

Eso era cierto: el párroco de Little Lake evitaba siempre las habladurías y era muy respetuoso con la intimidad ajena. Por eso, y por la amabilidad de su corazón, todo el mundo lo quería y, la que más, su única hija.

Gladys lo adoraba. También amaba a su madre, mucho, porque era una mujer maravillosa que vivía por y para ellos. Pero lo que sentía por su padre era algo muy especial, su vínculo más fuerte. No creía que pudiera llegar a profesar tanto amor por nadie, nunca.

—No importa, mejor, así te lo comentamos nosotras —empezó Sarah, sin dejarse afectar por la reprimenda de su amiga. Tenía la expresión de sabidilla que ponía cada vez que se disponía a desvelar un misterio. Gladys sonrió para sí. ¡Las había echado tanto de menos!—. La señorita Brown es una joven muy misteriosa que llegó hace varias semanas. No se sabe nada de ella, ni de dónde es ni qué la trajo aquí...

De pronto se oyó el crujido de una puerta.

Las tres se agacharon al unísono, con los corazones en vilo. Segundos después, al incorporarse poco a poco para volver a mirar, pudieron comprobar que había salido de la cabaña una joven morena, una belleza hermosa y elegante incluso a pesar del vestido marrón —sencillo y sobrio— que llevaba. Esa distinción era algo especial, un aura que tenía que ver solo con ella, y no con nada que pudiera ponerse.

«Sofisticada», pensó Gladys, sintiéndose muy tosca a su lado. La muchacha, de rasgos menudos y delicados, caminó por el porche pensativa mientras se ataba la lazada del sombrero, bajó la escalinata de madera y se detuvo junto a unos rosales.

—¡La... señorita Marta! —Se oyó desde el interior. La puerta volvió a abrirse y se asomó una mujer de mediana edad. Llevaba una tela doblada en el brazo y una sombrilla en las manos—. Señorita Martha, si va a esperarlo fuera, al menos coja el chal y la sombrilla.

La joven agitó la cabeza.

—Un día se le va a escapar, señora White.

—No creo —contestó la otra—, porque no tardaré en morir con tanto disgusto.

—Eso sí que sería una tragedia para mí. —La señorita Brown sonrió con afecto mientras tomaba los objetos—. Hace calor, no necesitaba el chal. Y los árboles dan bastante sombra.

—Da igual. Abríguese, que la brisa es traicionera.

—Está bien. Esperaré en el camino, no debe tardar ya, y quiero estirar un poco las piernas.

—Muy bien, niña. Pero no se aleje más que eso.

Gladys, Helen y Sarah vieron cómo la mujer se quedaba allí, contemplando a la joven que se alejaba caminando hasta la cancela, y la cruzaba. Su expresión se había suavizado, incluso parecía triste. Dio media vuelta y entró en la casa. La muchacha se movió por el camino, de un lado a otro, lo bastante lejos como para que no las oyese si hablaban en voz baja.

—Ahí la tienes, esa es la señorita Brown —susurró Sarah, aunque no era necesario que lo dijera.

—¿Y quién es la otra?

—Ah, sí. Su doncella, creemos. Es una mujer muy antipática.

—Es la señora White —intervino Helen, que se mostraba taciturna, claramente molesta por todo aquello—. Y no es antipática, pero impidió que Sarah asaltase a la señorita Brown un día en el pueblo, empeñada en saber de dónde era.

Sarah bufó.

—Eso fue muy al principio. Me molesta la gente misteriosa, y creo que no dar un mínimo de información es hasta descortés.

—Sin duda —convino Helen—. Casi tanto como soltar un montón de preguntas a una joven desconocida a la salida de la iglesia.

Sarah hizo un gesto ecuánime.

—Eso fue una consecuencia por culpa de su secretismo, que no me gustó nada, ni tampoco su actitud. —Entrecerró los grandes ojos azules, con las pupilas fijas en la joven—. Por eso me empeciné en descubrir quién era y qué la había traído aquí. Y como mi padre se ocupa de todos sus asuntos, no me resultó muy difícil hacerlo.

—¿Y quién es?

—La señorita Martha Brown, de Londres. Buena amiga de sir Walter. Fue él, en persona, quien le pidió a mi padre que le consiguiera una casa adecuada y algo de servicio. Bueno, se lo pidió por carta, pero la escribió él mismo, sin recurrir a su secretario, como hace por lo general el muy cretino.

—¿Sir Walter? —Sir Walter Heatherfield, el famoso baronet que lo poseía casi todo en Little Lake, desde hacía unos años, pero que todavía no había tenido la cortesía de ir a conocer sus dominios—. ¿Estás segura?

—Claro. Ya te digo que leí la carta en la que le daba las instrucciones. —No se mostró avergonzada por fisgar en el correo de su padre. Helen y Gladys intercambiaron una mirada de circunstancias. Cuando Sarah estaba decidida a descubrir algo, no se detenía ante nada—. No tiene mala letra, debo reconocerlo.

—¿Y ni siquiera ese servicio sabe de dónde es su señora?

—No. Solo contrataron a la viuda Higgins —en la mente de Gladys surgió la imagen de una matrona viuda que vivía a las afueras del pueblo, siempre activa y dicharachera—, que viene temprano a limpiar y cocinar, y se va a primera hora de la tarde. Pero no ha conseguido descubrir nada. La señorita Brown y su doncella son muy discretas.

—Entiendo... —Gladys estudió a la joven todavía unos segundos antes de comentar—: Qué sería parece...

—Siempre —convino Sarah—. Sería y silenciosa, muy reservada. —Chasqueó la lengua contra los dientes—. Llegó hará un par de meses, a principios de marzo, pero todavía no ha tratado con nadie. ¿Te lo puedes creer?

Gladys arqueó una ceja. No, imposible... Había pasado tiempo suficiente como para que la señorita Brown se hubiese integrado en la comunidad, al menos lo bastante como para no resultar

una completa extraña. Aunque estaba muy cerca de Portsmouth, a un paseo andando de menos de quince minutos, Little Lake era un lugar pequeño y apartado; precisamente por eso, el trato entre sus habitantes era algo siempre buscado, y continuo.

—Me cuesta... —reconoció—. ¿No se le ha acercado la señora Blanch con sus tartas? ¿O el grupo de Damas Caritativas de Little Lake a intentar captarla para sus proyectos?

Sarah asintió.

—Claro que sí, pero la señorita Brown rechaza con educación todas las invitaciones, nunca recibe a nadie, con la excusa de que no está o de que no se encuentra bien, y solo va al pueblo para asistir a misa, donde apenas comparte un gesto de saludo al salir de la iglesia. Algo que no da pie a conversaciones, al menos con ella delante.

—Qué raro —dijo Gladys. Desde luego, tenía que admitir que aquel comportamiento era muy poco habitual.

—Pues eso no es todo... —Sarah hizo una ligera pausa antes de soltar el dato más interesante—. Se comenta, porque nosotras no lo vimos, que a las pocas semanas de establecerse aquí, recibió la visita de un hombre, un caballero que pasó varios días con ella, antes de volver a irse. Nadie sabe nada de él, ni siquiera su nombre... —Sonrió como un gato que se hubiese comido varios ratones—. Excepto yo.

—Volviste a mirar la correspondencia de tu padre —la acusó Gladys.

—Por supuesto. Y sus libros de notas y su calendario.

—¡Sarah! ¿No te das cuenta de que hay unos límites que debes respetar?

—Claro que lo sabe —masculló Helen—. Pero prefiere ignorarlos.

Su amiga se encogió de hombros.

—No es culpa mía. Le pregunté a mi padre y no me contestó, así que me vi obligada a tomar medidas: revisé todo el despacho. Por eso sé de buena tinta que ese hombre en cuestión pasó tres días en Lily Garden Cottage con ella. Y que, de hecho, llegará hoy, para la hora del té, y que se quedará hasta el domingo. En su agenda y su calendario, mi padre se refiere a él como «el señor Black».

Gladys frunció el ceño, cada vez más intrigada.

—Señor Black. Señorita Brown. Señora White... ¿Soy la única que piensa que todo es un poco... extraño?

Sarah se echó a reír.

—Exacto. Mucho colorido, ¿verdad? ¡Brown, Black, White! ¿Puede darse una casualidad así? ¡Por Dios, en mi opinión ni siquiera intentan ocultarlo! —Las miró con un gesto de victoria—. Son nombres falsos. Todos.

—Eso supones tú —protestó Helen—. ¡Puede ser una coincidencia!

—¡Las coincidencias no existen!

—¡Qué tontería! ¡La vida está llena de ellas!

—¡No discutáis, que os van a oír! —las apremió Gladys, viendo que iban subiendo el tono.

Apartó una rama que le hacía cosquillas en la nariz y trató de acomodarse mejor, de rodillas en la hierba—. Vale, ya me ha quedado claro qué hacemos aquí, pero pienso que deberíamos irnos.

—Yo también lo creo —la apoyó Helen—. Ya no somos unas niñas. Si nos descubren espiando de esta manera, pasaremos un gran apuro.

Sarah las miró sorprendida.

—¿En serio no tenéis curiosidad? —Gladys titubeó. No podía negar que un poco sí. Su amiga hizo una mueca—. Pues marchaos si tanto miedo os da. Yo quiero quedarme. Quiero verlo, es... Creo que tiene que ser un hombre horrible —confesó de pronto, y las otras dos la miraron intrigadas por su tono. Se inclinó hacia ellas, para añadir, en confianza—: El otro día vi a la señorita Brown junto al río, en el meandro de Sanders. Estaba sola. Y lloraba.

—Ay, pobre... —musitó Helen, cubriéndose la boca con los dedos de una mano.

—¿Y le dijiste algo? —preguntó Gladys. Sarah asintió.

—Por supuesto. No podía pasar de largo sin más, la pobrecilla parecía un alma en pena. Pero, claro, no sirvió de nada. Ocultó las lágrimas, simuló encontrarse perfectamente, agradeció mi interés con desapego y se fue. No fue desagradable conmigo, ni siquiera antipática, pero sí que dejó claro que no quería mi compañía, porque no se sentía bien. No sé... —Suspiró—. Me dio mucha pena, y creo que deberíamos ayudarla. Por eso tenemos que descubrir cómo es ese hombre que la ronda. Quiénes son todos ellos, en realidad.

—Pues me da la impresión de que tienes tu propia teoría —dijo Gladys.

—Así es, aunque no se trata de una gran deducción. —Alzó las manos, con las palmas hacia arriba—. Creo que se trata del propio sir Walter Heatherfield.

—¿Qué?

—¡No!

Gladys y Helen la miraron con los ojos muy abiertos. Sarah sonrió, aunque en el gesto no había ninguna alegría—. Sí, pienso que el misterioso amante de la señorita Brown, el señor Black, es el mismísimo sir Walter.

—¿Qué dices? —Gladys la miró atónita—. ¿Qué te lleva a pensar tal cosa?

—Que fue él quien dio instrucciones a mi padre para buscar acomodo a la señorita Brown, claro está. Como ya os he dicho, le pedía encarecidamente que se ocupase de cualquier cosa que la dama necesitase para su comodidad durante su estancia en el pueblo. —Mostró las manos con las palmas hacia arriba—. ¡Él, que es un lechuguino que solo se comunica a través de su secretario para saber cuántos beneficios dan sus tierras cada año! ¿Por qué otra razón iba a mostrar tal interés por otro ser humano, de no haber una relación muy directa y personal?

Gladys y Helen titubearon e intercambiaron la mirada. Ninguna de las dos podía negar que la deducción de su amiga tenía bastante sentido.

—Pues, de ser cierto eso, a tu madre va a darle un desmayo —dijo la primera—. Estoy segura de que no ha perdido la esperanza de que te cases con él.

Sarah descartó eso último con un gesto de desdén.

—No me lo recuerdes. Mi madre siempre ha tenido ínfulas de grandeza, pero yo no me casaría con ese hombre ni atada. No me cae simpático.

—No puedes asegurar eso. No lo conoces.

—Por eso mismo. El infame Heatherfield heredó el título de baronet y las tierras en Little Lake hace ya... ¿Cuántos años? ¿Seis, siete? Quizá más. Pero ¿alguna lo habéis visto alguna vez?

—Las tres negaron con la cabeza—. No, claro que no. Jamás ha venido por aquí ni se ha interesado por este sitio más que para cobrar las buenas rentas que genera. No es más que uno de esos lechuguinos idiotas que prefieren Londres y sus fiestas, y nos consideran poco menos que tontos a los que vivimos en el campo. Y, para colmo, es un lechuguino idiota que ha decidido esconder aquí a su amante.

—No sé... —repuso Gladys—. Que le pidiera eso a tu padre no significa nada, en realidad. Es que, para empezar, ni siquiera hay pruebas que demuestren que la señorita Brown tenga un amante. Ese caballero puede ser un familiar cualquiera o...

—Bueno, a ese respecto... —Helen se detuvo y se mordió el labio inferior.

—¿Sí? —la animó Sarah. Gladys también la miró con curiosidad. Bajo semejante escrutinio, la muchacha se ruborizó violentamente. Nadie conseguía ponerse tan roja como Helen Watson cuando pasaba un apuro.

—No, nada. Perdón, perdón. No debo ser indiscreta.

—¡Vamos, Helen! —protestó Sarah—. Yo lo estoy contando todo, y mira que corro el riesgo de parecer fisgona e indiscreta.

—No lo parece —masculló Helen—. Lo eres.

—Bah. ¿Y qué? ¿Acaso no estamos en confianza? ¿Acaso no somos más que hermanas?

Gladys sintió una profunda calidez en el pecho. Así había sido desde siempre, así esperaban que fuera por siempre. Era maravilloso pensar que nunca estaría sola, que contaba con dos hermanas que harían cualquier cosa por ella.

—Está bien —aceptó Helen—. Pero, de esto, ni una palabra a nadie.

—Prometido —dijeron al unísono las otras dos, dibujando una equis con el pulgar sobre sus corazones. La firma sobre el alma con la que refrendaban sus juramentos desde niñas.

—Bien. Veréis... mi padre lleva un tiempo muy misterioso. Como sabéis, yo lo ayudo en su trabajo y le organizo las visitas a los pacientes. —Sí, pobre Helen. Soñaba con ser médico, pero tenía que conformarse con actuar como enfermera—. Sin embargo, últimamente ha salido un par de veces con su maletín sin decirme nada. Le pregunté y... bueno, me mintió. —Su cara de desconcierto dejaba claro lo asombroso del hecho. Helen y su padre tenían alguna desavenencia por culpa de los deseos de esta de seguir sus pasos en la medicina, pero eran uña y carne. Estaban tan unidos como Gladys y el suyo—. Y, el otro día, encontré un historial escondido en el fondo del archivador, con las siglas «SB». Sospecho que quiere decir «Señorita Brown».

Gladys y Sarah digirieron la información con expresiones reflexivas.

—Bueno, no es extraño que la trate —concluyó Sarah—. Tu padre es el médico del pueblo. Se

ocupa de todo el mundo. Incluso cuando le deriva pacientes al encantador doctor Doyle, se mantiene al tanto de todo.

—Pero ¿a qué tanto secreto? —aportó Gladys.

—Eso sí es extraño. —Sarah agitó la cabeza—. Aunque ya hemos quedado en que es una mujer muy... peculiar, y se está escondiendo, eso está claro. No le gusta tratar con nadie ni que se sepa nada de ella. No es absurdo concluir que le ha pedido discreción absoluta.

Gladys hizo un gesto descartando la idea.

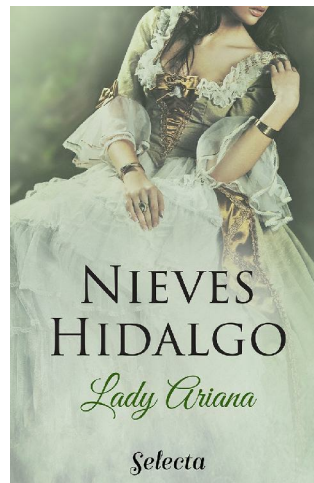
—Pero Helen lo ayuda siempre, aunque sea como enfermera, ¿por qué mentirle a ella al respecto? ¿Y por qué...?

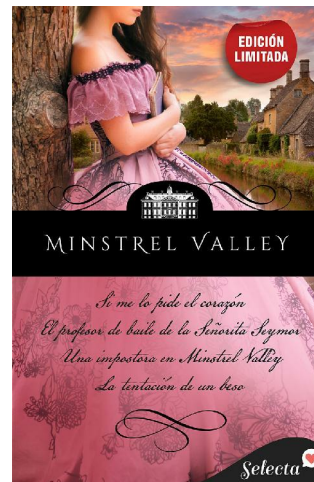
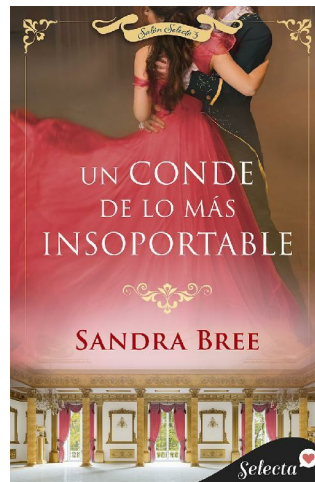
—¡Es posible que esté encinta!

Si te ha gustado

Lady Rosehip sueña con un príncipe

puedes disfrutar de estas





Ella siempre ha soñado con un príncipe, y él desea que lo ame tal como es, sin títulos ni rangos.



Lady Rosehip Rosegarden siempre ha soñado con ser princesa. Ahora que se inicia en la vida social londinense, trata de recordarse que ya es una mujer adulta, y que esas ilusiones de niña no deben nublarle el juicio. Sin embargo, da la impresión de que el destino se ha confabulado a su favor, **porque esa primera temporada coincide con la visita a Londres del príncipe Otón de Meiningen**, sobrino del Príncipe Consorte. El nombre de pila le parece horrible, pero ¿acaso no están predestinados a un amor inolvidable?

El príncipe Alexander de Wittelsbach, también sobrino del príncipe consorte por parte materna, se encuentra en Inglaterra de incógnito, estudiando en la Escuela Naval Real de Greenwich, donde se hace llamar Alexander White. Cuando su primo, Otón de Meiningen, visita Londres, lo acompaña en sus salidas y **conoce a lady Rosehip, de quien no tarda en enamorarse.**

Pero, si la dama no está dispuesta a aceptar a Alexander White, **¿debería Alexander de Wittelsbach fijarse en ella?**

Bethany Bells es uno de los seudónimos utilizados por la escritora Díaz de Tuesta. (*Trazos secretos*, *El mal causado*, *En aguas extrañas*, *La noche abierta*, la serie de regencia *Un día en el Támesis*, la serie de terror y romance *Signos para la noche*, y otras, todas ellas con Selecta/Penguin Random House).



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: noviembre de 2023

© 2023, Bethany Bells

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart

Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19117-79-3

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Lady Rosehip sueña con un príncipe

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Epílogo

Nota de la autora

Próximamente

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Bethany Bells

Créditos